



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales

Ensayo “Estado, Identidad nacional y Guerra. Una revisión de algunas categorías políticas modernas a la luz del pensamiento de Amin Maalouf”

Para optar por el grado de Licenciado en Ciencias Políticas y Administración Pública.

Proyecto realizado con apoyo de la Dirección General de Asuntos del Personal Académico (DGAPA) de la UNAM mediante el proyecto PAPIIT IN303916: Análisis e interpretación de relaciones de poder en manifestaciones socioculturales mediante la aplicación de metodología hermenéutica, cuya responsable es la Dra. Rosa Ma. Lince Campillo.

Por: David Hernández Reyes

Asesor: Esteban de Jesús Rodríguez Migueles

Ciudad de México, Febrero de 2019



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A mi país

Agradecimientos

Estas líneas deben servir para reconocer la labor colaborativa de un sinnúmero de personas sin las cuales este trabajo no hubiera podido realizarse. Antes que otra cosa debo reconocer que estoy, como decía Umberto Eco, sobre hombros de gigantes. Todos ellos, autores de textos mucho más importantes que este, y sin cuya lectura el resultado hubiera sido otro menos satisfactorio.

Quiero expresar mi más profundo agradecimiento y admiración por mis maestros de carrera, los cuales me formaron como estudiante y como persona. Especialmente me gustaría mencionar a Juan Macías Guzmán, Emilio Vizarratea Rosales, Manuel Quijano Torres y, con especial cariño, a Esteban de Jesús Rodríguez Migueles.

Por último aprovecho este espacio para agradecer a mis seres queridos. A mis amistades y conocidos distinguidos, a mis amigos de la infancia, pedazos de alma mía, a mi novia y a mi familia. Sin todos ellos pueden cerrar el show que es este mundo, pueden llevárselo, desatornillar las estrellas, enrollar el cielo y guardarlo; pueden apagar el sol que tanto amo porque los ilumina, pueden llevarse las casas y los palacios, la arena, el viento, las ranas, las sandías maduras, el granizo, las mariposas, las siete de la mañana, abril, mayo, las puestas de sol, las abejas, el mar, las calabazas, todo pueden llevárselo si no están ellos.

Se me preguntará si soy príncipe o legislador para escribir sobre la Política. Respondo que no, y que por eso es por lo que escribo sobre la Política. Si fuera príncipe o legislador, no perdería mi tiempo en decir lo que hay que hacer; lo haría o me callaría.

JEAN-JACQUES ROUSSEAU

Índice

I.	Introducción	1
II.	Para una prehistoria de la violencia en los Estados modernos	7
III.	Capítulo 1. Historia del Estado-nación. Orígenes, desarrollo y consolidación	20
	III.I Primera parte. De la Ilustración y la Revolución Francesa como el origen	20
	III.II Segunda parte. La Primera Guerra Mundial. (El fin de las dinastías y el desarrollo de los Estados modernos)	35
	III.III Tercera parte. La Segunda Guerra Mundial y la Guerra Fría. (La consolidación del modelo del Estado-nación y sus consecuencias)	41
IV.	Capítulo 2. Análisis filosófico-político de algunas categorías teóricas de la política moderna	53
	IV.I Primera parte. Crítica de los ideales de la Revolución Francesa (libertad e igualdad)	53
	IV.II Segunda parte. La construcción del enemigo como la lógica de la violencia en Occidente. La relación amigo-enemigo de Carl Schmitt	73
	IV.III Tercera parte. La paradoja de la soberanía de Agamben. El biopoder de Foucault como expresión de la violencia moderna	85
V.	Capítulo 3. Amin Maalouf y el problema de la identidad nacional	100
	V.I Primera parte. La explosión de la violencia como reflejo de las contradicciones del sistema	100

V.II Segunda parte. La invención del enemigo y su combate	112
V.III Tercera parte. De Auschwitz a la supremacía norteamericana	124
V.IV Cuarta parte. Estados Unidos y la lucha contra el socialismo en el mundo	133
V.V Quinta parte. El papel de Estados Unidos en la guerra contra el terrorismo	137
V.VI Sexta parte. El atentado a las Torres Gemelas del 11 de Septiembre de 2001	140
V.VII Séptima parte. La tortura como práctica de guerra. Las prisiones de Guantánamo y Abu Ghraib	143
V.VIII Octava parte. Las nuevas propuestas. Amin Maalouf y la idea de identidades compuestas	150
VI. Conclusiones	163
VII. Bibliografía	170

Introducción

*No soy nada. Nunca seré nada.
No puedo querer ser nada.
Aparte de eso, tengo en mí todos
los sueños del mundo.*

FERNANDO PESSOA

En el mes de Agosto del año 1939 Adolfo Hitler provocó una guerra contra Polonia. Hitler mandó a la SS y a la Gestapo la orden de que organizaran, juntas, la operación Himmler. El plan era que la SS, a través de agentes alemanes que usarían el uniforme polaco, atacara la radioemisora alemana Gleiwitz, ubicada cerca de la frontera polaca. Unas cuantas horas después del ataque fingido, el ejército alemán invadió Polonia. Había comenzado la Segunda Guerra Mundial.

En el año 2001, sesenta y dos años después de aquel autoataque, el gobierno de los Estados Unidos de América, junto con su Departamento de Estado y su servicio de inteligencia, pasaron por alto las advertencias de Rusia, Israel, Francia y Alemania respecto de agentes del Medio Oriente que planeaban ataques a gran escala contra los edificios más importantes de Estados Unidos. Los atentados del 11 de Septiembre a las Torres Gemelas, en Nueva York, fueron la justificación perfecta para el despliegue militar más grande de la historia de los Estados Unidos. Debido a lo que se denominó como la *lucha contra el terrorismo*, las guerras de E.U.A contra Irak y Afganistán recibieron el apoyo de la mayoría de la opinión pública y de una gran cantidad de países.

El presidente Dwight D. Eisenhower dijo, en 1953, que la guerra preventiva había sido un invento de Hitler. En sentido estricto esto no es así, pues casi todas las intervenciones militares en la historia de la humanidad se han justificado por una exageración, un berrinche, un autoataque, una supuesta amenaza, entre muchos otros inventos. Las guerras preventivas son, como su nombre lo indica, guerras que suceden antes de que acontezca algo. Son las guerras en que uno ataca antes de

que el otro se atreva a acercarse. Las guerras preventivas son la marca de la Modernidad.

La tarea de la presente investigación consiste en entender y explicar cómo y por qué tanta gente comete numerosos crímenes en nombre de su identidad religiosa, étnica o nacional. El objetivo del presente trabajo es dilucidar cómo la identidad nacional es instrumentalizada para volverla el motor de acción de la violencia ejercida por los Estados modernos. Se trata de explicar el hecho de que, en la actualidad, las sociedades, al vivir en un estado de alerta constante, ejercen la violencia por el miedo que les genera el otro.

La incompreensión de la otredad desemboca en violencia irracional e injustificada. Amin Maalouf, en su libro *Identidades asesinas*, plantea la idea de que cuando los hombres se centran en un sólo rasgo de su identidad, se convierten en asesinos por el instinto de defender lo suyo. Enclaustrarse en un único elemento constitutivo de la identidad provoca la exclusión de todo aquel que no comparte dicha característica.

Cuando se le pregunta a una persona ¿qué es en lo más hondo de sí mismo?, se está suponiendo que en el fondo de cada persona hay sólo una pertenencia que importa, una especie de verdad profunda, inalterable, de alguna manera su esencia, que está determinada para siempre desde el nacimiento y nunca va a modificarse. Hoy en día se advierte lo obvio, a saber, que ningún ser humano tiene una identidad pura ni homogénea. La identidad del sujeto, dice Maalouf, es una especie de amalgama que funde, en un solo individuo, diferentes rasgos, distintos unos de otros, cuyas características especiales se suman para conformar al sujeto.

Todas las personas poseen no una, sino varias identidades culturales que pueden ensamblarse o presentarse como una intersección de conjuntos. “Pretender encerrar al individuo en su grupo de origen es ilegítimo, ya que se supone negar una valiosa característica de la especie humana, la posibilidad de desprenderse de lo dado y preferir lo que uno mismo ha elegido”¹. La identidad compuesta de la que

¹ Todorov, Tzvetan, *El miedo a los bárbaros*, Galaxia Gutemberg, México, 2013, p.99.

habla Maalouf se revela ante los ojos del sujeto con el simple hecho de hacer algunas sencillas preguntas. Las respuestas a dichos cuestionamientos hacen que afloren, como hongos después de la lluvia, olvidadas fracturas e insospechadas ramificaciones, las cuales, al mismo tiempo, le recuerdan al sujeto que es un ser único, complejo e irremplazable.

Pero en el mundo moderno, a los que reivindican una identidad más compleja se les margina o se les cataloga de huérfanos. No obstante ello, dice Maalouf, nunca los seres humanos habían tenido tantas cosas en común: conocimientos, referencias, imágenes, palabras, instrumentos, sin embargo, la globalización acelerada provoca, como reacción, un reforzamiento de la necesidad de identidad. A gran parte de la población mundial no le parece formidable la globalización, entendida como una mezcla que enriquece a todos, sino que les parece una uniformización empobrecedora y una amenaza contra la que hay que luchar para preservar la cultura, la identidad y los valores.

La preocupación de Maalouf radica en la facilidad con la que pueden desviarse los más nobles principios. “Las matanzas étnicas se llevan a cabo siempre con los más hermosos pretextos (justicia, igualdad, independencia, derechos de los pueblos, democracia, lucha contra los privilegios)”². La identidad nacional ha estado relacionada, desde siempre, con la lengua, la religión y la etnia, pero también con la clase social (como en la URSS); y las matanzas más grandes que ha conocido la humanidad han tenido todas esas justificaciones.

El discurso de la identidad nacional excluye a todo el diferente. Cada sujeto que no comparte la totalidad de los rasgos que definen la nacionalidad de un grupo es catalogado como una amenaza para ese grupo. La violencia en la Modernidad se ejerce siempre bajo la construcción de un enemigo común, el cual es catalogado como extraño, ajeno a la comunidad y a sus valores, a sus costumbres, a sus ideas, a sus raíces y a sus proyectos. “Los extraños resultan más temibles cuanto más extraños (ajenos, desconocidos e incomprensibles)”³. De ahí que el diálogo y la

² Maalouf, Amin, *Identidades asesinas*, Alianza Editorial, Madrid, 2009, p.201.

³ Bauman, Zygmunt, *Daños colaterales*, FCE, México, 2015, p.92.

comunicación para conocer y comprender al otro sean indispensables para una pacífica convivencia entre opuestos. Hay que aspirar a lo que Hans Gadamer llamó la *fusión de horizontes*.

Las identidades son compuestas. Son el resultado de una multiplicidad de elementos que el sujeto ha heredado de todos sus ancestros. No es que los hombres tengan muchas identidades, sólo tienen una, pero los elementos constitutivos de esa identidad son demasiados y altamente heterogéneos. No hay pueblos ni razas puras, mucho menos hombres que sean puros en algún aspecto, ni étnica, ni lingüísticamente. Cuando se olvida dicha situación aparecen la xenofobia, la intolerancia, el racismo y la violencia.

Peter Sloterdijk, en su lectura crítica de Martín Heidegger, propone una historia de Occidente como una historia de la cólera. A esta lectura histórica debe sumarse el miedo. Jean Delumeau, en su libro *El miedo en Occidente*, explica cómo la pasión dominante, el motor humano por excelencia, es el miedo. Tal como Thomas Hobbes lo pensó al momento de escribir el *Leviatán*, todas las acciones y decisiones que el hombre toma están incentivadas por el miedo, miedo a padecer enfermedades, al dolor, a sufrir un mal o a morir. Sin embargo, dice Tzvetan Todorov, no hay que permitir que el miedo se vuelva la pasión dominante, pues los asustados pueden generar más caos y destrucción que el miedo que los asusta.

Todas las guerras modernas se presentan como choques de civilizaciones (guerras culturales) en los que cada bando reivindica sus elevadas razones y adjudica el carácter de bárbaro al otro. “El enemigo es siempre una amenaza a nuestro modo de vida, un infiel; profana, contamina, ultraja los valores más altos o superiores”⁴. De hecho, en todas las épocas ha habido personas que hacen pensar a las demás que existe una sola pertenencia primordial tan superior a las demás que está justificado denominarla identidad. Dependiendo de las circunstancias ha sido la religión, en algunos casos, la clase social en otros, y la nacionalidad en la mayoría.

⁴ Sontag, Susan, *Al mismo tiempo*, Debolsillo, España, 2008, p.201.

Cada que una persona ve atacada una parte de su identidad, experimenta un sentimiento de humillación y rencor, el cual puede ser fácilmente manipulado por ciertos líderes que inician la guerra o toman medidas violentas extremas. “El miedo puede llevar al crimen a cualquiera”⁵. De hecho, cuando los humanos sienten que *los otros* constituyen una amenaza para su nación, piensan que todo lo que pueden hacer para alejar esa amenaza es perfectamente lícito; incluso cuando llegan a la matanza, están completamente convencidos de que se trata de una medida necesaria para preservar la vida de *los suyos*.

El discurso de la identidad nacional identifica de forma arbitraria a los enemigos y proporciona el sustento doctrinario para el ejercicio de la violencia por parte del aparato estatal. Como los autores de las matanzas tienen el respaldo de mucha gente que comparte sus convicciones ideológicas, éstos suelen tener la consciencia tranquila y tienden a extrañarse cuando alguien los llama criminales. Este sentimiento de la defensa de *los suyos* es la característica común de todos los regímenes políticos que en los últimos años, en varias latitudes del planeta, desde la antigua Yugoslavia hasta las guerras de los Estados Unidos, pasando por la Alemania nazi y la Rusia soviética, han cometido los peores crímenes en nombre de la nacionalidad.

Como dice Eduardo Galeano, “no hay país que no use la seguridad pública como explicación o pretexto”⁶. “Las guerras obligan a los pueblos a abandonar su identidad múltiple y maleable, y los reducen a una dimensión única en la que cada quien dedica todo su ser a luchar por vencer al enemigo”⁷. Las guerras en nombre de la nacionalidad orillan a los hombres a renunciar a su pluralidad, la cual es la marca de su humanidad, y los arrastran a las peores experiencias de destrucción, dolor y muerte.

Este trabajo aspira a explicar la forma en que la violencia ejercida por los Estados modernos es justificada mediante la instrumentalización de la identidad nacional.

⁵ Maalouf, Amin, *Identidades asesinas*, Op. Cit., p.38.

⁶ Galeano, Eduardo, *Patatas arriba*, Siglo XXI, México, 2001, p.110.

⁷ Todorov, Tzvetan, *El miedo a los bárbaros*, Op. Cit., p.156.

Para ello la investigación se dividió en tres capítulos y un apartado extra inicial. Después de hacer una prehistoria de la violencia en la Modernidad, seleccionando algunos acontecimientos reveladores en ese sentido, se da paso a los capítulos propiamente dichos.

El primero de ellos narra la historia de la nación: los orígenes, el desarrollo y la consolidación del modelo del Estado-nación. El segundo capítulo aborda de forma teórico-política los conceptos clave de la figura del Estado nacional: la soberanía, la libertad, la igualdad y el estado de excepción. En el último capítulo se hace un recuento de los resultados de esta determinada concepción de la política y se critica los postulados básicos de la nación a la luz del pensamiento de autores que ya han dedicado esfuerzos dirigidos hacia la crítica de la teoría política ortodoxa.

En las conclusiones de la investigación se intenta entrelazar todas las ideas y hacer un recuento de los puntos más destacados de la investigación. A pesar de que Amin Maalouf tiene un lugar especial en este texto, el análisis y las interpretaciones de los desajustes mundiales se dan a partir de numerosos autores y no solamente bajo una única mirada. El presente trabajo está elaborado a manera de ensayo y pretende ser una contribución al pensamiento político moderno a través de una lectura diferente y crítica de un problema que no es nuevo, que ha estado ahí desde hace años y que recientemente parece más vigente que nunca.

En Europa los movimientos de ultraderecha, caracterizados por ser intolerantes frente a los extranjeros, ganan cada vez más fuerza. En Medio Oriente los conflictos entre pueblos con mínimas diferencias se radicalizan y las potencias mundiales aprovechan la coyuntura para apoyar al bando que más les conviene. En América los pueblos con un mismo origen se excluyen unos a otros. México mostró su lado intolerante y xenofóbico frente a la caravana migrante de 2018. Estados Unidos quiere construir muros a lo largo de toda su frontera, manda ataques injustos sobre Siria y otros países olvidados por la prensa y proclama a los cuatro vientos que el islam es el enemigo a vencer; a veces pareciera que la historia camina hacia atrás.

PARA UNA PREHISTORIA DE LA VIOLENCIA EN LOS ESTADOS MODERNOS.

*¿He de irme como las flores que perecieron?
¿Nada quedará de mi nombre?
¿Nada de mi fama aquí en la tierra?
¡Al menos mis flores, al menos mis cantos!*

NEZAHUALCÓYOTL

Los argumentos que justifican la violencia han obedecido siempre al contexto socio-político. Cuando el poder estaba centrado en la religión, es decir, cuando la Iglesia era la institución más importante (al menos en Occidente) en la organización social de las personas, la justificación de la violencia provenía del mandato divino. Cuando el poder transitó de Dios a los hombres, específicamente a sus instituciones políticas, la violencia requirió de una nueva doctrina de justificación, a saber, el discurso centrado en la identidad nacional, el cual selecciona a los hombres que conforman la nación y excluye y ataca a los demás. La historia ha sido larga, aquí un resumen.

El 30 de Enero de 1945, Hitler dictó un discurso frente a una multitud de personas donde afirmó: “Dios todopoderoso ha hecho nuestra nación. Estamos defendiendo su obra”¹. Medio siglo antes, el presidente William McKinley declaró que Dios le había dado la orden de quedarse con las islas Filipinas para civilizar y cristianizar a sus habitantes. McKinley aseguraba que había hablado con Dios mientras caminada a medianoche por los pasillos de la Casa Blanca. Por su parte, durante la guerra de Estados Unidos contra Irak en 2003, el presidente George W. Bush dijo que Dios estaba de su lado en la conquista de Irak. ¿A qué hora y en qué lugar habrá recibido la palabra divina?

¹ Arendt, Hannah, *Los orígenes del totalitarismo 2. Imperialismo*, Alianza Editorial, Madrid, 1987, p.348.

Los fundadores de este argumento fueron los conquistadores del mundo. Los europeos estaban convencidos, hace más de quinientos años, de que Dios les había dado el permiso divino para la conquista del mundo entero, desde la exótica Australia hasta la desconocida América, la historia comienza aquí.

A principios del siglo XV los reyes españoles financiaron la expedición de Cristóbal Colón para que encontrara una ruta más fácil de llegar a la India. Europa necesitaba oro y plata, pues eran el medio de pago de la economía de ese entonces. Los filones de Bohemia, Sajonia y el Tirol estaban a punto de acabarse. Los reyes católicos de España apoyaron la aventura de surcar los mares para librarse del conflictivo camino de intermediarios y comerciantes que representaba el comercio de las especias, las plantas, las armas y los alimentos que llegaban del Oriente.

En 1492 los europeos pisaron por primera vez el continente americano. El Almirante creyó que esa isla (las Bahamas) era una avanzada del Japón. De hecho, cuenta Galeano, Cristóbal Colón murió, después de sus viajes, convencido de que había llegado al Asia por la espalda. Marco Polo había profetizado que los habitantes de Cipango poseían oro en enormes cantidades, y que no se agotaba jamás, la única cosa que Marco Polo no sabía era que esa región donde había tanto oro y perlas no era Japón, sino América.

El *descubrimiento* de América no puede ser explicado sin la tradición de guerras santas que Europa, en general, llevaba a cabo. En 1492, aparte de la llegada a América por parte de los españoles, se recuperó Granada. El 02 de Enero de 1492 cayó el último reducto de la religión musulmana en suelo español. Había costado casi ocho siglos recuperar lo que los árabes habían conquistado en siete años. La España musulmana había terminado con victoria de la Santa Inquisición. Granada fue el último reino español donde las mezquitas, las iglesias y las sinagogas pudieron vivir en armonía. Esta simultaneidad de acontecimientos ocasionó que en los años siguientes, en hogueras distantes, el mismo fuego (español, católico)

quemara los libros musulmanes, los libros hebreos y los libros indígenas. “El fuego era el destino de las palabras que en el Infierno nacían”².

La guerra santa contra el Islam tiene aquí sus orígenes. No es casualidad que en ese mismo año, en 1492, ciento cincuenta mil judíos fueran expulsados de España. La Iglesia, por su parte, no se hizo de rogar para bendecir las expediciones y las conquistas que comenzaban a tener lugar en el recién descubierto continente. El papa Alejandro VI convirtió a la reina Isabel en dueña del Nuevo Mundo.

El Nuevo Mundo fue narrado por sus descubridores. Colón quedó deslumbrado cuando llegó al atolón de San Salvador por la transparencia de las aguas del Caribe, por el apacible paisaje verde y por los espléndidos pájaros de colores. En su tercer viaje, cuando llegó a Venezuela, informó a su reino que allí se extendía una tierra infinita que llegaba al paraíso terrenal. Américo Vesputio, cuando exploraba el litoral de Brasil relató a Lorenzo de Médicis: “los árboles son de tanta belleza y tanta blandura que nos sentíamos estar en el paraíso terrenal”³.

Las historias desataron el deseo en muchos europeos de aventurarse hacia América. Los hidalgos y los valientes exploradores aceptaban pagar, ellos mismos, sus propias expediciones y adentrarse en las selvas vírgenes llenas de peligros. El mito de los vastos tesoros despertaba la codicia de los europeos. Cuando Colón tuvo su primer contacto con los nativos les regaló unos botones de colores y unas cuentas de vidrio de poco valor que se colgaban en el cuello con las cuales quedaron maravillados. Les mostró las espadas. Ellos no las conocían, las tomaban por el filo, se cortaban.

El Almirante, en ese primer contacto, se percató que varios de los indígenas llevaban un pedazo de oro colgado en un orificio que tenían en la nariz. Por señas entendió que yendo hacia el sur había un rey que tenía grandes cantidades de aquel metal y demás diamantes preciosos. “Nació el mito de Eldorado, el monarca bañado en oro que los indígenas inventaron para alejar a los intrusos”⁴. Desde Gonzalo

² Galeano, Eduardo, *Los hijos de los días*, Siglo XXI, México, 2014, p.16.

³ Galeano, Eduardo, *Las venas abiertas de América Latina*, Siglo XXI, México, 2008, p.30.

⁴ Ibid. p.31.

Pizarro hasta Walter Raleigh muchos lo persiguieron en vano por las selvas y los ríos del Amazonas y el Orinoco.

El espejismo del cerro que manaba plata se hizo realidad en 1545 con el descubrimiento de Potosí. Había enormes cantidades de oro y plata acumuladas en la meseta de México y en el altiplano andino. En 1519 Hernán Cortés contaba a sus reyes la magnitud del tesoro azteca de Moctezuma. En 1534 llegó a Sevilla un aposento lleno de oro y dos de plata. Un año antes el conquistador Francisco Pizarro obtuvo aquel rescate torturando al inca Atahualpa. El rey de Perú ya le había entregado, desde antes, todo el oro que existía. Eso no lo salvó.

Pedro de Alvarado y sus hombres se lanzaron sobre Guatemala dejando un río de sangre. Antes de la batalla decisiva, los indios, atormentados, les dijeron a los españoles que no les atormentasen más, que les darían mucho oro, plata y diamantes que les tenían. Tras estrangular al rey inca Atahualpa, Pizarro se lanzó sobre el Cuzco. Sus soldados pensaron que estaban entrando a la Ciudad de los Césares. No obstante, sin una pizca de admiración ante lo que veían, se dispusieron a saquear el Templo del Sol. Los soldados pisoteaban y daban de martillazos a los objetos de oro para hacerlos más fáciles de transportar. Arrojaron al fuego, para después manipular mejor el oro, las placas que cubrían los muros, los árboles forjados en oro, los pájaros y otros objetos del jardín.

El rey de los aztecas, Moctezuma, recibió en su palacio las primeras noticias de los extranjeros: “un cerro grande andaba moviéndose por el mar”⁵. Los mensajeros que llegaron después describieron los cañones, mucho asombro les causó el ruido de la explosión y cómo una bola de fuego salía de su boca, y cómo llovía fuego. Los recién llegados traían *venados* que los soportaban. Sus cuerpos estaban totalmente envueltos con trajes que rebotaban las lanzas y las piedras. Sólo sus caras aparecían: eran blancas, como de cal, y su barba era blanca.

Moctezuma creyó que era el mismo dios Quetzalcóatl quien volvía. Ocho presagios lo habían anunciado poco tiempo atrás. El dios de los aztecas se había ido por el

⁵ Ibid. p.33.

este y por el este había regresado. Era blanco y barbudo. El Oriente era la cuna de los antepasados de los mayas. También era blanco y barbudo el dios bisexual de los incas, Huiracocha. Todo coincidía.

¿Quién podrá sitiar Tenochtitlán?, preguntaban los cantares. ¿Quién podrá conmover los cimientos del cielo? En el año 1519 los mensajeros contaron a Moctezuma que unos seres extraños que escupían truenos y tenían pechos de metal, caras peludas y cuerpos de seis patas iban camino a Tenochtitlán. Cuatro días después el monarca los recibió en la capital azteca. Ellos habían llegado desde la misma mar por donde se había alejado, en tiempos lejanos, Quetzalcóatl, por lo que Moctezuma creyó que Hernán Cortés era el dios que regresaba. “Y le dijo: -A tu tierra has llegado. Y le entregó la corona, y le otorgó ofrendas de oro, ánades de oro, tigres de oro, máscaras de oro, oro y más oro. Entonces, sin desenvainar la espada, Cortés lo hizo prisionero en su propio palacio”⁶.

Después de la matanza de Cholula (Puebla), Moctezuma envió nuevos emisarios al encuentro de Cortés, quien avanzaba rápidamente rumbo al valle de México. “Los enviados regalaron a los españoles collares de oro y banderas de plumas de quetzal”⁷. Nada saciaba la avaricia de los españoles. Cuando el ejército de Cortés llegó a Tenochtitlán entró inmediatamente a la casa del tesoro. Tras el famoso llanto de la noche triste Cortés reconquistó la capital azteca en 1521. Un indígena narra su propia noche triste: “y ya no teníamos escudos, ya no teníamos macanas, y nada teníamos que comer, ya nada comimos”⁸. Los tesoros arrebatados no fueron suficientes. La imaginación europea era infinita. Durante varios años los españoles excavaron el fondo del lago de México en busca del presunto tesoro azteca enterrado por los indígenas.

¿Cuáles son las causas de la facilidad con que los indígenas sucumbieron ante los europeos? Una de las explicaciones es que los españoles supieron aprovechar la situación política que los pueblos indígenas vivían cuando el arribo de los

⁶ Galeano, Eduardo, *Los hijos de los días*, Op. Cit., p.350.

⁷ Galeano, Eduardo, *Las venas abiertas de América Latina*, Op. Cit., p.36.

⁸ Ibidem.

extranjeros. Los resentimientos entre pueblos fueron dirigidos por los audaces españoles para sumarse aliados en la lucha contra la hegemonía azteca. Una causa más de esa situación fue el desnivel de desarrollo entre ambos mundos, el europeo y el americano.

Un elemento más, menos mencionado en los libros, fue el papel que jugaron las enfermedades. Los europeos, al llegar a América, traían consigo la viruela y el tétanos, enfermedades pulmonares, intestinales y venéreas. El tracoma, el tifus, la lepra, la fiebre amarilla y las caries. “El antropólogo brasileño Darcy Ribeiro estima que más de la mitad de la población aborígen de América, Australia y las islas oceánicas murió contaminada luego del primer contacto con los hombres blancos”⁹. No obstante, los católicos creían que el baño, por los nativos practicado, era un pecado porque daba placer al cuerpo.

No tiene ningún desperdicio dedicar unas líneas a los caballos. Al igual que los camellos, los caballos habían sido originarios de América, pero se extinguieron miles de años atrás en esas tierras. Los jinetes árabes los introdujeron en Europa, y prestaron una gran utilidad militar y económica al Viejo Mundo. Cuando reaparecieron en América, contribuyeron a dar fuerzas mágicas a los europeos ante los ojos de los nativos.

Una versión cuenta que Atahualpa, al ver llegar a los primeros soldados españoles montados en briosos caballos ornamentados con penachos y cascabeles, que corrían dejando grandes polvaredas, se cayó de espaldas. El cacique Tecum, al frente del ejército maya, descabezó con su lanza el caballo de Pedro de Alvarado convencido de que formaba parte del conquistador.

Es muy interesante releer la historia a la luz de estos acontecimientos. La derrota de los indígenas fue, antes que otra cosa, psicológica. Francisco Pizarro entró en Cajamarca con únicamente 180 soldados y 37 caballos. Hernán Cortés desembarcó en Veracruz con no más de cien marineros, 508 soldados, 16 caballos, 32 ballestas, diez cañones de bronce y algunos arcabuces y mosquetes. Sin embargo, la capital

⁹ Ibid. p.35.

de los aztecas, Tenochtitlán, era “cinco veces mayor que Madrid y duplicaba la población de Sevilla, la mayor de las ciudades españolas”¹⁰.

Galeano resume así el *descubrimiento* de América: en 1492, los nativos descubrieron que eran indios, que vivían en América. Descubrieron que estaban desnudos y que existía el pecado; “descubrieron que debían obediencia a un rey y a una reina de otro mundo y a un dios de otro cielo, y que ese dios había inventado la culpa y el vestido y había mandado que fuera quemado vivo quien adorara al sol y a la luna y a la tierra y a la lluvia que la moja”¹¹. En la escuela se enseña, por ejemplo, que Chile se descubrió en 1536, pero esta noticia no impresionó para nada a los mapuches, quienes habían descubierto Chile trece mil años antes; así podría decirse de cada pueblo americano.

A pesar de que en América, antes de la llegada de los europeos, no se tenía conocimiento de la pólvora, del hierro, del arado, de la brújula ni del vidrio, las claves de la conquista no se encuentran en esta desventaja tecnológica, sino en la dominación ideológica, en la que la religión tuvo un papel central. Hace quinientos años el Mal residía en las tierras que contenían oro y plata; la guerra contra los herejes de América justificaba la ocupación y la colonización que permitieron el saqueo de los recursos.

Juan Ginés de Sepúlveda defendía *la guerra justa y necesaria contra el Mal*. El jurista español explicaba que la guerra contra los indios de las Américas era necesaria, “siendo por naturaleza siervos los hombres bárbaros, incultos e inhumanos”¹². La diversidad cultural, entonces, fue descalificada como ignorancia y penada como herejía en nombre del Dios único, la lengua única y la verdad también única. Los europeos del Renacimiento y de la Ilustración se dedicaron a crear teorías y posturas ideológicas que explicaban la falta de humanidad de los nativos americanos.

¹⁰ Ibid. p.33.

¹¹ Galeano, Eduardo, *Los hijos de los días*, Op. Cit., p.324.

¹² Ibid. p.388.

La América de Voltaire estaba habitada por “indios perezosos y estúpidos, tenía cerdos con el ombligo a la espalda y leones calvos y cobardes”¹³. Bacon, De Maistre, Montesquieu, Hume y Bodin se negaron a reconocer como semejantes a los *hombres degradados* del Nuevo Mundo. Hegel hablaba de la *impotencia física y espiritual* del continente, y dijo que los indígenas habían perecido al soplo de Europa. Voltaire, el abogado de la tolerancia y de la razón, decía que los negros eran inferiores a los europeos, aunque superiores a los monos. Estos eran los máximos representantes del Siglo de las Luces.

En 1774, en la ciudad alemana de Königsberg, el filósofo Immanuel Kant, que nunca había estado en América, sentenció que los indios eran *incapaces de civilización* y que estaban *destinados al exterminio*. Pero los *incapaces de civilización* vivían en armonía con la naturaleza, y creían que la tierra es sagrada y sagrado es todo lo que en la tierra anda o de la tierra brota. Creían que la tierra es un cuerpo hecho de montes, selvas y aires; que por los árboles respira y llora por los arroyos.

Los *destinados al exterminio* creían que los hombres son familia de todo lo que crece, madura, se cansa, muere y renace. Que cada niño tiene muchos padres, tíos, hermanos, abuelos. Que abuelos son los muertos y los cerros; hijos de la tierra y del sol, regados por las lluvias hembras y las lluvias machos, que “somos todos parientes de las semillas, de los maíces, de los ríos y de los zorros que aúllan anunciando como viene el año”¹⁴. Que las piedras son parientes de las culebras y de las lagartijas. El maíz y el frijol, hermanos entre sí, crecen juntos sin pegarse. Las papas son hijas y madres de quien las planta, porque quien crea es creado. “Todo es sagrado, y nosotros también. A veces nosotros somos dioses y los dioses son, a veces, personitas, nomás”¹⁵. Así decían, así sabían, los indígenas de los Andes.

A los que Hegel catalogaba como *impotentes de espíritu* les gustaba festejar a la tierra, su madre. El primero de Agosto de cada año, en los pueblos de los Andes se

¹³ Galeano, Eduardo, *Las venas abiertas de América Latina*, Op. Cit., p.62.

¹⁴ Galeano, Eduardo, *Patatas arriba*, Siglo XXI, México, 2001, p.335.

¹⁵ Ibidem.

celebra a la Pachamama. “Bailan y cantan sus hijos, en esta jornada inacabable, y van convidando a la tierra un bocado de cada uno de los manjares de maíz y un sorbito de cada uno de los tragos fuertes que les mojan la alegría”¹⁶. Y al final de la celebración le piden perdón por tanto daño: tierra saqueada, tierra envenenada; y le suplican que no los castigue con terremotos, heladas, sequías, inundaciones y demás furias. Esta es la fe más antigua de las Américas. La madre de todos no habita en el cielo ni está muerta. Vive en las profundidades del mundo y allí espera a sus hijos, “la tierra que nos da de comer es la tierra que nos comerá”¹⁷.

Medio milenio después de que el Mal habitara las tierras llenas de oro, plata, perlas y diamantes, cambió de domicilio para instalarse en las que contienen litio, coltán, estaño, cobre y petróleo. Los representantes contemporáneos de la civilización y del *mundo libre* se han dedicado a repetir la historia del saqueo y de las injusticias en los países habitados, según ellos, por bárbaros; siempre justificados por el discurso nacionalista que otorga, tal como la religión lo hizo en su momento, el estatus superior a unos pueblos y el carácter inferior a otros.

Los Estados Unidos de América han encabezado una de las etapas más brutales en cuanto a ejercicio de la violencia por parte de los Estados modernos en nombre de la civilización, de la libertad y de la seguridad nacional. Uri Avnery, pacifista famoso, escribió: “mirad el mapa. Veréis que las grandes bases norteamericanas que se construyen en nombre de la guerra contra el terrorismo, están ubicadas exactamente en la ruta de los oleoductos y gasoductos hacia el océano Índico”¹⁸. De hecho, el mejor noticiero de la guerra está en la Bolsa de Valores. Ahí, las empresas agraciadas por las conquistas militares de sus países celebran las masacres humanas que les garantizan enormes cantidades de dinero. Los índices bailan al son de la carnicería humana.

Por eso todas las guerras modernas se han justificado en nombre de la identidad nacional: en nombre de la seguridad de la nación y de la de sus integrantes. Hace

¹⁶ Galeano, Eduardo, *Los hijos de los días*, Op. Cit., p.247.

¹⁷ Ibidem.

¹⁸ Franssen, Peter, *La nueva política de EE.UU. a partir del 11/s*, Editorial Popular, España, 2002, p.171.

un siglo que Estados Unidos está en guerra. Desde el comienzo del siglo XX, escribe García Márquez, casi no hubo una guerra en el mundo en que la gente del Pentágono no participara. Las bombas, por supuesto, siempre estallaron lejos de su territorio, con excepción de Perl Harbor, cuando la aviación japonesa bombardeó la Séptima Flota en 1941. “Pero siempre el horror estuvo lejos”¹⁹.

De hecho, fuera del ataque a Washington por parte de los ingleses, en 1814, hubo un único momento en que los Estados Unidos, siendo ya la primera potencia mundial en términos militares y económicos, sufrieron una invasión. El responsable fue un valiente y astuto mexicano llamado Doroteo Arango, mejor conocido como Pancho Villa. En la madrugada del 09 de Marzo de 1916, Villa “atravesó la frontera, incendió la ciudad de Columbus, mató a algunos soldados, se llevó unos cuantos caballos y municiones y al día siguiente regresó a México, para contar su hazaña”²⁰.

Villa había sido derrotado días antes por Álvaro Obregón, y tras un problema que tuvo con un cargamento de armas que esperaba recibir en la frontera, decidió invadir Estados Unidos con apenas 573 hombres. Tras esta insolente acción, el presidente norteamericano, Woodrow Wilson, envió a territorio mexicano, sin pedir permiso al gobierno, una expedición militar para perseguir a Villa. Se rumoraba que Villa estaba herido. El gobierno norteamericano había puesto precio a la cabeza del revolucionario: cinco mil dólares. El general John J. Pershing, al frente de la búsqueda de Pancho Villa, contaba en un inicio con cinco mil hombres, luego llegó a tener doce mil. Por primera vez en la historia el ejército estadounidense utilizó autotransportes, tanques de guerra y aviación. Nunca encontraron a Villa.

Fuera de esta maravillosa historia, el único ataque que los Estados Unidos han sufrido fue el atentado a las Torres Gemelas en Septiembre de 2001. Este acontecimiento puede ser interpretado como la consecuencia de toda una historia de injusticias cometidas por la primera potencia mundial. En su carta a Bush, García Márquez se pregunta, recordando el pasado, sobre aquel acontecimiento. ¿Cómo

¹⁹ García, Márquez, Gabriel, “Carta de Gabriel García Márquez sobre el 11 de septiembre”. *Voltairenet* [en línea] 2008, (01/Octubre): [Fecha de consulta: 23 de Noviembre de 2018]. Disponible en <<http://www.voltairenet.org/article158188.html>>.

²⁰ Galeano, Eduardo, *Los hijos de los días*, Op. Cit., p.89.

se siente? Cuando las Torres Gemelas se vinieron abajo en medio del polvo, ¿pensaste por un momento lo que sintieron los campesinos de Vietnam durante muchos años? “En Manhattan, la gente caía desde las alturas de los rascacielos como trágicas marionetas. En Vietnam, la gente daba alaridos porque el napalm seguía quemando la carne por mucho tiempo y la muerte era espantosa, tanto como las de quienes caían en un salto desesperado al vacío”²¹. “¿Cómo se siente el miedo? ¿Cómo se siente, yanqui, saber que la larga guerra finalmente el 11 de septiembre llegó a tu casa?”²² Insiste García Márquez.

Hace un siglo que el gobierno norteamericano declara la guerra en nombre de los más altos valores. En nombre de la libertad y de la democracia miles de millones de personas han muerto en las más crudas e injustas guerras que se han vivido. Pero el gobierno estadounidense debe saber que para muchos pueblos (la mayoría) del mundo, en donde diariamente mueren 24.000 pobladores por hambre o enfermedades curables, Estados Unidos no representa la libertad, sino un enemigo terrible que sólo siembra hambre, guerra, miedo, injusticia, represión y destrucción. Siempre han sido conflictos lejanos, ajenos, pero para quienes los viven es una dolorosa y cruda realidad cercana y cotidiana. Las víctimas han sido, en un 90 %, lo que el ejército llama *efectos colaterales*, es decir, civiles, ancianos, mujeres y niños.

En el mundo moderno la muerte de cada *malviviente* surte efectos farmacéuticos, de anestesia, sobre cada *bienviviente*. La identidad nacional ha sido instrumentalizada en innumerables ocasiones por los gobiernos contemporáneos para recibir el apoyo popular a la puesta en acción de las peores guerras que se han conocido hasta ahora.

Un claro ejemplo es lo que sucedió, hace apenas veinticuatro años, en Ruanda. Cuenta Galeano que un buen día el rey de Bélgica decidió que tutsis eran todos los que tenían más de ocho vacas y hutus los que tenían menos, en el espacio que

²¹ García, Márquez, Gabriel, “Carta de Gabriel García Márquez sobre el 11 de septiembre”. *Voltairenet* [en línea] 2008, (01/Octubre): [Fecha de consulta: 23 de Noviembre de 2018]. Disponible en <<http://www.voltairenet.org/article158188.html>>.

²² *Ibidem*.

ocupan ahora Ruanda y Burundi. Aunque los tutsis (pastores) y los hutus (labriegos) tenían orígenes diferentes, habían compartido varios siglos de historia en el mismo territorio; hablaban la misma lengua y convivían pacíficamente. Ellos no sabían que eran enemigos, pero terminaron creyéndolo con tanto fervor que, durante 1994 y 1995, las largas matanzas entre los hutus y los tutsis dejaron un saldo de más de medio millón de víctimas. “En la información de estas carnicerías, ni por casualidad se escuchó, y muy raras veces se leyó, el menor reconocimiento a la obra colonial de Alemania y Bélgica contra la tradición de convivencia de dos pueblos hermanos, ni al aporte de Francia, que después brindó armas y ayuda militar para el exterminio mutuo”²³, así como el apoyo norteamericano también brindado.

Una de las guerras más famosas de los últimos años fue la de Irak. En 2003, como respuesta a los atentados de dos años antes al territorio norteamericano por terroristas de Medio Oriente, que no venían de Irak sino de Arabia Saudita, aliado del gobierno estadounidense, se anunció la invasión a Bagdad. Cuando la guerra se estaba planeando, George W. Bush, entonces presidente de Estados Unidos, dijo: “debemos estar listos para atacar en cualquier oscuro rincón del mundo. Irak es, pues, un oscuro rincón del mundo. ¿Creerá Bush que la civilización nació en Texas y que sus compatriotas inventaron la escritura? ¿Nunca escuchó hablar de la biblioteca de Nínive, ni de la torre de Babel, ni de los jardines colgantes de Babilonia? ¿No escuchó ni uno solo de los cuentos de las mil y una noches de Bagdad?”²⁴.

¿Quién lo eligió presidente del planeta?, pregunta también Galeano, “¿Elegiríamos a un presidente sordo?”²⁵. Nunca había habido tanta concentración de recursos económicos, científicos y tecnológicos dedicados a la producción de muerte. Los países que más armas venden al mundo son los mismos que tienen a su cargo la paz mundial, por eso el mundo está de cabeza y al borde de la hecatombe. ¿Faltan

²³ Galeano, Eduardo, *Patatas arriba*, Op. Cit., p.296.

²⁴ Galeano, Eduardo, “La guerra”. *Periodico* [en línea] 2003, (Mayo): [Fecha de consulta: 23 de Noviembre de 2018]. Disponible en <http://archivoperiodico.cnt.es/290may2003/mundo/archivos/mundo08.htm>.

²⁵ Ibidem.

pruebas de ello? De cada diez dólares que el mundo gasta en armamento, cuatro dólares y medio van a parar a los Estados Unidos. Por cada dólar que Naciones Unidas gasta en misiones de paz, el mundo entero invierte dos mil dólares en gastos de guerra. Existen, hoy en día, treinta y cinco mil armas nucleares en el mundo, Estados Unidos posee la mitad.

Hoy en día el discurso de la identidad nacional, y la idea de que los extranjeros son los enemigos por ser extraños, los representantes del mal al ser desconocidos, son los dos elementos que más discordia genera entre pueblos. Son el origen de la intolerancia, de la xenofobia y del racismo. Los europeos y los estadounidenses son los que más fielmente creen en la superioridad de unos pueblos sobre otros.

El continente europeo, sin embargo, lleva el nombre de una mujer: Europa, a la que Zeus, según el mito, transformó en toro y llevó a la isla de Creta, donde dio luz a tres hijos. La versión de Heródoto es mucho más realista y más reveladora: según este historiador, Europa, hija del rey Agenor de Fenicia, llegó a la isla no con un dios, sino con hombres de carne y hueso, y ahí vivió y dio a luz a la dinastía real.

Europa es, pues, el primer continente compuesto por migrantes, por desarraigados. Es la prueba máxima de la pluralidad humana y la evidencia cumbre de su feminidad. Pero el mundo al revés, dice Galeano, nos entrena para ver al prójimo como una amenaza y no como una promesa. El mundo al revés, es decir, el mundo tal cual lo viven los hombres, “nos enseña a padecer la realidad en lugar de cambiarla, a olvidar el pasado en lugar de escucharlo y a aceptar el futuro en lugar de imaginarlo”²⁶.

²⁶ Galeano, Eduardo, *Patatas arriba*, Op. Cit., p.8.

Capítulo 1. Historia del Estado-nación. Orígenes, desarrollo y consolidación.

Todos vosotros conocéis la profunda melancolía que nos sobrecoge al recordar los tiempos felices. Esos tiempos que se han alejado para no volver más y de los cuales estamos más implacablemente separados que por cualquier distancia.

ERNST JÜNGER

Primera parte. De la Ilustración y la Revolución Francesa como el origen.

El Estado-nación, como toda construcción social, tiene un principio y un fin; dicha figura no ha existido desde siempre, y nadie puede garantizar su eterna permanencia en este mundo. No obstante que todas las sociedades han tenido una forma de organización política (así sea la más primitiva), sólo la sociedad moderna ha conocido al Estado-nación. Los Estados modernos son resultado de un proceso específico en la historia de la humanidad, a saber, el que comprende los periodos de la Ilustración y de la Revolución Francesa. Después, su rápido desarrollo en el periodo de entreguerras posicionó a la figura del Estado-nación como el eje de la política moderna. Desde ese momento los conflictos políticos se abordan a partir de las discusiones en torno al Estado moderno.

Ernest Renan, uno de los autores más importantes en el estudio de la figura del Estado-nación, explica de forma clara en su libro *¿Qué es una nación?*, que las formas que adopta la sociedad son muy variadas, y que no todas han sido naciones; hubo grandes aglomeraciones como China y Egipto, tribus a la manera de los hebreos, ciudades como Esparta y Atenas, reunión de países en imperios y confederaciones, pero sólo hasta la Edad Moderna el Estado-nación, tal como se conoce hoy en día, (con las características básicas indispensables: territorio delimitado, población, gobierno y administración centralizados) se ha posicionado como la organización política por excelencia en Occidente.

Así pues, como señala Eric Hobsbawm, la palabra nación no se remonta más allá del siglo XVIII; hasta 1884 el Diccionario de la Real Academia de la lengua Española integraría los términos de nación, lengua y Estado. La Academia Española formuló el concepto definitivo de nación hasta 1925: “conjunto de personas de un mismo origen étnico y que generalmente hablan un mismo idioma y tienen una tradición común”¹. Dichas definiciones se apegan a la teoría clásica del Estado, según la cual éste debe contar con un territorio, una población y un gobierno centralizado, sin embargo, existen otras definiciones de nación que son indispensables en el presente trabajo.

Algunos autores han ofrecido definiciones de nación apegándose a los elementos básicos que la conforman. Para Anthony Giddens la nación es “una colectividad existente en un territorio claramente delimitado, sujeta a una administración unitaria supervisada reflexivamente tanto por el aparato interno del Estado como por parte de los otros Estados”². Para Anthony Smith es un “grupo de seres humanos que tiene en común ciertos elementos definitorios de su cultura, un sistema económico unificado, derechos de ciudadanía para todos sus miembros, un sentimiento de solidaridad que nace a partir de experiencias comunes y un territorio que ocupan en común”³.

Weber define nación como “una comunidad de sentimiento que se manifiesta adecuadamente en un Estado propio; por lo tanto una nación es una comunidad que normalmente tiende a crear su propio Estado”⁴, y Adrian Hastings, introduciendo otro tipo de elementos, da una definición mucho más amplia: “una nación es una comunidad mucho más consciente de sí misma que una etnia. Formada a partir de una o más etnias [...] posee o reclama el derecho a la identidad y a la autonomía política como pueblo, junto con el control de un territorio específico”⁵.

¹ Hobsbawm, Eric, *Naciones y nacionalismos desde 1780*, Crítica, España, 1998, p.24.

² Smith, D. Anthony, *Nacionalismo y Modernidad*, Istmo, Madrid, 2000, p.141.

³ Ibid. p.331.

⁴ Ibid. p.48.

⁵ Hastings, Adrian, *La construcción de las nacionalidades*, Cambridge University Press, Madrid, 2000, p.14.

A partir de estas definiciones, puede advertirse que la nación está estrechamente relacionada con los sentimientos, la comunidad, la pertenencia y la consciencia colectiva. Por eso, Benedict Anderson simplifica las definiciones aquí presentadas en una sola frase: una nación es “una comunidad política imaginada como inherente limitada y soberana”⁶. Se imagina limitada porque aún la más grande tiene fronteras finitas, más allá de las cuales se encuentran otras naciones. Se imagina soberana porque es hija de la Ilustración, periodo que terminó, en el plano teórico, con la legitimidad basada en los mandatos divinos. Y se imagina como comunidad porque se concibe siempre como un compañerismo profundo y horizontal. El discurso de identidad nacional, entonces, se articula a partir de generar un sentimiento de comunidad que nace de la construcción de un pasado común (casi siempre glorioso), de héroes nacionales, de símbolos patrios (escudos, banderas, himnos) y de identidades nacionales, las cuales ocupan, en la política moderna, un lugar privilegiado.

Ahora bien, el proceso de nacimiento de la figura del Estado-nación fue lento. Cuando el sistema feudal comenzaba a desaparecer, dando paso, en un primer momento, al mercantilismo, las naciones empezaban a asomarse en la trama de la historia. El proceso de transición del feudalismo al capitalismo y los orígenes de éste último son el primer momento histórico importante en el desarrollo de las naciones. La revolución en Francia de 1789 fue la culminación de toda una transformación cultural e ideológica que puede ser rastreada desde el Renacimiento italiano, y las consecuencias de este momento histórico empezarían a vivirse hasta finalizar la Primera Guerra Mundial. La Segunda Guerra Mundial representa la máxima expresión de las contradicciones que generó (y que aún genera) el nuevo modelo político de la era moderna. Con lo dicho hasta ahora queda claro que los problemas subyacentes a la nación y al discurso de la identidad nacional tienen sus orígenes en la época moderna, por lo que la revisión histórica empieza, necesariamente, en los antecedentes y en los orígenes del periodo ilustrado.

⁶ Benedict, Anderson, *Comunidades imaginadas*, FCE, México, 2007, p.23.

Tanto la Ilustración como la Revolución Francesa representan el fin de un modelo político-económico desgastado (Feudalismo) y el inicio de una nueva época en la historia de la humanidad, a saber, la Modernidad, la cual acogió al capitalismo como sistema económico propio. La época moderna se caracteriza por ser un momento en el cual la religión pierde terreno, donde la ciencia se erige como el único medio de conocer el mundo y donde el hombre deja de ser relegado en la historia para convertirse en el eje del desarrollo histórico.

Según Hegel, las etapas del espíritu del mundo se suceden unas a otras con necesidad lógica, y no es posible saltar ninguna de ellas. En esto Marx le fue fiel. La historia parece desarrollarse, según el autor de *El Capital*, como un desarrollo sin solución de continuidad; lo nuevo no puede empezar antes de que haya llegado *su tiempo*. Marx, en su análisis de la historia como relación dialéctica, suponía que a cada sistema económico corresponde un sistema político diferente del anterior. Siguiendo el análisis de Marx, puede decirse que a cada estructura económica corresponde una superestructura política. En una palabra, cada sistema económico requiere de un sistema político que lo mantenga vigente a partir de otorgarle legitimidad.

En la época antigua la relación económica principal era la de amo-esclavo. Dicha relación, catalogada por Hegel como dialéctica, generaba ciertas relaciones de poder en las cuales el Estado únicamente garantizaba beneficios (libertad, propiedad, derechos) a los hombres libres, como en la Grecia antigua, donde se dejaba de lado a las mujeres y a los esclavos. Más adelante, en la Edad Media, el feudalismo se posicionó como el sistema político-económico de ese periodo. En dicho sistema, la relación del rey con sus súbditos era vertical y el Estado sólo cumplía con funciones mínimas. La política no era concebida como una relación entre iguales sino como una forma de dominación absoluta en la cual los individuos aislados estaban sometidos al poder del rey. En la época feudal no se hablaba de nación porque el gobierno, compuesto por las élites de la Iglesia y de la aristocracia, estaba separado del pueblo, de los súbditos, los cuales tampoco formaban una unidad sino un conglomerado de grupos no relacionados entre sí.

El mercantilismo es el tránsito del feudalismo al capitalismo. Éste último sistema económico dio lugar a la aparición del Estado moderno, el cual cumplía con numerosas funciones político-económicas que garantizaron la perpetuidad del sistema capitalista, primero en su forma liberal, y, más tarde, en su forma neoliberal. Por eso para Marx y Engels “el Estado-nación era el territorio necesario para que la burguesía estableciera el capitalismo de mercado”⁷. El desarrollo del capitalismo, pues, fue un elemento indispensable para la aparición de un nuevo modelo político, a saber, el Estado moderno. Por eso Karl Deutsch identifica cinco elementos históricos, vinculados al desarrollo del capitalismo, que garantizaron la entrada en la escena mundial a las naciones.

- 1.- Paso de la agricultura de subsistencia a las economías de cambio. La economía de cambio incluyó a la mayor parte de la población poniendo en contacto y relación a un gran número de individuos, despertando una conciencia lingüística y cultural.
- 2.- Movilización social de poblaciones rurales a áreas centrales; asentamiento denso. Hubo gran movilidad social del campo hacia la ciudad. La economía se centralizó en lugares específicos, los cuales, más adelante, se volvieron centros de integración social y cultural.
- 3.- Crecimiento de los pueblos con intercambio económico intenso. El desarrollo de pueblos y ciudades garantizó desarrollo nacional, de ahí que en las ciudades donde no existían estas condiciones el desarrollo nacional fue incompleto, ausente o retardado.
- 4.- Crecimiento y desarrollo de las redes básicas de comunicación. Esto ayudó tanto al desarrollo económico como a la homogenización y estandarización del idioma; tal como ocurrió en Francia y Alemania.
- 5.- Nacimiento y desarrollo del sistema capitalista. El desarrollo de la tecnología y la industria dio paso a un avance exponencial del sistema capitalista, el cual era más liberal que el feudal.

El desarrollo del capitalismo generó (por necesidad) el surgimiento de las naciones liberales. El Estado-nación tuvo una función específica en el proceso de desarrollo del capitalismo; los Estados realizaban actividades indispensables como monopolio de la moneda, finanzas públicas, normas y recaudamientos fiscales, etc. Pero lo

⁷ Smith. D. Anthony, Op. Cit., p.102.

más importante era que “el Estado-nación [...], después de todo, garantizaba la seguridad de la propiedad y los contratos”⁸, idea sobre la cual se volverá más adelante. De hecho, no es fortuito que Adam Smith titulara su obra *La riqueza de las naciones*, pues en ese momento la nación era la figura más importante incluso en los análisis económicos.

Conforme el sistema capitalista se fue consolidando en toda Europa el nacimiento de las nuevas naciones (que en realidad *habían estado ahí* desde hace tiempo, pero ocultas) se aceleró; dicho proceso fue paulatino y tuvo un desarrollo distinto en cada región y país, no obstante, el siglo XVIII sería el momento donde surgirían las primeras y más grandes naciones, como Inglaterra, Francia y Alemania. Este proceso debe ser estudiado a la luz de la diferenciación entre el modelo medieval y el moderno, tanto en un sentido teórico-político, como en un sentido histórico-social. Es decir, es necesario hacer un esfuerzo de distinción entre una etapa y la otra con el objetivo de entender las diferencias entre modelos y explicar los orígenes de los conflictos que atañen a la Edad Moderna.

Como ya se señaló, en la Edad Media no se hablaba de Estado-nación simplemente porque éste no existía, y nadie puede hablar de lo que nunca ha visto. En dicha etapa “no existió el Estado en el sentido de una unidad de dominación, independientemente en lo exterior e interior, que actuara de modo continuo con medios de poder propios, y claramente delimitada en lo personal y territorial”⁹; Hegel señala que lo que existía en la Edad Media era una poliarquía, pues el poder estaba atomizado, fraccionado y repartido en varias figuras: la Iglesia, los propietarios nobles y los caballeros, además de que el binomio Iglesia- Estado constituía una unidad inseparable, cosa que terminaría en la Edad Moderna.

Como es conocido, otra de las grandes diferencias entre el modelo político feudal y el moderno tiene que ver con la milicia. El ejército es una de las instituciones más importantes de los Estados modernos; tiene toda una carga ideológica que le da

⁸ Hobsbawm, Eric, Op. Cit., p.37.

⁹ Heller, Herman, *Teoría del Estado*, FCE, México, 2012, p.166.

sustento, y realiza actividades indispensables para el mantenimiento de la nación como tal. No obstante, el ejército, tal como se le conoce hoy en día, no siempre funcionó así. En la Edad Feudal los ejércitos eran intermitentes y ocasionales, no eran constantes ni tenían que ser mantenidos de forma regular. En la Edad Moderna esto cambió y comenzaron a ser instituciones que requerían de constantes recursos económicos y de finanzas ordenadas.

En términos más sociológicos, otra de las grandes diferencias entre la Edad Media y la Moderna es que “el pueblo, en cuanto formación cultural, no desempeñó, ni en la Antigüedad ni en la Edad Media, papel de importancia para los grupos políticos”¹⁰. Sería hasta la Revolución Francesa cuando el pueblo obtendría la connotación que ahora tiene, pues anteriormente el pueblo no era sino una masa de sujetos (sujetos y no individuos) atomizados, aislados unos de otros, sin ningún vínculo entre ellos; no existía la consciencia colectiva ni mucho menos la fraternidad por la que se luchó en Francia. Hay que recordar que “con la revolución de 1789, el pueblo aparece por primera vez en la historia moderna como el soberano”¹¹.

En una palabra, a consecuencia de la concentración de los instrumentos de mando, burocráticos, militares y económicos en una unidad de acción política (fenómeno que se produce primeramente en el norte de Italia debido al más temprano desarrollo que alcanza ahí la economía monetaria) surge la figura del Estado-nación, la cual se diferencia del anterior territorio político medieval.

Una de las transformaciones más grandes ocurridas entre la Edad Media y la Edad Moderna (la cual sirve de diferencia entre ambas etapas) es la separación total entre Iglesia y Estado. Si bien dicho proceso fue lento y no homogéneo en Europa, si hubo un constante cambio hacia la separación de los dos poderes más importantes: el poder político y el poder religioso. Varios autores, como Dante y Lutero, hicieron grandes esfuerzos por explicar por qué la Iglesia y el Estado debían ser figuras independientes una de la otra; así, *La divina comedia* es el esfuerzo del poeta italiano para explicar cómo el hombre vale por sí mismo en su condición de hombre,

¹⁰ Ibid. p.205.

¹¹ Salazar, Ugarte, Pedro, *La democracia constitucional*, FCE, México, p.117.

y porqué hay que renunciar a la idea de que la religión determina su condición de ser humano.

Otra de las grandes modificaciones que se dieron de una época a otra es la que tiene que ver con la política. Ernst Kantorowicz tiene un magnífico estudio de la figura de los dos cuerpos del rey en el cual se explica de forma detallada cómo surgió dicha idea y cómo su desarrollo y decadencia transformaron la concepción de la política en Europa. Según los juristas medievales el rey tenía dos cuerpos, uno físico (el cual podía morir pues estaba sujeto a las condiciones humanas naturales) y otro político, el cual era perpetuo, pues había sido elegido por Dios, lo cual le daba la categoría de sagrado. De esta idea surgiría, más adelante, el derecho divino de los reyes, el cual radicaba, básicamente, en el derecho legítimo que tenían los reyes para gobernar ya que Dios los había elegido (a ellos y a su familia) como los indicados para gobernar en la tierra.

En la época del derecho divino de los reyes el pueblo sólo era una masa de súbditos sin ningún lazo que los uniera entre ellos. Con La Reforma protestante, Lutero afirmaba que la Iglesia no debía ser una institución política, y la crisis del derecho divino de los reyes daría paso a la idea del contrato social como fuente de legitimidad y origen del orden político. Sin embargo, en el término *ecclesia* de Lutero se encuentra el germen del nacionalismo, pues los individuos, a partir de ese momento, se unen y hacen comunidad a partir de valores y costumbres que comparten más allá de la religión.

La ruptura política del derecho divino de los reyes se dio gracias al avance de la ciencia y al desarrollo de las ideas políticas a lo largo de la Ilustración. No es casualidad que en Francia y en muchos otros países de Europa, tras las revoluciones modernas, se condenara a los reyes a penas de muerte, exilios y otros castigos. La oposición al monarca nació en las clases medias y su bandera estaba constituida por los derechos naturales, con los cuales se logró incluir a las masas en el proceso de oposición; el llamamiento a una identidad cultural sirvió de base para invitar al pueblo a entrar en escena en la historia del mundo.

La Guerra de los Treinta Años es la última de las guerras de religión, la cual acabó con la firma de la Paz de Westfalia en 1648. Tras dicha guerra, el poder soberano transitó de Dios al Estado conservando sus mismos atributos: perpetuo, indivisible y absoluto. El modelo político adoptado tras la Paz de Westfalia fue el de nación; Bodin ofrece una de las definiciones de soberanía más relevantes de dicho periodo: “el poder absoluto y perpetuo de una república”¹². Puede advertirse, en este punto, el proceso de cambio entre concepciones distintas de la política, el cual estaba, de alguna forma, sujeto a los cambios de la forma de entender la religión, y, en el fondo, de la forma en que el hombre se concebía a sí mismo.

La Ilustración y la Revolución Francesa representan el momento cumbre de una transformación radical en términos sociales, políticos, culturales y económicos. El sistema capitalista se había consolidado, el derecho divino de los reyes era fuertemente cuestionado y nuevas ideas políticas comenzaban a surgir en los trabajos más importantes de los ilustrados franceses e ingleses. Así, el contrato social, la soberanía del pueblo, la libertad, la justicia, la fraternidad, entre otras, fueron ideas que transformaron radicalmente la política en Occidente.

Las primeras naciones que vio nacer Europa fueron Inglaterra (en primer lugar de importancia y de tiempo), Francia y Alemania, y este proceso de cambio fue, en gran medida, un proceso de laicidad. De hecho Liah Greenfeld dice que “el nacimiento de la nación inglesa no supuso el nacimiento de una nación, fue el nacimiento de las naciones, el nacimiento del nacionalismo”¹³. Las ideas de Thomas Hobbes, John Locke, Jean-Jacques Rousseau, Emmanuel-Joseph Sieyès, Montesquieu y otros, dieron paso al nacimiento teórico, y luego práctico, de las naciones europeas, las cuales después serían testigos de los problemas de violencia que se abordan en el presente trabajo.

Aquí es preciso hacer un paréntesis. Tras la desintegración del Imperio Romano, con la caída de Constantinopla a manos de los turcos otomanos en 1453, los

¹² Bodin, Jean, *Los seis libros de la república*, Tecnos, Madrid, 1986, p.46.

¹³ Hastings, Adrian, *Op. Cit.*, p.16.

pueblos que en algún momento lo conformaron se dispersaron por toda Europa y Medio Oriente. Las novedosas naciones absorbieron a algunos y, otros, los que no encontraban un lugar, fueron eliminados. El caso alemán es claro en cuanto representa un ejemplo de una nación construida históricamente con rasgos racistas y excluyentes (como se verá, bajo supuestos no confirmados) que tendrían como consecuencia, años más tarde, los horrores del exterminio judío.

En un inicio, en Alemania, por el propio desarrollo del país en la historia, la unidad nacional no pudo basarse en instituciones políticas ni en un territorio (como sí en el caso de Inglaterra y Francia), así que sólo el idioma funcionaba como medio de unión; pero “la idea de una nación dependiente del idioma parece provocar necesariamente una reivindicación que va más allá del idioma hasta una supuesta identidad genética”¹⁴. El caso alemán es el ejemplo por antonomasia de una nación que, al basar su identidad en la nacionalidad, le da demasiada importancia a los rasgos físicos y culturales que el hombre no decide ni puede controlar y, así, al construir una supuesta identidad superior, nace la postura intolerante hacia los demás.

En toda Europa los pueblos fueron una mezcla de etnias con diferentes orígenes: los orígenes de Francia son galos, francos, romanos, bretones y germanos; los de Inglaterra, británicos, daneses, normandos y anglosajones, los orígenes italianos son etruscos, romanos, celtas, griegos, germanos y sarracenos; pero el pueblo alemán se autodenominó puro. La realidad era otra: lo que ocurrió fue que en Alemania se mantuvo un nombre genérico para todas las tribus que ahí vivían, generando una supuesta pureza étnica. “En consecuencia, cualquier giro de un grupo a otro fue lingüísticamente eliminado y se mantuvo dominante una impresión de identidad inmutable”¹⁵. El hecho de eliminar las diferencias, aunque haya sido sólo lingüísticamente, fue lo que ocasionó que el nacionalismo alemán fuera tan intolerante y peligroso. Queda de manifiesto la idea de Benedict Anderson acerca

¹⁴ Ibid. p.141.

¹⁵ Ibid. p.143.

de la invención de las comunidades como una construcción social arbitraria que excluye al diferente, al otro.

Esta idea es importante toda vez que tiene un estrecho vínculo con los grandes horrores de la Segunda Guerra Mundial. El nacionalismo alemán, a diferencia del inglés, estaba poco relacionado con la religión, y “una limpieza étnica eficaz tiene que ser validada por la religión, la mitología o la ideología para movilizar a una gran cantidad de gente dispuesta a participar en todos los horrores del asesinato en masa y mantener una consciencia relativamente limpia”¹⁶; en el caso de la Alemania nazi la validez de las acciones de la limpieza étnica estaba basada en la mitología del judío como un peligro y en la propia ideología nazi, la cual asumía la superioridad de *su* raza y, en consecuencia, la inferioridad de las otras. El judío era la representación del mal; la ficción más eficaz de la propaganda nazi fue la historia de una supuesta conspiración mundial encabezada por los judíos. Por tanto, debe quedar claro que “tanto en España como en Alemania fue la raza de los judíos, más que su religión, la que condujo a su persecución”¹⁷.

Volviendo al desarrollo histórico, a pesar de que no todos los historiadores coinciden plenamente en dónde se encuentra el origen del nacionalismo (Kohn hablaba de la Revolución inglesa, Cobban optó por las postrimerías del siglo XVIII mientras que Kedourie situaba el nacimiento en 1807, año de la publicación de los *Discursos a la Nación Alemana* de Fichte) la mayoría acepta que los inicios de éste están en la Revolución Francesa, pues fue la primera manifestación, como evento y como periodo, del nacionalismo. La revolución de Francia representa el fin de un modelo político y el nacimiento de uno nuevo, a saber, el Estado-nación.

De hecho, aunque algunos medievalistas como Hastings y John Gillingham, a diferencia de Hobsbawm, Gellner y Benedict Anderson, ven en la Baja Edad Media (específicamente en el siglo XI) el germen del nacionalismo, al menos en Inglaterra, el mismo Hastings concede que la aparición de un nacionalismo secular tuvo que

¹⁶ Ibid. p.147.

¹⁷ Ibid. p.145.

esperar hasta las revoluciones Francesa y Americana. Esto demuestra una de las ideas principales de este capítulo, a saber, que la idea de nación es nueva, es decir, moderna, y que su análisis debe, por lógica temporal, empezar desde el inicio de la Modernidad. Así pues, “en un sentido moderno y básicamente político el concepto nación es muy joven desde el punto de vista histórico”¹⁸, pues la noción de soberanía como única e indivisible, la cual sustenta, en buena medida el proyecto de nación, es francesa y pertenece al periodo ilustrado.

El siglo XVIII fue, entonces, el momento en que nacieron y se desarrollaron todas las naciones en Europa. Cuando se ofreció el modelo inglés, ya que se presentaba como un éxito notorio, a finales del siglo en cuestión, y las antiguas instituciones locales y dinásticas (desde el Sacro Imperio Romano hasta Venecia) perdieron su anterior atractivo, los movimientos nacionalistas que surgieron para llenar el vacío y modernizar el orden político sacaron del baúl de recuerdos a las naciones, que en realidad llevaban ahí *escondidas* siglos. Sin embargo, no todos los pueblos contaban con una nación, y las etnias que no fueron absorbidas tuvieron que ser eliminadas; aquí comienza, con la historia del nacionalismo, la historia de dos siglos de expulsiones, asesinatos en masa, persecuciones de minorías y demás violaciones a los derechos humanos. El origen es la figura misma del Estado moderno, y el presente trabajo analiza dicha situación.

Frente al contexto que se vivía en Europa a fines de siglo XVIII, una España en decadencia, una Francia derrotada, Alemania e Italia divididas, etc., el modelo de Inglaterra (toda proporción guardada, modernizado en Estado Unidos) se convirtió, a finales del siglo en cuestión, en el ejemplo del único sistema sociopolítico aparentemente próspero. Aunado a eso, fue la gran cantidad de guerras anglofrancesas, desde la época de Luis XIV a la de Luis XVI, la que desilusionó a los franceses respecto a su propio sistema político, y les reveló, a través de los ojos de Voltaire y Montesquieu, la clara superioridad de la forma inglesa de actuar; la superioridad de un Estado nacional sobre un Estado dinástico.

¹⁸ Eric, Hobsbawm, Op. Cit., p.26.

A partir de ese momento el modelo inglés del Estado-nación fue el ejemplo a seguir de todos los países de Europa. Y conforme avanzaba el proyecto nacional en Inglaterra “la hostilidad hacia los extranjeros crecía. Los judíos eran expulsados [...] y el aumento del nacionalismo fue paralelo a un descenso de las lealtades y las tolerancias”¹⁹. En una palabra, el proyecto nacional escondía detrás deficiencias teóricas (en el modelo) que desembocarían en los crímenes más grandes que se han cometido en nombre de la nacionalidad.

La Revolución Francesa es el ejemplo más acabado de las nuevas concepciones de la política. Las ideas de Rousseau, Sieyès, Montesquieu, Voltaire y Bodin dieron la base a la revolución que encabezaba la demanda de Libertad, Igualdad y Fraternidad, todos ellos conceptos de fundación del Estado moderno. Pero la revolución de 1789 dejó claro que “la unidad de la república exige unidad de lengua, aboliendo la diversidad de idiomas primitivos en favor del idioma de la Declaración de los Derechos”²⁰. Dejó claro, pues, que el modelo moderno de nación conlleva la violencia que delimita *una* nacionalidad, la cual no puede ser plural por su esencia misma.

Benedict Anderson señala que “el liberalismo y la Ilustración ejercieron claramente un efecto poderoso, sobre todo proveyendo un arsenal de críticas ideológicas contra los imperiales *anciens régimes*”²¹, en el proceso de cambio de un modelo a otro. Una vez que se termina, de forma teórica, con los viejos modelos monárquicos, se da paso al Estado moderno como centro de la política contemporánea, y sus componentes son los elementos que deben ser analizados si se pretende comprender el origen de la violencia ejercida por el Estado en la Modernidad. Un claro ejemplo de ello es que, como señala Adrian Hastings, “el nacionalismo francés de la época de la Revolución suponía un Estado francés e implicaba una cruzada para llevar los valores franceses al extranjero, asegurando su exportación probablemente, gracias a la fuerza de las armas francesas”²².

¹⁹ Hastings, Adrian, Op. Cit., p.74.

²⁰ Ibid. p.136.

²¹ Benedict, Anderson, Op. Cit., p.101.

²² Hastings, Adrian, Op. Cit., p. 44.

En el nuevo mundo moderno de gobiernos constitucionales, la propia naturaleza del gobierno y de la legitimidad del Estado requería de unidad orgánica de sus ciudadanos, por eso la idea del contrato social de Rousseau sería tan importante. Dicha unidad era una aspiración utópica que no correspondía a la realidad que Europa vivía en esos momentos: en 1789 sólo el 12% de la población de Francia hablaba correctamente el francés, y el 50% no hablaba nada de francés. En el momento de la unificación de Italia sólo el 2.5% de la población hablaba italiano. En realidad, la aspiración nacionalista era una idea poco viable, que traería consecuencias funestas. La nacionalidad, constituida por elementos culturales: lengua, religión, territorio, raza, entre otros, tiene como consecuencia innata a sí misma la exclusión de todo individuo que no comparta dichos elementos de forma absoluta.

Una de las características principales de los Estados-nación, que no comparten con las anteriores formas de Estado, es que los anteriores modelos no tendían a homogenizar las diferencias entre los distintos grupos que los componían. Por ejemplo, la monarquía prerevolucionaria en Francia optó por hacer poco esfuerzo por garantizar que los habitantes de Francia supieran siquiera hablar francés. En realidad, después de la Revolución de 1789 la mayoría de los Estados continuaron siendo dinásticos, y no se preocupaban por la unidad nacional; sólo se había reemplazado el principio de legitimidad dinástica por el de soberanía nacional popular. Sería hasta la Primera Guerra Mundial que las dinastías terminarían.

Anthony Smith apunta que “con anterioridad a la época moderna las naciones fueron algo en gran medida desconocido y los seres humanos compartían una gran multiplicidad de lealtades colectivas: comunidades religiosas, ciudades, imperios y reinos”²³, situación que arroja luz sobre la problemática de la nación. Como ya se señaló, “fue la naturaleza revolucionaria de las transformaciones económicas, administrativas y culturales que tuvieron lugar durante el siglo XVIII en Europa, la que otorgó un papel relevante a la identidad étnica como base para la formación de

²³ Smith. D. Anthony, Op. Cit., p.263.

comunidades políticas”²⁴, y como base de la violencia ejercida por el Estado en nombre de una comunidad a la cual protege. Pero, ¿de quién la protege?

Desde 1789, por no hablar de 1792, el nacionalismo francés se había convertido en el ejemplo más acabado de nacionalismo secularizado de Europa: los revolucionarios franceses habían elegido la bandera tricolor para sustituir al viejo estandarte real, y en 1792 adoptaron *la Marseillaise* como su himno; los símbolos nacionalistas cobraban fuerza. En 1795, en la Declaración de Derechos por parte de Francia, se estableció que “cada pueblo es independiente y soberano, cualesquiera que sean el número de individuos que lo componen y la extensión de territorio que ocupa. Esta soberanía es inalienable”²⁵. Pero, debe decirse, dicha soberanía, tal como era concebida por los revolucionarios franceses, es la que guarda el germen de la violencia en nombre de la comunidad nacional y política.

En Estados Unidos, Alexander Hamilton era uno de los pensadores que más defendía la idea de nación. En Alemania, por ejemplo, Friedrich List desarrolló su teoría nacional basándose en las ideas de Hamilton; en dicha teoría se defendía fervientemente la figura de la *Nationaloekonomie*, es decir, la economía nacional. En Inglaterra John Stuart Mill era el defensor número uno de los nacionalismos. Sin embargo, a pesar de que el modelo era bastante bien aceptado en toda Europa, a muchos países pequeños les fue negada la oportunidad de alcanzarlo; “la autodeterminación sólo era aplicable a las naciones que se consideraban viables: cultural y, desde luego, económicamente”²⁶hablando, lo que en buen romance significa: a la grandes potencias mundiales.

A los grupos más pequeños se les negaba la nacionalidad en nombre de la unificación; paradoja retórica del sistema liberal. La figura de la autodeterminación generó numerosos Estados que, al carecer de historia política propia, sentaron sus bases en la lengua y en la etnia. En resumen, el proyecto de nación estaba reservado para los países más desarrollados. Además, debe decirse que el Estado-

²⁴ Ibid. p.339.

²⁵ Eric, Hobsbawm, Op. Cit., p.28.

²⁶ Ibid. p.41.

nación era necesario porque la administración directa de los gobiernos, así como el desarrollo económico y tecnológico requería unificación, la cual se lograba a partir de la estandarización de la lengua, proceso delegado a la educación impartida por el Estado. La historia oficial comenzó a ser un elemento de homogenización de la cultura, de eliminación de las diferencias y de la construcción de una consciencia colectiva.

“Es a partir de la Revolución Francesa y del imperialismo napoleónico, al principio como reacción contra éste, cuando las naciones, en creciente medida, aparecen como las más pujantes fuerzas formadoras de Estados”²⁷. Uniendo ideas puede decirse que la Revolución Francesa representa un momento clave en el nacimiento de las naciones modernas, que las ideas ilustradas dieron la base al nuevo modelo político y que los conflictos entre etnias al interior de las naciones tienen aquí su origen.

Frente a la idea de que las naciones han existido desde siempre y que hunden sus raíces en la historia debe de haber una postura más completa que tenga en cuenta la historia de su formación para entender que las naciones son modernas en el sentido de ser recientes en la historia, desde la Revolución Francesa. Que son producto de La Modernidad, es decir, que su funcionamiento está articulado a partir de un proceso de modernización; y que, en ese sentido, los problemas que afligen a la sociedad moderna tienen la posibilidad de ser eliminados.

Segunda parte. La Primera Guerra Mundial, el fin de las dinastías y el desarrollo de los Estados modernos.

A pesar de que en casi toda Europa se había adoptado, desde el siglo XVIII, el modelo liberal de la política, el Estado-nación tuvo que esperar hasta el fin de la Primera Guerra Mundial para consolidarse como la figura más importante en términos políticos. Fue con la corriente liberal del siglo XIX que la nación se construyó en el terreno social, pues incluso el movimiento de la revolución en

²⁷ Heller, Herman, Op. Cit., p.210.

Francia dejaba de lado la etnia y la lengua como elementos centrales e indispensables de la nacionalidad.

Hobsbawm señala que el periodo comprendido entre 1880 y 1914 fue el de las mayores migraciones de masas conocido hasta ese momento; los gobiernos estaban dedicados a la formación de una ingeniería ideológica con objetivos claros, a saber, la unidad de las personas en un territorio, lo cual requería la construcción y la exaltación de los nacionalismos. Las banderas, los escudos, los himnos y los héroes nacionales nunca habían tenido tanta importancia como en ese momento. Justo en esa época quedó claro que “para unir a secciones dispares de pueblos inquietos no hay forma más eficaz que unirlos contra los de afuera”²⁸, pues la democratización de la política que se comenzaba a vivir requería de una idea de patria, ya que la gente de un Estado era libre y lo único que podía unirla en una nación era la articulación política del discurso de identidad nacional. Dicho discurso comenzó con la construcción de enemigos, ya fueran los migrantes, los extranjeros, los de otra religión, los que eran de otra raza, o simplemente los otros, los ajenos.

Unas décadas antes de la Primera Guerra Mundial el desarrollo del Estado moderno se aceleró. Los gobiernos se centralizaron y especializaron, y el aparato estatal creció: a mediados del siglo XIX Europa contemplaba un rápido crecimiento de los gastos públicos en las burocracias estatales, civiles y militares: entre 1830 y 1850 el gasto público *per capita* aumentó 40% en Francia, 44% en Rusia, 50% en Bélgica, 70% en Austria y 75% en los Estados Unidos. Aunado a esto, la expansión de la clase media burocrática representaba un elemento más de desarrollo estatal que diferenciaba al nuevo Estado del anterior. En realidad, esta explicación se vincula con la idea de que el sistema capitalista como tal requería de un nuevo modelo político, pues como bien señalaba Marx en *El manifiesto del partido comunista*: “la necesidad de un mercado en constante expansión para sus productos persigue a la burguesía por toda la faz del planeta”²⁹.

²⁸ Eric, Hobsbawm, Op. Cit., p.100.

²⁹ Flores, Rentería, Joel, *Totalitarismo*, Casa abierta al tiempo, México, 2003, p.197.

La ola de democratización que barría Europa en las décadas inmediatas anteriores a la Primera Guerra Mundial ocasionó que el debate en torno a la cuestión nacional se volviera más serio e intenso. Esto fue así porque los sistemas políticos de los Estados nacionales se beneficiaban de la ausencia de polémica que causa la democracia electoral, pues ésta no existía realmente. La endeble democracia ocasionó que “el atractivo político de las consignas nacionales para las masas de votantes”³⁰ se constituyera como el centro de la política de la época.

En resumen, el nacionalismo ganó mucho terreno entre 1870 y 1914 por tres razones fundamentales: la resistencia de grupos tradicionales que se veían amenazados por la Modernidad, las clases y estratos nuevos que surgían y crecían vertiginosamente en las sociedades en vías de urbanización de los países desarrollados y los grandes movimientos migratorios. La crisis económica que vivió Europa unos años antes de la Primera Guerra Mundial es de suma importancia por dos razones: dicha crisis ocasionó que los movimientos migratorios fueran tan grandes y, además, la crisis económica le otorgó a los judíos una posición predominante en la economía internacional, lo cual constituiría una de las razones por las que, según Hannah Arendt, se les perseguiría en la Alemania nazi años más tarde.

Puede advertirse, entonces, que sólo en el mundo moderno podían florecer las naciones y convertirse en unidades de gobierno y en los únicos actores políticos, pues sólo en la época moderna el autogobierno del pueblo cobraba sentido al ser alcanzable únicamente mediante el modelo de Estado-nación. El desarrollo político-social era de extrema importancia y sólo la nación proporcionaba la estructura que lo permitía y potencializaba.

Como ya se señaló, después de la Revolución Francesa la mayoría de los Estados continuaron siendo dinásticos. Las dinastías, a diferencia de los Estados-nación, no basaban su legitimidad en la nacionalidad de sus integrantes: los Romanov gobernaban a tártaros, letones, alemanes, armenios, rusos y fineses. Los Habsburgo regían a croatas, eslovacos, italianos, ucranianos y austro-alemanes.

³⁰ Eric, Hobsbawm, Op. Cit., p.52.

Los Hannover gobernaban a bengalíes y quebequeños, al igual que a escoceses, irlandeses, galeses e ingleses. Habría que esperar hasta la Primera Guerra Mundial para que todas las dinastías se acabaran y el modelo moderno del Estado (el cual tiene su sustento en la idea de nación) se consolidara.

La Primera Guerra Mundial representa el fin absoluto del modelo político dinástico y la consolidación del modelo liberal del Estado. La guerra representó el disolvente de los viejos regímenes políticos y el surgimiento de numerosos Estados-nación; basta con ver el mapa para advertir la creciente explosiva de los nuevos países; al acabar la Primera Guerra Mundial “el continente (europeo) por primera y última vez en la historia, se convirtió en un rompecabezas de Estados”³¹. Además, la economía mundial estuvo al borde del derrumbamiento: los ríos de migración se redujeron a riachuelos, había grandes muros de control de cambio y el comercio internacional se contrajo. Sólo los Estados nacionales ofrecieron la choza donde el capital se ocultó mientras la tormenta arrasaba la economía mundial.

Por eso “si hubo un momento en que el decimonónico principio de nacionalidad triunfó fue al finalizar la Primera guerra Mundial”³². Esto fue así porque, por un lado, se derrumbaron los grandes imperios multinacionales del centro y el este de Europa (austrohúngaro, alemán, etc.) y porque la revolución rusa socialista representaba un problema (una amenaza) para los nacionalismos y para la estructura de los modernos Estados. El nacionalismo “reapareció no como sustituto moderado de la revolución social [...] sino como contrarrevolución. Apareció como la matriz del fascismo”³³.

En resumen, la Primera Guerra Mundial acabó con la época de las grandes dinastías. Hacia 1922 los Habsburgo, los Romanov y los Hohenzollern se habían marchado. En lugar del Congreso de Berlín surgió la Liga de las Naciones: “a partir de ese momento, la norma internacional legítima fue la nación-Estado, de modo que

³¹ Ibid. p.141.

³² Ibidem.

³³ Ibid. p.140.

en la Liga incluso las potencias imperiales supervivientes vestían traje nacional, antes que el uniforme imperial”³⁴.

La Primera Guerra Mundial terminó en 1918 con la firma del tratado de paz de Versalles. Una vez terminada la guerra, los países ganadores dividieron el continente europeo a su conveniencia; se crearon numerosos nuevos países y se les otorgó soberanía a otros que no la tenían al haber estado bajo el yugo de los imperios. No obstante, la realidad política, social, cultural y geográfica de Europa no correspondía con la división arbitraria que las potencias mundiales habían trazado. En buena parte de Europa los pueblos no estaban divididos por las líneas presupuestas e imaginarias de los nacionalismos nacientes, sino que se mezclaban de forma irresoluble.

Por eso, el modelo de nación requería constantes limpiezas étnicas; judíos en Polonia o musulmanes en Bosnia, por poner un ejemplo. No es casualidad (sino causalidad) que el primer genocidio de la historia se diera entre Marzo de 1915 y Julio de 1916 (cuando acabaron los grandes imperios y el Estado-nación se posicionó como la figura central de la política), perpetrado por el Imperio Otomano contra el pueblo armenio; “se calcula que murieron, aproximadamente, un millón doscientas mil personas”³⁵. El modelo de Estado-nación, tan liberal en la teoría, al no corresponder con la realidad, produjo sociedades intolerantes, y el viejo modelo del Sacro Imperio Romano, que había permitido la diversidad al interior de sus fronteras, estaba desacreditado por completo. De hecho, a Adrian Hastings no le sorprende que en la actualidad el Imperio Romano haya sido resucitado, de cierta forma, en la figura de la Comunidad Europea.

El tratado de Versalles quiso delinear las fronteras a partir de la nacionalidad y la lengua, pero no funcionó; “dada la distribución real de los pueblos, era inevitable que la mayoría de los nuevos Estados construidos sobre las ruinas de los viejos imperios fuesen tan multinacionales”³⁶ como Checoslovaquia, Polonia, Rumania o

³⁴ Benedict, Anderson, Op. Cit., p.161.

³⁵ Flores, Rentería, Joel, Op. Cit., p.14.

³⁶ Eric, Hobsbawm, Op. Cit., p.143.

Yugoslavia. Hannah Arendt también denuncia la terquedad de la acción de dividir Europa en naciones únicas: el “suponer que las naciones-Estado podían ser establecidas por los métodos de los tratados de paz era simplemente absurdo”³⁷.

Los tratados de Versalles amontonaron en cada Estado a muchos pueblos distintos unos de otros, suponiendo que todos respetarían al gobierno también impuesto, lo que ocasionó que algunos pueblos interpretaran los tratados como un juego arbitrario que entregaba a unos el mando y a otros la servidumbre de forma injustificada. La consecuencia de crear un continente tan pulcramente dividido en Estados con poblaciones heterogéneas étnica y lingüísticamente fue la expulsión en masa y el exterminio de las minorías: los turcos extirparon a los armenios en 1915; en 1922 expulsaron entre 1.3 y 1.5 millones de griegos del Asia menor, donde habían vivido desde tiempos de Homero.

¿Cuál es, entonces, la conclusión de esta etapa de la historia? Que el nacimiento de los Estados nacionales y el fin de los imperios supusieron la consolidación de un nuevo modelo político basado en la identidad nacional, el cual tiene la necesidad de eliminar al diferente, pues su legitimidad está basada, precisamente, en la defensa de una comunidad política y en la identificación del extranjero como enemigo. Si bien “con las revoluciones de Inglaterra y Francia se crea la imagen del otro como enemigo”³⁸, la máxima expresión de dicha concepción del otro comenzó a mostrar sus horribles consecuencias hacia el fin de la Primera Guerra Mundial.

Los síntomas del problema que este ensayo aborda deben ser rastreados en estos momentos históricos, pues, si no es así, se comete el error de no tener consciencia histórica. Por ejemplo, Hannah Arendt señala que “especialmente después de la Primera Guerra Mundial, los judíos extranjeros se convirtieron en estereotipos de todos los extranjeros”³⁹. El supuesto delito de los judíos al terminar la guerra, era, entonces, “el de haber sido culpables de la guerra, un delito que, no identificado con

³⁷ Arendt, Hannah, *Los orígenes del totalitarismo 2. Imperialismo*, Alianza Editorial, Madrid, 1987, p.396.

³⁸ Flores, Rentería, Joel, Op. Cit., p.17.

³⁹ Arendt, Hannah, *Los orígenes del totalitarismo 1. Antisemitismo*, Alianza Editorial, Madrid, 1987, p.83.

un solo acto de un único individuo, no podía ser refutado, de forma tal que la opinión que el populacho tenía de la judeidad como un crimen permaneció inalterada”⁴⁰. La inconsciencia histórica no permitiría observar que la construcción del otro como enemigo es algo social y que se ha hecho con fines políticos desde los inicios de la Modernidad, lo que desembocaría en aceptar que los enemigos actuales lo son realmente. La consciencia histórica permite re-cordar que los enemigos de hoy no son los mismos que serán mañana, y que, entonces, es inútil identificar la amenaza y defenderse de ella, ya que es parecida al *monstruo debajo de la cama*, inventado por los padres para que sus hijos los obedezcan.

La cita de Arendt es reveladora porque en ella se muestra un rasgo que más adelante será analizado con profundidad, pero que en este momento es indispensable señalar. En esta idea se observa cómo la construcción de un enemigo despersonalizado es crucial para la política moderna; es mejor que el enemigo no exista, pues así su esencia es la de ser omnipresente, y, así, se le atribuye la capacidad de poder atacar en cualquier momento, haciendo que toda acción de cuidado y contrataque estén justificadas por la amenaza constante de un enemigo que todo el tiempo está al acecho.

Tercera parte. La Segunda Guerra Mundial y la Guerra Fría. La consolidación del modelo del Estado-nación y sus consecuencias.

El periodo de entre guerras es de suma relevancia en el estudio de las identidades nacionales porque dicho periodo fue el del mayor auge de los nacionalismos exacerbados en toda Europa, y en Occidente en general. El claro ejemplo de esta situación se encuentra en los numerosos movimientos ultranacionalistas, los cuales protagonizarían la Segunda Guerra Mundial. El fascismo italiano, el socialismo en la Unión Soviética y el nazismo alemán son, tal vez, los casos más significativos de dicha situación. El momento de la nacionalización de los Estados “fue también el momento en que los sentimientos nacionalistas populares o, en todo caso, de

⁴⁰ Ibid. p.132.

xenofobia, así como los de superioridad nacional que predicaba la nueva pseudociencia del racismo, empezaron a ser más fáciles de movilizar”⁴¹.

El deporte (especialmente el fútbol) es uno de los espacios donde puede observarse con demasiada transparencia cómo el periodo de entreguerras fortaleció los nacionalismos: el deporte era una forma de representar la división del mundo, en naciones, primero, y luego en bloques; tanto las olimpiadas como los partidos internacionales de fútbol eran la prueba máxima de que los sentimientos nacionalistas habían ganado demasiada fuerza en toda Europa. Dichos sentimientos fueron apropiados por los fascistas y otros movimientos de la ultraderecha para ser encausados contra los miedos de la época, a saber, la revolución socialista y la amenaza roja, sin embargo, como dice Eduardo Galeano, el demonio dispone de un amplio guardarropa, y no siempre viste de rojo.

Además, “era obvio que el fracaso, la frustración y el resentimiento fueron los factores que empujaron a muchos a afiliarse al partido nazi y a otros movimientos ultraderechistas de otras partes de Europa durante la gran depresión”⁴². El régimen totalitario de la Alemania nazi emanó de un nacionalismo exacerbado; de manera análoga, el fascismo italiano tiene la misma base nacionalista. El fascismo italiano surgió al finalizar la Primera Guerra Mundial debido a que el tratado de Londres, firmado en 1915, no fue respetado por Estados Unidos, Inglaterra y Francia. Los alemanes también quedaron resentidos cuando el tratado de Versalles, firmado por las potencias mundiales, los hizo quedar en ridículo ante el mundo y fueron obligados a pagar los daños de la guerra.

No es necesario hacer una descripción detallada de la Segunda Guerra Mundial para entender por qué representa el ejemplo perfecto de las consecuencias de llevar a últimas instancias la idea de identidad nacional basada en el principio de unicidad. En toda Europa los movimientos intolerantes crecieron y la guerra, de hecho, se generó y fue apoyada por la población debido a los discursos de superioridad e inferioridad de razas. Los hornos de Hitler, los campos de exterminio

⁴¹ Eric, Hobsbawm, Op. Cit., p.100.

⁴² Ibid. p.153.

de la Unión Soviética, los horrores del fascismo italiano, las bombas de Hiroshima y Nagasaki, etc. son resultado de la política ultranacionalista y de la convicción de que dichas acciones estaban legítimamente justificadas.

En sus inicios, entonces, el nacionalismo fue una fuerza liberadora; acabó con regionalismos locales basados en el dialecto, la costumbre o el clan y construyó Estados-nación poderosos con mercados centralizados; apelaba a lo popular y a lo democrático. Luego, los gobernantes coloniales o imperialistas boicotearon la base democrática del nacionalismo y lo convirtieron en nacionalismo oficial. Los mininacionalismos nacidos tras Versalles “se fundamentaban en criterios raciales [...] la violencia y el culto a la brutalidad: la cuna del fascismo”⁴³, y el mismo sentimiento nacional “se fusionó con las fuerzas más oscuras del racismo, el fascismo y el antisemitismo, para dar lugar a los horrores del Holocausto e Hiroshima”⁴⁴. A fines del siglo XVIII los soldados de Napoleón descubrieron que muchos niños egipcios creían que las pirámides habían sido construidas por los franceses o por los ingleses. A fines del siglo XX, muchos niños japoneses creían que las bombas arrojadas sobre Hiroshima y Nagasaki habían sido enviadas por los rusos. “El olvido, dice el poder, es el precio de la paz”⁴⁵. Hasta hace algunos siglos se decía recordar para decir despertar. Hoy en día ya no se relaciona dichas palabras, pero vaya que resulta indispensable recordar para despertar.

Así, “el nacionalismo ha sido enormemente dañino para la paz, la tolerancia y el sentido común; y el modelo de nación Estado, que rara vez se ha podido adaptar a la realidad social sin cometer graves injusticias contra numerosas minorías, puede muy bien ser sustituido”⁴⁶. Es decir, el nacionalismo extremo, el cual se basa en considerar insignificantes todos los demás valores, es peligroso toda vez que ésta idea justifica la violencia ejercida por el poder político; las guerras, las matanzas, la tortura y demás prácticas violentas son legítimas cuando es la amenaza de una nación la que está siendo contrarrestada. Parafraseando a Hobsbawm puede

⁴³ Smith. D. Anthony, Op. Cit., p.26.

⁴⁴ Ibid. p.27.

⁴⁵ Galeano, Eduardo, *Patatas arriba*, Siglo XXI, México, 2001, p.214.

⁴⁶ Hastings, Adrian, Op. Cit., p.18.

decirse que las naciones, entendidas como un medio otorgado por Dios a los hombres para su clasificación y orden, son un mito.

La Guerra Fría, fenómeno que comprende de 1945 a 1989, es una especie de intermedio entre los grandes horrores que se desencadenaron a partir de la consolidación del modelo moderno de naciones-Estado. La Segunda Guerra Mundial fue la máxima expresión del odio nacionalista dirigido por los gobiernos y las clases gobernantes hacia grupos diferentes (los campos de concentración y exterminio nazis son la prueba máxima de los peligrosos nacionalismos basados en la idea de la unicidad de lo que sea, de la raza, de la religión, de la lengua). Al terminar la Guerra Fría las potencias mundiales volvieron a usar los grandes pretextos nacionalistas para justificar sus acciones: intervenciones militares, ocupaciones prolongadas, venta de armas, apoyo a guerras y movimientos violentos en numerosos países del mundo, matanzas, exterminios, entre otras cosas. ¿Qué pasó en ese intermedio?

La Guerra Fría es bien conocida por todo el mundo porque tuvo la peculiaridad de que no existieron (al menos no de forma mediática ni en los territorios de las potencias mundiales) enfrentamientos violentos, como dicta la tradición de las guerras. La competencia se trasladó al terreno científico y tecnológico, lo que ocasionó que incluso el hombre llegara a la luna. Lo importante de ese periodo es que durante dicha etapa los dos grandes bloques mundiales (encabezados por la URSS y los Estados Unidos) tenían claramente identificados a sus enemigos. La violencia estaba, de cierta forma, contenida debido a que estaba encausada hacia blancos específicos. En Estados Unidos, y por lo tanto en todo el bloque occidental, no había duda de que la amenaza era el socialismo, o cualquiera que vistiera de rojo. Por eso en *Rocky IV* el protagonista pelea (y gana) contra Drago. En la Unión Soviética, por otro lado, todos estaban convencidos de que todo aquel que se asumiera capitalista era el enemigo a perseguir. En la Rusia soviética se perseguía y mataba a todo aquel que no fuera socialista.

En *El desajuste del mundo*, Amin Maalouf ofrece un análisis muy detallado de este periodo. Cuando cayó el muro de Berlín, en Noviembre de 1989, sopló por el mundo

un viento de esperanza, pues al acabarse el enfrentamiento entre Occidente y la Unión Soviética, se suprimía la amenaza de la desaparición del mundo por las fuerzas nucleares. Se auguraba que circularían por todo el globo los hombres, las ideas y los avances tecnológicos y científicos, iniciándose así una era de progreso y prosperidad.

Y Europa, sin saberlo, perdía, pues “se quedó sin puntos de referencia”⁴⁷. Sin ningún opositor, el lado occidental del mundo se encontró, de la noche a la mañana, sin norte y sin sur, sin brújula; ya no había contra quién competir, y eso ocasionó una crisis de identidad en todo el mundo Occidental que poco a poco fue agudizándose. Todo empezó con una Europa subordinada a Estados Unidos y un gigante a los que los pies comenzaban a hacérsele de barro.

Pero las consecuencias de dicha situación tardarían unos años en llegar, aunque no muchos; la economía mundial se estancó, los avances científicos vivieron un aletargamiento profundo y los desajustes del mundo, dice Maalouf, comenzaron a generar, en nuevas latitudes del planeta, en nuevos grupos sociales, el rencor y la humillación que caracteriza a las sociedades que conviven con Occidente. Hubo un corrimiento de las ideologías a las identidades y, de hecho, es necesario recordar que durante el enfrentamiento entre ambos bloques los movimientos islámicos, que tan malignos son (se dice) hoy en día para Occidente, mostraron una hostilidad más profunda contra el comunismo que contra el capitalismo, debido a la tradición atea del marxismo.

Ambos bloques identificaban de forma pura a su enemigo. Los bandos estaban bien definidos, los equipos no se confundían, la violencia se encausaba hacia la amenaza que representaba una forma diferente de vivir la vida y de entender el mundo. Durante la Guerra Fría ambos bloques se identificaban como enemigos mutuamente: Stalin decía que la amenaza de un nuevo fascismo se encontraba en el imperialismo estadounidense. Por otro lado, Truman denunciaba a la Unión Soviética como la potencia sucesora de la Alemania nazi. La caída del socialismo

⁴⁷ Maalouf, Amin, *El desajuste del mundo*, Alianza Editorial, España, 2011, p.20.

supone la muerte del enemigo identificable y la necesidad de la construcción de uno nuevo: el migrante y, más específicamente, el musulmán.

La caída del muro de Berlín significó la caída del socialismo como tal, el triunfo del capitalismo y de Occidente. Pero supone, a la vez, la caducidad del enemigo socialista. El que perdió desapareció. El bloque de países occidentales, fiel a sus tradiciones políticas modernas de inventar enemigos para explicar la existencia de lo que Galeano llama la industria de la guerra, se dedicó a buscar enemigos imaginarios, o a inventarlos donde no los había. Así nació la figura del vietnamita como peligroso, del iraquí como un enemigo potencial, y últimamente del musulmán como la encarnación del mal. Por eso a Bush hijo un día se le ocurrió que el Eje del Mal estaba compuesto por Irak, Irán y Corea del Norte, a los cuales se les sumarían, más tarde, Libia, Siria y Cuba.

Puede decirse que el odio y la intolerancia nacionalistas estaban, de alguna forma, matizados y contenidos por la Guerra Fría. La ideología política era el rasgo distintivo más importante. Tras la caída de la URSS, el racismo y la xenofobia se vuelven la constante en Occidente. La crisis de las ideologías, pues, hizo que la identidad volviera los ojos a los elementos étnicos, lingüísticos y de raza. Una vez terminada la Guerra Fría, el terror y la violencia se desataron hacia cualquier parte.

John Brevilly plantea que “el término nacionalismo se utiliza para referirse a movimientos políticos que buscan ejercer o ejercen el poder estatal y justifican este tipo de acciones con argumentos nacionalistas. Un argumento nacionalista es una doctrina política que se basa en tres afirmaciones: 1. existe una nación con un carácter explícito y peculiar, 2. los intereses y valores defendidos por esta nación tienen prioridad sobre cualquier otro interés o valor y, 3. la nación debe ser lo más independiente posible”⁴⁸. Para Brevilly los movimientos nacionalistas fueron o de separación o de unificación porque en ambos casos se aspiraba a hacer coincidir

⁴⁸ Smith. D. Anthony, Op. Cit., p.162.

las fronteras de la comunidad cultural con las de la unidad política, lo cual es inviable desde cualquier punto de vista.

Bajo estos argumentos nacionalistas, “la población nacionalmente frustrada se hallaba firmemente convencida, como lo estaba todo el mundo, de que la verdadera emancipación y la verdadera soberanía popular sólo podía lograrse con una completa emancipación nacional”⁴⁹. Es decir, la guerra y los horrores que le acompañaron fueron resultado de una determinada forma de aprehender lo político; son la consecuencia de entender la identidad nacional como única, indivisible y perpetua. La crítica de dichos elementos debe partir del análisis de lo que, según los nacionalismos modernos, conforma la nacionalidad del sujeto.

Los elementos constitutivos de la nacionalidad son (principalmente) la raza, la lengua y la religión. Las naciones europeas se construyeron bajo dicha lógica, lo que desembocó en exterminios, matanzas, expulsión de personas, migraciones forzadas, exclusión de las minorías, etc. Es momento de plantear las primeras ideas, aún históricas, que obligan a re-pensar las ideas que sustentan las naciones modernas.

Según el discurso oficial, la raza es un elemento básico constitutivo de la nacionalidad. Si los hombres comparten un origen étnico, significa que están entrelazados por un elemento sanguíneo que los hace ser compatriotas. En realidad, esta lógica fue, en gran medida, la que inspiró a los alemanes a creerse superiores a otras razas. La raza aria alemana era catalogada, por los mismos alemanes, como mejor que las otras. No obstante, esta lógica simplista y primitiva deja de lado el hecho de que ninguna raza es pura al cien por ciento; en realidad, si se hace un rastreo histórico, puede observarse con claridad cómo en todo el mundo es la fusión de pueblos y no su autenticidad lo que caracteriza la historia del hombre.

Esto es fácil de comprender al tener en cuenta los flujos de migración, pues la migración no tiende a producir un pueblo completamente nuevo en un territorio específico, sino una mezcla de nuevo y antiguo, mezcla en la que, sin embargo, los

⁴⁹ Arendt, Hannah, *Los orígenes del totalitarismo 2. Imperialismo*, Op. Cit., p.399.

orígenes míticos fundacionales pueden perfectamente fundirse en uno sólo; pues el reconocimiento de unos antepasados comunes imagina un origen común que en la mayoría de los casos no es biológicamente cierto, pero que lleva a cabo el papel de una construcción histórica social indispensable para darle soporte a la visión del mundo que tienen los hombres.

En una palabra, la historia nacional o el pasado común son sólo elementos ilusorios. Existe una idea de que la historia la escriben los vencedores pues los vencidos nunca tuvieron la oportunidad de participar en la narrativa de la misma. Si esto es cierto (y en buena medida lo es), entonces la historia es una especie de mirada de las élites. La historia, entonces, es un instrumento de los grupos dominantes para controlar, mediante la construcción de un pasado común y héroes nacionales igualmente comunes, a las clases dominadas.

Según Donald Horowitz la etnicidad se basa en un mito que hace referencia a un ancestro común, y, por lo general, se cree que genera rasgos innatos en el individuo, cosa que más adelante se demostrará que no es así. No obstante, “la identidad de cada uno se hace entonces básica, pero se manifiesta a través de la identidad lingüística”⁵⁰.

La lengua, otro de los elementos centrales del discurso nacionalista moderno, está estrechamente ligada a la raza. La lógica de este razonamiento radica en la idea de que si los hombres comparten una misma raza, entonces, comparten una lengua, pues provienen de una misma raíz, de un mismo origen. Hobsbawm se pregunta si no es la lengua “la esencia misma de lo que distingue a un pueblo de otro, a nosotros de ellos, a los seres humanos reales de los bárbaros que no saben hablar una lengua auténtica y se limitan a emitir ruidos incomprensibles”⁵¹. Naturalmente éste planteamiento está ligado a la concepción griega de que los bárbaros eran, por definición, los que no sabían hablar la lengua madre.

Por eso la educación pública impartida por el Estado es tan importante, pues juega un papel central en la construcción de la nación misma. Los nacionalistas se

⁵⁰ Hastings, Adrian, Op. Cit., p.141.

⁵¹ Eric, Hobsbawm, Op. Cit., p.60.

preocupaban por establecer y mantener un sistema de educación pública de masas propio que reflejara y expresara su sistema de valores, mismo que legitimaba el orden político de manera constante. De hecho, desde el siglo XIX la alfabetización, el comercio y la industria jugaron un papel principal en la unificación de las lenguas en toda Europa (se desplazó al latín como lengua oficial). Una cita de Tom Nairn es reveladora en ese sentido: “la nueva *intelligentsia* nacionalista de clase media tenía que invitar a las masas a entrar en la historia; y la invitación tenía que escribirse en una lengua que ellas entendieran”⁵².

Ahora bien, la religión es un aspecto igualmente importante en la formación de la nacionalidad, pero es una característica menos vertical, es decir, no es, como sí lo son la lengua y la raza, un elemento que sea impuesto de arriba hacia abajo por las élites que tienen incidencia directa en los regímenes políticos. A pesar de ello, últimamente la religión cada vez gana más importancia en la construcción de nacionalidades, especialmente en medio Oriente, donde muchos países musulmanes centran su identidad nacional en la práctica del islam.

En resumen, “las dos guerras mundiales revelaron el enorme coste de las naciones-Estado y el nacionalismo”⁵³. Revelaron los altos precios de centrar la identidad nacional en algunos aspectos que muy poco o nada tienen que ver con la verdadera naturaleza humana. Hobsbawm dice que “la nación moderna [...] difiere en tamaño, escala y naturaleza de las comunidades reales con las cuales se han identificado los seres humanos a lo largo de la mayor parte de la historia”⁵⁴. Esto implica que los hombres han tenido que adaptarse (y los que no lo han hecho han sido eliminados) a una identidad específica que les exige pureza, en términos religiosos, étnicos y lingüísticos. Baste un sencillo ejemplo para entender que esto genera grandes conflictos: en Etiopía la población se divide en 40% cristianos, 40% musulmanes y 20% de otras religiones. Aunado a ello, no todos los musulmanes son árabes ni todos los cristianos son de occidente. ¿Cuál es el resultado? Un pueblo totalmente

⁵² Benedict, Anderson, Op. Cit., p.120.

⁵³ Smith. D. Anthony, Op. Cit., p.350.

⁵⁴ Eric, Hobsbawm, Op. Cit., p.55.

heterogéneo con diferencias increíblemente marcadas y sin pureza en ningún sentido. Y ésta es la regla del mundo, no la excepción.

Es muy importante terminar este capítulo resumiendo las ideas que critican el discurso oficial de la identidad nacional. En primer lugar hay que decir que las naciones no son más que un acto de fe en la antigüedad de una colectividad cultural que muchas veces resulta no ser como se plantea por las élites políticas. En segundo lugar, hay que rechazar la idea de que las nacionalidades son una realidad dada desde el nacimiento a los individuos, o que las naciones pueden ser encontradas en la naturaleza. En una palabra, las naciones no son el producto de fuerzas históricas naturales arraigadas, sino que proceden de las evoluciones históricas que en este capítulo se abordaron, las cuales son, en realidad, bastante recientes, resultado, de hecho, de la Edad Moderna.

Benedict Anderson plantea una idea muy interesante a partir de pensar el papel de la fotografía en la formación de identidad y del autoconocimiento. Cuando una persona observa una foto de ella misma cuando era bebé, no logra recordar ese momento. Al sujeto le resulta indispensable la ayuda de otro (de sus padres o las personas que lo criaron) para saber que el bebé de esa foto amarillenta y vieja es él mismo. La fotografía subraya todo el tiempo la pérdida de la memoria. Sí, esa persona fue ese bebé desnudo tendido en el diván o en la alfombra, feliz y gozando. Al no poder recordar la percepción de ese momento y de la identidad ahí plasmada, el sujeto necesita que le narren (cuenten) la historia de ese momento, la historia de su vida. Así, el sujeto se re-encuentra consigo mismo en tiempos que no es capaz de recordar y logra autonombrarse como sí mismo.

Con la historia de la humanidad y de las naciones pasa lo mismo que pasa a los hombres con las fotografías. Los hombres son incapaces de recordar el pasado y de identificarse con él, por eso es tan fácil que sea manipulado por las élites para fines reprobables. Se olvida muy a menudo que la primera condición para cambiar la realidad es conocerla, y lo primero que hay que hacer para conocerla es voltear hacia atrás.

Es necesario re-cordar la historia, re-construirla, narrarla, otorgarle sentido al pasado a través de la narración de los acontecimientos y de los procesos. Al volver a escribir la historia se encuentran nuevas respuestas, o nuevas preguntas, pero nada vuelve a ser lo mismo: “la historia es un profeta con la mirada vuelta hacia atrás: por lo que fue, y contra lo que fue, anuncia lo que será”⁵⁵. Si hubieran sido las Santas Apóstolas y no los Santos Apóstoles los que hubieran escrito los Evangelios, ¿cómo sería la primera noche de la era cristiana? San José, dice Galeano, estaba de mal humor. Él era el único con cara larga en el pesebre donde todos sonreían: la Virgen María, los ángeles, los pastores, las ovejas, el buey, el asno y los magos venidos del Oriente. Todos sonreían menos uno: José, quien sombrío, murmuró: -Yo quería una niña.

Walter Benjamín escribe, en sus *Tesis sobre la historia*, sobre el ángel de la historia. La tesis nueve de Benjamín reza así:

Hay un cuadro de Klee que se titula Angelus Novus. Se ve en él un ángel, al parecer en el momento de alejarse de algo sobre lo cual clava la mirada. Tiene los ojos desorbitados, la boca abierta y las alas tendidas. El ángel de la historia debe tener ese aspecto. Su rostro está vuelto hacia el pasado. En lo que para nosotros aparece como una cadena de acontecimientos, él ve una catástrofe única, que arroja a sus pies ruina sobre ruina, amontonándolas sin cesar. El ángel quisiera detenerse, despertar a los muertos y recomponer lo destruido. Pero un huracán sopla desde el paraíso y se arremolina en sus alas, y es tan fuerte que el ángel ya no puede plegarlas. Este huracán lo arrastra irresistiblemente hacia el futuro, al cual vuelve las espaldas, mientras el cúmulo de ruinas crece ante él hasta el cielo. Este huracán es lo que nosotros llamamos progreso⁵⁶.

El ángel de la historia de la nación debe estar destrozado. Detrás de él se erige una columna inmensa de guerra, muerte y miseria. Él quisiera detenerse, volver atrás y ayudar a los heridos, socorrer a las víctimas, alentar a los cansados, levantar a los caídos y resucitar a los muertos inocentes; pero no puede, el curso de la historia, el falso progreso tan anunciado en la Ilustración francesa, le impide volver atrás. No obstante, los hombres crearon la idea de progreso y ellos sí pueden ignorarla,

⁵⁵ Galeano, Eduardo, *Las venas abiertas de América Latina*, Siglo XXI, México, 2008, p.22.

⁵⁶ Benjamin, Walter, *Ensayos escogidos*, Ediciones Coyoacán, México, 2016, p.69.

pues ellos son seres terrenales que no sufren las consecuencias de tener que cumplir los mandatos divinos que los ángeles deben cumplir.

Hay muchos que se bajan de la esperanza como si ésta fuera un caballo cansado. Pero esto no es así, quien ha visto la esperanza, escribe Octavio Paz en *El laberinto de la soledad*, no la olvida nunca; la busca bajo todos los cielos y entre todos los hombres, sueña que un día va a encontrarla de nuevo, no sabe dónde, acaso entre los suyos. En cada hombre late la posibilidad de ser, o más exactamente, de volver a ser otro hombre. Las esperanzas, refuerza José Saramago, tienen un destino que cumplir: nacer unas detrás de las otras. Por eso, pese a tantas decepciones, todavía no se han acabado.

Capítulo 2. Análisis filosófico-político de algunas categorías teóricas de la política moderna.

Se llama Estado al más frío de todos los monstruos fríos. Miente también con frialdad, y la mentira rastrera que sale de su boca es: yo, el Estado, soy el pueblo.

FRIEDRICH NIETZSCHE

Primera parte. Crítica de los ideales de la Revolución Francesa (libertad e igualdad).

La idea central del presente trabajo es que la identidad nacional es peligrosa cuando se centra en un rasgo único de su constitución y, así, comprende a la otredad como una amenaza, volviendo legítima la defensa y el contra-ataque hacia todo sujeto que se identifique como otro, como distinto. Los orígenes de este problema fueron rastreados hasta el movimiento Ilustrado debido a que las ideas teóricas y filosóficas que sustentan a los Estados modernos nacieron y se consolidaron en dicho movimiento. La Revolución Francesa es el momento cumbre de dicho proceso y los ideales de la misma deben ser cuestionados de forma profunda.

Libertad, igualdad y fraternidad; el famoso lema de la revolución en Francia guarda en sí mismo numerosos problemas políticos cuando dichos ideales son mal interpretados o viciados por los hombres. En realidad la teoría en sí no genera los problemas, sino los sujetos históricos, los cuales tergiversan las ideas e instrumentalizan los constructos sociales a partir del discurso y la acción políticos. El análisis hermenéutico es, pues, indispensable toda vez que es a través de los discursos y sus respectivas expresiones que los problemas surgen de ideas en inicio loables.

Uno de los presupuestos centrales de la teoría oficial del nacionalismo es que la nación es una especie de esencia del sujeto que le ha sido dada desde su

nacimiento; es un rasgo innato de los hombres, está en lo más profundo de sí mismos, y, si alguien les pregunta qué son, se espera que sepan responder con frases simples y sin desviaciones: soy alemán, soy chino, soy chileno. Hoy en día es inadmisibile que alguien, como lo hace Amin Maalouf, exprese abiertamente que su identidad nacional es compuesta: es libanés y francés, lee en árabe y escribe en francés; habla el árabe, el turco, el castellano, el beréber, el hebreo, el latín y el italiano vulgar. Como él dice, todas las lenguas le pertenecen, aunque él no pertenezca a ninguna. Su identidad nacional, como la de todos los hombres, es una sola, pero no es pura, es compuesta, está hecha de la suma de elementos de las distintas culturas que le han antecedido y que le han hecho ser lo que es.

Este ensayo apela a la renuncia de la idea de que la identidad nacional es pura y hermética; queda claro que esto no es así, todos los hombres tienen una identidad que es resultado del entrelazamiento de elementos de diferentes culturas y pueblos; en este capítulo se hace una crítica a los conceptos teóricos que afirman lo contrario.

Adrian Hastings dice que la nacionalidad sólo puede sobrevivir a través de un ejercicio de imaginación tanto colectivo como personal. Sigue la línea de pensamiento de Benedict Anderson y asume que en realidad la idea de que la identidad nacional es única y que varias personas la comparten es un espejismo. Este constructo social nació desde la época de la Revolución Francesa, cuando se asumió que todos los hombres eran libres e iguales, y que la base de la sociedad era el contrato (social) llevado a cabo entre los sujetos a partir de su decisión.

Según Rousseau, los hombres han nacido libres y son iguales por naturaleza, por eso no puede existir un gobierno legítimo que no encuentre su sustento en dicha idea. En las sociedades modernas la nación es concebida como un lugar en donde todos los que la conforman son iguales, y por eso sus relaciones se dan en un plano horizontal. El sentimiento de horizontalidad entre los miembros de una nación es el primer supuesto falso de la idea de la nacionalidad. En primer lugar, basta con observar a dos personas para advertir que nadie es igual a nadie, que todos tienen aspiraciones, anhelos, necesidades, ideas, concepciones, posturas y sentimientos

diferentes. En segundo lugar, es claro que la supuesta libertad en la que nacen los hombres es falsa. Desde su nacimiento en un espacio social, el sujeto se ve acotado por las circunstancias sociales, es decir, tiene una libertad relativa que es limitada por la sociedad en la que vive.

Por eso Hobsbawm señala que “el nacionalismo requiere creer demasiado en lo que es evidente que no es como se pretende”¹. En realidad no hay pueblos puros con rasgos innatos que sean compartidos por todos y cada uno de los miembros que los componen, la realidad es que todos los pueblos son resultado de una interacción entre etnias que, al mezclarse, dieron lugar al nacimiento de sociedades más grandes; no hay que olvidar que “los himnos, las banderas y las historias nacionales pueden hundirlo a uno en un vicio de irracionalidad”².

La nación, pues, no es un todo sin fisuras ni evoca una única voluntad popular ni un solo carácter, como lo pensaba Rousseau, más bien está dividida en un gran número de grupos sociales (regionales, de género, de clase social, de religión, etc.), los cuales tienen diversos intereses y necesidades. Los principios de la nacionalidad son buscados siempre en la unidad y en la peculiaridad de la comunidad, la cual depende, a su vez, de los elementos que configuran a los hombres como algo especial, es decir, el ser miembros de una comunidad y no de otra. Por eso Aristóteles decía que si el Estado avanza indefinidamente en este proceso de unificación, acabará por no haber Estado. El Estado es, por naturaleza, pluralidad.

Anthony Smith identifica a la ideología como un elemento clave en el proceso de unificación de la sociedad en torno a una nacionalidad pura; “sirve para unificar y fijar las quejas y aspiraciones de grupos sociales diferentes en el seno de una comunidad o Estado”³, por ello es que funciona solamente cuando es mezclada con nociones populares reales y preexistentes. Es decir, la ideología debe remitirse, forzosamente, a una parte de realidad, aunque después su construcción discursiva se aleje de ella.

¹ Hobsbawm, Eric, *Naciones y nacionalismos desde 1780*, Crítica, España, 1998, p.20.

² Hastings, Adrian, *La construcción de las nacionalidades*, Cambridge University Press, Madrid, 2000, p.228.

³ Smith. D. Anthony, *Nacionalismo y Modernidad*, Istmo, Madrid, 2000, p.213.

En el capítulo uno se observó con detalle cómo el sistema capitalista requería de un nuevo modelo político. En este sentido, debe decirse que las ideas modernas de individuo, libertad e igualdad nacen a la par del mercado. La libertad del individuo es una de las características indispensables que el mercado exige para su supervivencia. Parafraseando a Sieyés, en todo acto de intercambio hay un acto, de ambas partes, de libre voluntad. El mercado hace autosuficientes a las personas, por eso devienen en individuos. Luego, todos los individuos son iguales, movimiento lógico de pensamiento con el cual se borran todas las diferencias. La igualdad implica el homogenizar las diferencias, eliminar al distinto y exterminar al otro.

La ideología del nacionalismo puede reducirse a cinco proposiciones esenciales: 1. El mundo se divide de forma natural en naciones, cada una de las cuales tiene su propio carácter y destino, 2. La nación es la fuente de todo poder político y la lealtad que se le debe está por encima de cualquier otra, 3. Si los hombres quieren ser libres y autorealizarse deben identificarse con una nación y pertenecer a ella, 4. La libertad y la paz globales están en función de la liberación y seguridad de todas las naciones y, 5. Las naciones sólo pueden ser liberadas y realizarse si cuentan con sus propios Estados soberanos. La deconstrucción hermenéutica del discurso oficial comienza aquí.

1. El mundo se divide de forma natural en naciones, cada una de las cuales tiene su propio carácter y destino. En primer lugar, la más superficial revisión histórica muestra que las naciones no han existido desde siempre, de hecho, las naciones son modernas en el sentido en que nacen del movimiento ilustrado y de las revoluciones modernas, la francesa y la inglesa.

Gellner dice que “las naciones entendidas como una forma natural [...] no son sino un mito. El nacionalismo, a veces recurre a culturas preexistente y las convierte en naciones, a veces las inventa”⁴, es decir, el nacionalismo no es más que la imposición global de una cultura avanzada a una sociedad. Regularmente la

⁴ Smith. D. Anthony, Op. Cit., p.77.

construcción de la idea de la nación como algo natural viene de la idea de que los hombres de un determinado territorio cuentan con un pasado común que los hace descender del mismo proceso histórico y de los mismos movimientos sociales que les antecedieron. Nada más falso; pues “el pasado es, básicamente, una fuente de cultura que puede ser politizada para movilizar y manipular los sentimientos de las masas”⁵.

Fichte decía que “quienes hablan la misma lengua están unidos por una serie de lazos invisibles”⁶. Esta idea es clave porque la lengua está estrechamente ligada a la idea del pasado compartido. Se supone que, al hablar la misma lengua, los hombres comparten un pasado común y un origen que los une desde tiempos inmemorables. La lengua es transmisora de un conocimiento y una cultura heredados, pues el conocimiento de los fenómenos y de las cosas, de los valores y de las creencias, es representado mediante símbolos y significaciones construidos por el lenguaje.

No obstante la importancia política que le es atribuida a las lenguas porque se les considera signos de la raza, debe decirse que la similitud de lengua no implica similitud de la raza. En el siglo III antes de Cristo, Eratóstenes explicó que la lengua no puede ser un elemento de distinción entre bárbaros y civilizados, pues si los bárbaros son aquellos que no hablan una lengua, los que no saben hablar la lengua bárbara también son bárbaros.

Del Antiguo Testamento se sabe que después de la torre de Babel la raza humana se dividió en setenta y dos lenguas. En Croacia, por ejemplo, se hablan tres dialectos diferentes aún entre personas de la misma raza: Čakavio, Kajkavio y Štokavio. Sólo Nigeria contiene más de doscientos grupos etnolingüísticos. Lo más seguro es que la leyenda se haya quedado corta en números.

Ahora bien, la afirmación aquí criticada comienza diciendo que *el mundo se divide*, lo cual implica una especie de mano invisible o de fuerza sobrehumana (o tal vez sobrenatural) que divide, en tercera persona, sin personalizar la acción, el mundo

⁵ Ibid. p.207.

⁶ Flores, Rentería, Joel, *Totalitarismo*, Casa abierta al tiempo, México, 2003, p.40.

en naciones. En realidad, todas las fronteras son artificiales (sociales), construidas y delimitadas por los hombres: “no existen fronteras naturales del Estado, sino que todas las fronteras políticas son zonas y lindes arbitrarios, artificiales, es decir, queridos por los hombres, nacidos de las relaciones de poder y de las manifestaciones de voluntad de los que trazan las fronteras”⁷.

En otro punto, los pensadores románticos nacionalistas elaboraron la ficción de una comunidad del pueblo homogénea, social y políticamente hablando, con un espíritu, una voluntad política y una esencia cultural, cuyo campo de acción era el Estado. Pero la realidad de la nación no revela, nunca, unidad alguna, sino un pluralismo de direcciones políticas de voluntad, contrariamente a lo que pensaba Rousseau. Es inadmisibles hablar, en las sociedades actuales, de unidad, pues la pluralidad es la regla y no la excepción. De hecho, “la unidad se logra siempre brutalmente, la reunión de la Francia del norte con la de Mediodía fue el resultado de la exterminación y del terror continuo durante todo un siglo”⁸.

Está en la esencia del proyecto nacional exterminar al diferente para lograr tan anhelada unidad, pues la homogeneidad entre individuos es algo que no existe. Por eso, una atención exclusiva a la raza o a la lengua es tan peligrosa; cuando se lleva a la exageración, el sujeto se encierra en una cultura determinada (entendida como nacional), y se autolimita y autoenclaustra. “Antes que cultura francesa, alemana o italiana hay cultura humana”⁹. Antes que naciones, existe humanidad. Dante lo dijo para la religión en *La divina comedia*, pero aplica para las naciones y los hombres.

En resumen, “en un mundo donde es probable que a lo sumo una docena y pico de los 180 estados aproximadamente puedan afirmar de modo verosímil que sus ciudadanos coinciden realmente con un sólo grupo étnico o lingüístico, el nacionalismo basado en la instauración de semejante homogeneidad no sólo es indeseable, sino también, en gran parte, suicida”¹⁰. No es cierto que las naciones sean algo natural, ni mucho menos que todos los hombres tengan una nacionalidad

⁷ Heller, Herman, *Teoría del Estado*, FCE, México, 2012, p.189.

⁸ Renan, Ernst, *¿Qué es una nación?*, Casa abierta al tiempo, México, 2001, p.13.

⁹ Ibid. p.21.

¹⁰ Hobsbawm, Eric, Op. Cit., p.196.

dada desde su nacimiento, la cual deban conservar intacta hasta el día de su muerte. La realidad es que la raza es algo que se hace y des-hace constantemente; puede que una raza que hoy es catalogada como superior, sea inferior mañana, así que por el bien de todos, es mejor olvidar.

2. La nación es la fuente de todo poder político y la lealtad que se le debe está por encima de cualquier otra. Esta es una de las ideas más delicadas de la argumentación nacionalista, pues supone que el poder político es legitimado al responder a una nación, y que sus actos, en consecuencia, son legítimos debido a que su poder está estrechamente relacionado con las vidas de los ciudadanos. Como se verá más adelante, la consecuencia de esta forma de ver las cosas es el uso sistemático de la violencia por parte del poder político.

Esta idea emana de las bases de la teoría contractualista de la política, cuyos máximos representantes son Hobbes, Locke y Rousseau. Según la teoría del contrato social, los hombres viven en un estado de naturaleza que les resulta, de una u otra forma, conflictivo. Por eso deciden, unánimemente, formar una organización política que les garantice orden, el cual está orientado a la obtención de seguridad, la cual deviene en la garantía de la propiedad privada y de la vida. Por eso, los hombres renuncian a su capacidad de dañar al otro dándosela al Estado, el cual “ha reclamado para sí, y con éxito, el monopolio de la coacción física legítima”¹¹.

La idea del contrato supone que el individuo ha aceptado, de una vez y para siempre, las leyes de la sociedad (incluidas las que pueden castigarlo), así que los criminales, en ese sentido, han roto el pacto, por lo que se convierten en enemigos de la sociedad en su conjunto. Esta idea será analizada con más detalle conforme avance el trabajo, pues esconde, en sus entrañas, el poder que tiene el Estado de ejercer la violencia en nombre de la misma seguridad. Baste con señalar aquí que así es como se constituye “un formidable derecho de castigar, ya que el infractor se convierte en el enemigo común”¹². Pero, ¿qué pasa cuando el enemigo es

¹¹ Heller, Herman, Op. Cit., p.240.

¹² Foucault, Michel, *Vigilar y Castigar*, Siglo Veintiuno Editores, México, 2009, p.104.

identificado de forma arbitraria por el poder político? ¿No se convierte, la violencia legítima del Estado, en un instrumento que es usado de forma unilateral?

¿Cómo nace la idea de que la nación es la fuente de todo poder político? Una respuesta es que, hablando en términos filosóficos, “si el pueblo legitima al Estado, debe tener una identidad, una unidad colectiva que precede a dicho Estado. En otras palabras, debe ser una nación, y los Estados deben ser entonces naciones-estado”¹³. Esto es, claro, después de la Revolución Francesa, y es una de las ideas filosóficas que sostienen a los Estados modernos; si el origen del Estado está en el pueblo, dicho pueblo debe estar unido para formarlo.

En el antiguo régimen las personas que componían un Estado o reino eran sólo súbditos, no tenían nada que compartir entre ellos, ya que la existencia de la autoridad no dependía de su unidad ni de su voluntad. Cuando se eliminan los estratos sociales (con las ideas de libertad e igualdad de la Revolución Francesa) la cultura se pretende homogénea para mantener la unidad y cumplir el deseo de crear un Estado: en teoría hay un proyecto común; el poder se ejerce de forma impersonal; la soberanía recae en eso que se denomina pueblo.

En Alemania fueron los intelectuales, como Moser y Herder, los que hablaron de nación. Moser escribe: “somos un solo pueblo; tenemos un nombre y un idioma; vivimos bajo una jefatura común, bajo un conjunto de leyes que determinan nuestra constitución, nuestros derechos y deberes; estamos unificados con el propósito común de la libertad”¹⁴. Aquí se observan las características básicas del discurso oficial del nacionalismo: formar un pueblo, tener un idioma y una raza en común, conformar un gobierno centralizado y aspirar a la libertad del hombre. Pero cabe aclarar que Burke, Montesquieu, Rousseau, Sieyès y Jefferson sentaron las bases de las formas de nacionalismo en el siglo XVIII antes que los alemanes Herder y Fichte.

¹³ Hastings, Adrian, Op. Cit., p.153.

¹⁴ Flores, Rentería, Joel, Op. Cit., p.59.

Moser ofrece, en su descripción de la nación, una idea de voluntad general muy parecida a la de Rousseau. “La *volonté générale* rousseauiana presenta también un tinte puramente romántico por cuanto implica una armonía política y un acuerdo de voluntades, anteriores al Estado, cosa que nunca se da en la realidad del pueblo”¹⁵. Los ideales románticos de una sola voluntad popular como expresión unívoca de todo el pueblo no distan mucho de la idea utópica de Marx y Engels de una sociedad futura sin Estado, más que por el hecho de que en ésta, esa voluntad popular sin contradicciones sólo puede darse en una sociedad sin clases sociales, en tanto que la concepción liberal admite que es realizable con las contradicciones de clases y en la misma sociedad civil.

Incluso Hegel afirmaba que el Estado se funde con el pueblo; esta idea ocasiona una confusión en tanto que se elimina toda distinción entre Estado y pueblo, y el primero, junto con sus elementos coercitivos, se pone a disposición (arbitraria) del segundo. Además el nacionalismo crea “la ficción de que el Estado es la expresión de la voluntad de una comunidad solidaria de intereses y de la unidad del pueblo”¹⁶, de ahí que Engels y Marx, en el *Manifiesto del Partido Comunista*, digan que el Estado es “una organización de la clase poseedora para protegerse contra los que nada poseen; el Estado es, en todos los casos, esencialmente, una máquina para dominar a la clase oprimida”¹⁷.

Volviendo a Rousseau, en *El contrato social* se afirma que cada cual pone en común su persona y su poder bajo la suprema dirección de la voluntad general, y cada miembro es considerado como parte indivisible del todo. Como Rousseau cree que “el cuerpo soberano [...] no tiene ni puede tener interés contrario al de los particulares; por consiguiente, la soberanía no tiene necesidad de dar ninguna garantía a los súbditos”¹⁸, entonces el Estado nace para convertir al individuo en hombre libre, el cual, a través de la voluntad general, actúe en función de sus principios y no obedezca más que a sí mismo.

¹⁵ Heller, Herman, Op. Cit., p.212.

¹⁶ Ibid. p.215.

¹⁷ Ibid. p.219.

¹⁸ Salazar, Ugarte, Pedro, *La democracia constitucional*, FCE, México, p.115.

Bajo esta lógica se llegó a la despreciable acción de que “en nombre de la voluntad del pueblo, el Estado se vio obligado a reconocer únicamente a los nacionales como ciudadanos, a otorgar completos derechos civiles y políticos sólo a aquellos que pertenecían a la comunidad nacional por derecho de origen y de nacimiento. Esto significó que el Estado pasó en parte de ser instrumento de la ley a ser instrumento de la nación”¹⁹. El nacionalismo, es, en esencia, la expresión de esta perversión del Estado en un instrumento de la nación y de la identificación del ciudadano con ella misma.

La unidad de la población en una nación se da a partir de la ideología. Los ídolos forman un papel central en dicho proceso discursivo; son recursos organizadores y unificadores: está el caso de las marchas en torno a la plaza Roja de Moscú, donde se exhibía el cadáver momificado de Lenin, o el Día del Partido en Núremberg, donde se hallaba la llamada *bandera de la sangre*. Pero la función de los ídolos también es la de exclusión de los que no los aceptan como tales. Y “la negativa de reconocer el derecho de existencia a una comunidad o a un grupo de personas es el fundamento del genocidio”. La igualdad anhelada por la Revolución Francesa muestra aquí su cara despreciable, pues “igualar equivale a discriminar”²⁰.

3. Si los hombres quieren ser libres y autorealizarse deben identificarse con una nación y pertenecer a ella. Hegel aseguraba que el hombre sólo puede alcanzar la plena libertad en el Estado moderno, sin embargo, la sociología y el psicoanálisis ofrecen algunas ideas sobre cómo es que la autorrealización del hombre puede ser un espejismo, o cómo es que ésta puede ser alcanzada de distintas formas, aun si el sujeto prescinde de un Estado político.

Según Herder, por naturaleza y por historia los hombres son, por encima de todo, miembros de su comunidad nacional, y sólo como tales pueden ser realmente libres y creadores. Para Herder, el pueblo (*Volk*) es la fuente de la cultura. Más adelante el concepto de *Volk* de Herder evolucionaría al de raza. La idea de la nación

¹⁹ Arendt, Hannah, *Los orígenes del totalitarismo 2. Imperialismo*, Alianza Editorial, Madrid, 1987, p.343.

²⁰ Flores, Rentería, Joel, Op. Cit., p.99.

construida a partir de la idea de raza nació en Herder y fue exportada a toda Europa. Esta idea reduce la libertad a una concepción de la misma, eliminando todo espacio que permita la construcción de una nueva concepción del concepto mismo.

Lo que resulta crucial para los nacionalistas no son las fronteras, sino la idea de que cuentan con una tierra natal y un territorio histórico, muchas veces con categoría de sagrado. Esta vuelta a mirar el pasado está estrechamente relacionada con la religión y con el tema de la vida y la muerte como fuerzas que trascienden al hombre. El éxito del nacionalismo radica en su preocupación por la muerte y la vida. Esta afinidad no es fortuita; es resultado y consecuencia de una época (la Ilustración) que acabó con la religión.

No hay emblema de la nación más potente que las tumbas de los soldados desconocidos, pues en ellas no se exalta al soldado como tal (no se le conoce), sino la muerte en nombre de la nación. La figura del soldado desconocido elimina la individualidad y la singularidad del sujeto y lo vacía de contenido y significado para darle uno nuevo, el de un hombre de nación, sea argentino, francés, inglés. En nombre del todo imaginario se aniquila la particularidad.

El siglo de la Ilustración secularizó totalmente la vida, y los sistemas de pensamiento racionales no ofrecían respuestas a las preguntas que las religiones contestaban con naturalidad. Sólo el nacionalismo atendió dichos temas en la época Moderna, y se posicionó como la única salida del hombre moderno ante dicha crisis existencial, de ahí su popularidad y aceptación. Tal como hacen las religiones, las naciones presumen siempre un pasado inmemorial y construyen un futuro ilimitado: “la magia del nacionalismo es la conversión del azar en destino”²¹.

Los vínculos entre la religión y la consciencia nacional pueden ser muy estrechos: “la religión es un método antiguo y probado de establecer comunión por medio de la práctica común y una especie de hermandad entre personas que, de no ser por ella, no tienen mucho en común”²². Las religiones mundiales son universales por definición; pues fueron creadas con el objetivo de ocultar las diferencias étnicas,

²¹ Benedict, Anderson, *Comunidades imaginadas*, FCE, México, 2007, p.29.

²² Hobsbawm, Eric, Op. Cit., p.77.

lingüísticas, políticas y de otros tipos. La nación, de alguna forma, entró en escena cuando la religión perdió su atractivo, y cuando la primera comenzó a desempeñar las funciones de dadora de sentido a la vida de los hombres.

El nacionalismo sustituyó a la deidad por la nación, a la Iglesia por el cuerpo de ciudadanos y al reino de Dios por el reino político, de ahí que el nacionalismo sea “la respuesta natural de unos seres humanos cuyo mundo social, con sus agrupaciones estables, desaparecía. Deseando pertenecer a una comunidad duradera, se volcaron en la nación transhistórica pensando que era la única forma posible de reemplazar a la familia extensa, la vecindad y la comunidad religiosa, todas ellas erosionadas por el capitalismo y la occidentalización”²³. El nacionalismo, entonces, cumple el papel en el Estado moderno que cumplía la religión en la Edad Media. Es una religión política. Incluso, siguiendo a Durkheim, puede decirse que la opinión pública en la era moderna transformó elementos cuya esencia es puramente secular: la patria, la razón, la libertad, etc. en elementos sagrados.

En resumen, “el nacionalismo [...] ofrece a la humanidad una versión secularizada de inmortalidad. Y lo hace poniendo en juego su capacidad de unir a los muertos, los vivos y los aún no nacidos en una única comunidad con un destino común y a través de la idea del juicio de la posteridad”²⁴. Por eso para Hobsbawm el nacionalismo representa para cada país un sustituto de sueños perdidos; y qué mejor manera de autorealizarse que cumpliendo los sueños que parecían desvanecerse.

Bajo esta argumentación, Hannah Arendt critica fuertemente esta elevación de la nación a la categoría de religión, expresada por Hitler en la Alemania nazi con el lema *Ein Volk, ein Reich, ein Führer* (un pueblo, un Estado, un líder). Según Arendt, el nacionalismo “es la perversión precisa de una religión que hace a Dios escoger a una nación, a la propia; sólo porque este antiguo mito, unido al único pueblo superviviente de la antigüedad, había echado profundas raíces en la civilización occidental pudo el moderno líder del populacho, con una cierta dosis de

²³ Smith. D. Anthony, Op. Cit., p.182.

²⁴ Ibid. p.254.

plausibilidad, llegar a la desfachatez de arrastrar a Dios a los pequeños conflictos entre pueblos y de pedir su asentimiento a una elección que el líder había ya manipulado a su antojo”²⁵.

¿Qué tipo de realización hay en el hecho de sustituir a la religión por la nación? En realidad la nación cojea del mismo pie que la religión: establece un origen imaginado que vincula a los hombres entre sí y les hace creer que su destino es sagrado, por lo que la defensa de los suyos está justificada, entonces cualquier acto violento es legítimo. Este constante uso de la violencia no hace más que privar de libertad a los hombres, y muchas veces se olvida que es el mismo hombre quien ha privado a sus semejantes de la libertad, generalmente haciéndolo en nombre de la libertad misma.

4. La libertad y la paz globales están en función de la liberación y seguridad de todas las naciones.

El discurso nacionalista oficial asegura que la libertad, tanto colectiva como individual, sólo puede lograrse al interior de los Estados, que fuera de ellos no existe nada y que la seguridad nace a partir de la existencia de las naciones. En realidad, esta idea implica que la libertad y la seguridad son bienes condicionados por la vigencia del modelo nacional, lo cual es falso. Tanto la libertad como la seguridad son conceptos relativos a cada sociedad; en las organizaciones sociales donde no existía el Estado-nación las personas también podían llegar a ser libres y no siempre estaban en constante amenaza.

Tanto la retórica como el discurso político disfrazado juegan un papel central de engaño; la libertad es la bandera utilizada por los Estados modernos para cumplir con otro tipo de objetivos a través del ejercicio de la violencia. El presidente Roosevelt anunció en 1941, por ejemplo, que los aliados luchaban en la guerra por la libertad: la Carta Atlántica, firmada por Roosevelt y Churchill en el mes de Agosto, defendía la libertad y justificaba así la intervención militar de Inglaterra y de Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial. La retórica de Truman en 1947 (la cual hablaba de apoyo a los pueblos libres que resistían los intentos de sometimiento

²⁵ Arendt, Hannah, Op. Cit., p.359.

realizados por minorías armadas) ocultó la violencia ejercida por el Estado norteamericano en Grecia durante el apoyo de éste a la contrarevolución.

Otros dos casos son el de Jimmy Carter, por un lado, el cual expresaba una gran preocupación por los derechos humanos, sin embargo, los resultados fueron los cientos de miles de víctimas en El Salvador, Timor y Laos. Por otro lado, “pocos hombres de estado hicieron más para inspirar pronunciamientos sobre los derechos humanos de los débiles y los oprimidos que Woodrow Wilson, el más grande de los intervencionistas, que celebró su doctrina de autodeterminación con la invasión de México, Haití y la República Dominicana”²⁶. Lo que estos ejemplos reflejan es la hipocresía detrás de la retórica estatal que dice preocuparse por la libertad, la seguridad y los derechos fundamentales. En realidad, el discurso oficial de la nación es utilizado por los altos funcionarios para justificar acciones que de otro modo serían mal vistas por su propia población.

Según Rousseau, el Estado moderno debe aspirar a ser democrático, pues la libertad del sujeto solamente puede materializarse si éste vive en democracia, sin embargo, debe decirse que la democracia pensada por Rousseau sólo es posible en sociedades altamente homogéneas, lo que implica que la libertad deba ser acotada, pues es natural que la homogeneidad social conlleve a la eliminación de la diferencia, lo que limita sustancialmente la libertad en sí.

Los ejemplos anteriores responden a un tipo de imperialismo aún ejercido por las grandes potencias mundiales. Las ideas de soberanía, de autogobierno y de autodeterminación, vinculadas de forma estrecha a la libertad y a la seguridad sociales, sólo maquillaron el problema imperial. La esencia y la sombra imperialistas se mantienen en los países que han ejercido, desde que dejaron de ser imperios de forma técnica, un imperialismo sutil y seductor, como Estados Unidos, Inglaterra, Francia o Alemania. En una palabra, “la dominación totalitaria, empero, se orienta a

²⁶ Chomsky, Noam, *La quinta libertad*, Crítica, España, 2004, p.77.

la abolición de la libertad, incluso a la eliminación de la espontaneidad humana en general, y en forma alguna a una restricción de la libertad”²⁷.

5. Las naciones sólo pueden ser liberadas y realizarse si cuentan con sus propios Estados soberanos. Esta idea nace de la lógica que sostiene que un pueblo que no tiene carácter nacional se encuentra privado de derechos, y ésta forma de pensar nació en la Revolución Francesa, pues en dicho momento se fusionó la idea de los derechos del hombre con la idea de la soberanía nacional.

Después de la revolución de 1789 la soberanía recayó en el pueblo, por eso es que la soberanía estatal y nacional resulta tan crucial para la lógica nacionalista. “Las declaraciones de derechos han de ser, pues, consideradas como el lugar en que se realiza el tránsito de la soberanía real de origen divino a la soberanía nacional”²⁸. La ficción de las declaraciones radica en que se asume que el nacimiento convierte al sujeto en ciudadano soberano. El nacimiento sólo da vida natural, no cualificada, es decir, no implica nada más, y si la soberanía sólo se interesa por la vida natural, entonces su aniquilamiento o su cuidado es la primera y la más importante de las decisiones políticas. En ese sentido, el nazismo y el fascismo son el resultado de esta forma de ver la política, pues ambos movimientos hacen de la vida natural la categoría fundamental de la decisión soberana. Sobre este punto se volverá más adelante.

Por esto Hannah Arendt dice que es en Francia donde se debe “buscar los gérmenes del poder destructor de naciones y aniquilador de la humanidad”²⁹. En otras palabras, la nación es fruto de las revoluciones burguesas, especialmente las de Inglaterra y Francia, y esto debe bastar para explicar que el argumento nacionalista es falso, en primer lugar porque es claro que las naciones no han existido siempre, y, en segundo lugar, porque si bien la libertad liberal, la libertad a la que aspiraba la burguesía, no puede alcanzarse fuera de los Estados-nación, otras formas de libertad son posibles en otro tipo de contextos y de realidades.

²⁷ Arendt, Hannah, *Los orígenes del totalitarismo 3. Totalitarismo*, Alianza Editorial, Madrid, 1987, p.609.

²⁸ Agamben, Giorgio, *Homo Sacer*, Pre-textos, España, 2016, p.162.

²⁹ Arendt, Hannah, *Los orígenes del totalitarismo 2. Imperialismo*, Op. Cit., p.256.

En este punto comienza la segunda parte del análisis del presente capítulo. Ya ha quedado claro que la nación es un producto de la Modernidad en distintos sentidos, ahora sigue entender cómo es que las ideas políticas modernas desembocan en los conflictos que aquí se identifican.

El germen de la teoría filosófica del nacionalismo puede rastrearse hasta Kant. La idea del autor de la *Crítica de la razón pura* de que la buena voluntad sólo puede ser una voluntad autónoma fue vinculada (por los románticos alemanes como Schlegel, Muller, Fichte y Schleiermacher) al populismo cultural de Herder, de forma que se acabó afirmando que sólo las comunidades puras, autónomas y soberanas podían ser realmente libres, y se exhortaba a los individuos dejarse absorber por ellas. En una palabra, las ideas filosóficas de Kant orillaban a los individuos a pensar que la pureza, la autonomía y la soberanía son elementos indispensables para el desarrollo del sujeto, no obstante, esta es una verdad relativa, pues si bien el hombre requiere de dichas características, también es cierto que no son indispensables para el desarrollo humano, y, más aún, debe decirse que esta idea renuncia a su propia naturaleza individualista toda vez que niega de forma implícita que el sujeto puede desarrollarse en el plano puramente individual, asegurando que necesita de una comunidad y que ella debe compartir características que no corresponden a la realidad social.

Más tarde, Hegel afirmaría que el sujeto sólo puede alcanzar la libertad en el Estado moderno. Hegel desarrolló, en la *Fenomenología del espíritu*, la idea de que los hombres eran, en ese momento, realmente libres, y que esta libertad estaba condicionada por el hecho de que éstos vivían en el Estado y se desenvolvían en él. La comunidad, el Estado, la patria, la nación o la raza, se convierten, según Hegel, en el valor supremo, en el fundamento de la vida y en el único móvil para la acción. El yo (individual), siguiendo la lógica de Hegel, sólo puede desarrollarse de forma plena en el colectivo del Estado; el problema es que estos razonamientos, llevados a sus últimas consecuencias, (y precisamente eso ha ocurrido desde

mediados del siglo XX hasta lo que va del XXI) sólo desembocan en un terrorismo nihilista y en el odio étnico.

La Revolución Francesa es el producto final de una transformación aún más profunda, la del pensamiento. Desde el Renacimiento italiano, pasando por la Ilustración en Francia y en Alemania, hasta las ideas más sofisticadas de Rousseau, en términos de formas de gobierno, el germen del problema de la violencia ejercida por los Estados modernos comenzó a desarrollarse. Sin embargo, sería hasta 1789 que se manifestarían los errores estructurales de la teoría liberal del Estado.

En 1794, en la Asamblea Nacional de Francia, Danton declaraba la libertad universal: “nosotros proclamamos de cara al universo y a las generaciones futuras que encontrarán su gloria en este decreto, la libertad universal”³⁰; al declarar la libertad universal se da por sentado que toda forma distinta de concebir la libertad está equivocada y debe ser eliminada. Danton sostenía que la libertad universal (la que sólo se alcanza como ciudadano en el interior de un Estado-nación) debe ser un privilegio de todo individuo, sin atender a las consecuencias últimas de dicha idea, a saber, que en nombre de una específica concepción de la libertad, se aniquila toda concepción diferente de la misma. El problema del universalismo es que es intolerante de lo específico, y eso implica que se pueda construir fácilmente un pretexto perfecto para matar en nombre de la libertad, como si la libertad tuviera sólo una acepción válida, o como si en todas las culturas del mundo el ser libre significara lo mismo.

Los resultados funestos de esta declaración universal de la libertad no tuvieron que esperar mucho tiempo. Después de que Luis XVI fuera guillotinado, en Francia diez mil individuos corrieron la misma suerte, su delito era ser enemigos de la libertad, es decir, de la concepción de libertad que tenían Robespierre y sus allegados. Stefan Zweig, en su libro *Fouché*, narra uno de los peores pasajes de la época del terror en Francia cuando cuenta cómo la ciudad de Lyon fue devastada por los radicales ya que era enemiga de la libertad. Una vez aniquilada y arrasada, se

³⁰ Flores, Rentería, Joel, Op. Cit., p.56.

levantó una columna que anunciaba el destino de los que se declararan enemigos de la libertad: “Lyon hizo la guerra contra la libertad. Lyon no existe.”³¹

En este punto es indispensable ligar este recuento histórico con el problema planteado. Más de la mitad de las intervenciones militares estadounidenses en el mundo están justificadas, por sus gobernantes y funcionarios de alto rango, bajo la idea de que Estados Unidos busca apoyar a otros países para que sean libres. El problema del terror revolucionario francés se reproduce en la actualidad. Estados Unidos tiene una determinada concepción de libertad que busca exportar a los demás países del mundo a cualquier costo, por eso, cuando se encuentra con regímenes y sistemas políticos diferentes, donde la libertad tiene otra acepción, la intervención militar parece ser no sólo un acto loable sino también heroico. El problema es que la universalidad del concepto de libertad ocasiona que aquellos que no comparten dicha idea sean vistos como posibles agentes de inestabilidad social, política o económica.

Esta idea de la libertad como una hipócrita preocupación está expresada de forma clara por Noam Chomsky en el libro *La quinta libertad*. Roosevelt hablaba de las cuatro libertades: de expresión, de culto, libertad de necesidad y libertad de temor. Le faltaba la quinta y la más importante: la libertad de saquear y explotar, dice Chomsky. La infracción de las cuatro libertades en territorio extranjero provoca siempre indignación, algo que no sucede si se trata de los dominios de las potencias mundiales. Sólo se manifiesta preocupación por las otras formas de libertad cuando la quinta se ve amenazada, preocupación que se mantiene tanto como sea necesario para justificar el uso de la fuerza y de la violencia.

De la igualdad también hay mucho que decir. Este punto ya se ha tocado, pero falta hacer un análisis más preciso. Las obras donde la idea de igualdad entre los hombres articula gran parte del pensamiento político son *El contrato social* y el *Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres*, de Rousseau. En ambos trabajos la igualdad es catalogada como uno de los bienes supremos

³¹ Zweig, Stefan, *Fouché*, Porrúa, México, 2016, p.28.

alcanzados en los Estados modernos y como una característica básica de las sociedades.

La crítica aquí planteada tiene que ver específicamente con la idea de que la igualdad equivale a discriminar. Si se asume que todos los hombres son iguales por naturaleza, entonces se acepta, de forma implícita, que no existe lugar para la disidencia o la diferencia. Incluso Carl Schmitt explicó que “la *volonté générale*, tal y como la concebía Rousseau, es, en realidad, homogeneidad [...] según el contrato social, el Estado se basará, entonces, a pesar del título y a pesar de la introducción del concepto del contrato, no en un contrato, sino especialmente en la homogeneidad”³².

Esta idea de que la igualdad, expresada tanto en el contrato social como en la voluntad general, equivale a homogenizar a las sociedades es más peligrosa de lo que aparenta. La postura de la igualdad como uno de los bienes supremos de la política contemporánea implica la eliminación de lo diferente, y hace surgir la intolerancia hacia el otro. En pos de la igualdad se llega a la errónea creencia de que ésta constituye una cualidad innata de cada individuo; que es *normal* si es igual a los otros, y *anormal* si es diferente. Y, debe decirse, la perversión de la igualdad es aún mucho más peligrosa cuando una sociedad no deja el más pequeño espacio para los grupos e individuos especiales o diferentes, cosa que sucede muy a menudo.

La igualdad implica o la asimilación de los grupos que son catalogados como diferentes, o la aniquilación completa de los mismos. La homogenización exige que un grupo renuncie a su originalidad (a su diferencia) o que sea exterminado para que la igualdad, cosa que no existe, pueda cristalizarse. Así, se trata de diferenciar a los individuos unos respecto de otros, medir y jerarquizar en términos de valor las capacidades, el nivel y la naturaleza de los individuos y, por último, trazar el límite de lo *normal*. “Lo normal se establece como principio de coerción en la enseñanza con la instauración de una educación estandarizada [...] se establece en el esfuerzo

³² Flores, Rentería, Joel, Op. Cit., p.106.

por organizar un cuerpo médico y un encuadramiento hospitalario de la nación capaces de hacer funcionar normas generales de salubridad”³³.

Hannah Arendt cuenta que Hitler tenía la intención de publicar una ley de salubridad que consistía en aniquilar a todo aquel que no fuera sano en términos clínicos, aun cuando fueran alemanes puros. Este dato revela la tendencia a la homogenización absoluta de los sujetos. No bastaba con ser alemán puro, era necesario ser física y psicológicamente sano. Una cita más de Foucault es reveladora en ese sentido: “se tiende a sustituir, o al menos a agregar, a las marcas que traducían estatus, privilegios, adscripciones, todo un juego de grados de normalidad que son signos de pertenencias a un cuerpo social homogéneo pero que tienen en sí mismos un papel de clasificación, de jerarquización y de distribución de los rangos. En un sentido, el poder de normalización obliga a la homogeneidad”³⁴.

En realidad Foucault se refiere a la tendencia a la homogeneidad de las sociedades disciplinarias. Las disciplinas, dice Foucault, son técnicas que sirven para garantizar el ordenamiento de las multiplicidades humanas, es decir, logran normalizar la vida y eliminar todo rasgo de diferencia. Las sociedades disciplinarias, es decir, modernas, “caracterizan, clasifican, especializan; distribuyen a lo largo de una escala, reparten en torno de una norma, jerarquizan a los individuos entre sí y, en el límite, descalifican e invalidan”³⁵.

Si la juricidad universal de la sociedad moderna parece fijar límites al ejercicio del poder, también, debe decirse, las mismas bases teóricas, filosóficas y jurídicas hacen funcionar una maquinaria inmensa que sostiene y refuerza el poder político y vuelve vanos los límites que se le han impuesto. La teoría de los Estados modernos define el poder de castigar como una función general de la sociedad. En una sociedad donde la libertad es uno de los valores máximos, el quitar la libertad del delincuente es lo más lógico. Esta forma de pensar lleva a la conclusión de que la infracción ha lesionado, más allá de la víctima, a la sociedad entera. La idea del

³³ Foucault, Michel, Op. Cit., p.214.

³⁴ Ibid. p.215.

³⁵ Ibid. p.256.

contrato deviene en el hecho de que el enemigo de un miembro de la sociedad, se convierte, automáticamente, en enemigo de la nación toda.

Ahora bien, “la nacionalidad es un principio de homogenización social que establece la igualdad entre individuos anónimos”³⁶, y este anonimato sólo puede existir cuando el individuo se diluye en la comunidad para formar masas homogéneas donde las diferencias son eliminadas para dar paso a los términos absolutos: hondureños, mexicanos, holandeses, japoneses, etc. Por eso, José Ortega y Gasset dice que “el hombre masa cree, en efecto, que él es el Estado”³⁷. Hace suya la frase de Luis XVI *el Estado soy yo*; habla y actúa en nombre de la comunidad, niega su particularidad para erigirse en el todo, sus deseos, sus pensamientos y sus intereses son y deben ser los de la comunidad.

Es preciso volver a Foucault para terminar esta parte del análisis. La idea del contrato social hace que se acepte el poder de castigar. La vigilancia del cuerpo en todo momento conlleva a la jerarquización, clasificación y normalización del mismo. Sólo en una sociedad vigilante (panóptica), las diferencias físicas son tan notorias y tan importantes.

Segunda parte. La construcción del enemigo como la lógica de la violencia en Occidente. La relación amigo-enemigo de Carl Schmitt.

Hace más de ochenta años Carl Schmitt aseguró que la relación política por excelencia es la de amigo-enemigo. Según el autor alemán el escenario político se desenvuelve bajo una relación en la que el soberano decide, de forma arbitraria, quién es amigo y quién enemigo. En el mundo moderno, la construcción de enemigos sociales es una práctica diaria y sistemática. Los Estados modernos justifican la violencia ejercida por ellos mismos bajo el discurso y la construcción de un enemigo común.

³⁶ Flores, Rentería, Joel, Op. Cit., p.38.

³⁷ Ibid. p.89.

El discurso de identidad nacional es clave en la construcción de enemigos toda vez que la identificación con un grupo determinado excluye a los que no comparten las características del grupo más fuerte. La principal tarea del nacionalismo, es, pues, descubrir y discernir lo que hace que una comunidad sea *ella misma* y purgar al *yo colectivo* de cualquier rasgo del otro, del diferente, así sea bajo su eliminación física. Por lo tanto, el redescubrimiento, la autenticación, el reconocimiento del *yo colectivo* y la correcta interpretación de un único pasado se convierten en el núcleo de las tareas nacionalistas. “La elección de alineaciones y de identidad nacional se relaciona con la decisión de escoger un enemigo común”³⁸.

Por eso, en la mayoría de los casos, un movimiento sustentado en el nacionalismo puede hacerse con el poder estatal al obtener el apoyo de las masas; une a los distintos grupos sociales y crea una racionalidad de fondo que unifica intereses sociales divergentes. Las ideas roussonianas del contrato social y de la soberanía popular parecen cristalizarse bajo el manto del nacionalismo. Al hacerse con el poder del Estado, los movimientos y las visiones nacionalistas pueden pervertir la figura estatal para ejercer violencia contra grupos que son catalogados como diferentes.

En 1792, Saint Just declaró: “Luis es un extranjero entre nosotros [...] Luis XVI debe ser juzgado como un enemigo extranjero”³⁹. Desde ese momento quedó claro que en la época moderna cualquier extranjero sería catalogado como enemigo. Desde esa declaración, se dejó de manifiesto que los extranjeros son vistos como amenazas potenciales y deben ser, como dijo Saint Just, juzgados como enemigos y castigados como tales. La mayor parte de la violencia ejercida por los gobiernos contemporáneos se ejerce contra los extranjeros, basta con voltear a ver la ola de apoyo a los gobiernos de ultraderecha en toda Europa y en América del norte para observar una fuerte tendencia de rechazo y maltrato hacia los extranjeros.

La nación se construye a partir de la negación del otro, del extranjero, del ajeno a lo nacional. Las fronteras marcan los límites que establecen (de forma artificial) las

³⁸ Deutsch. W. Karl, *Las naciones en crisis*, FCE, México, 1981, p.166.

³⁹ Flores, Rentería, Joel, Op. Cit., p.48.

semejanzas y las diferencias entre personas, la distinción entre el extranjero y el local. El extranjero aparece, entonces, como una figura que pone en riesgo a la comunidad, por eso es enemigo. Así, la nación y el extranjero aparecen como entes dialécticos, opuestos y antagónicos, y precisamente esta relación dialéctica hace que uno no pueda existir sin el otro. La nación requiere extranjeros para existir. El color blanco necesita la existencia del negro para verse como diferente. La cultura aparece como sustancia de lo nacional, lo cual, debe decirse, no es así. En realidad la construcción de una nación necesita de la existencia de extranjeros para poder identificar lo que hace que unas personas sean compatriotas. Si no existen las diferencias, no existen los rasgos en común.

Sin embargo, “la esencia del nacionalismo ha sido el intento de mejorar la posición de nuestro *propio* grupo sin compartir con los *extranjeros*”⁴⁰, y este es uno de los mayores problemas de las sociedades actuales. En nombre del propio grupo, se aniquila a los demás. El discurso nacionalista no se basa en la idea de la necesidad del otro como ente dialéctico indispensable para la existencia de uno mismo, sino en la exclusión (a medias) del otro y en el catalogar al diferente como un enemigo potencial.

Los extranjeros son los otros, los extraños por definición, los que no son nosotros. Son enemigos sólo por su propia condición de extraños. Si no existieran los extranjeros habría que inventarlos, tal como se hace constantemente; al extranjero se le considera siempre reactivo, reaccionario y peligroso. “Alguna fuerza, tendencia o enemigo debe percibirse como algo que potencial o realmente erosiona, corroe o pone en peligro el movimiento al que uno pertenece”⁴¹. Los otros (los diferentes) son las personas catalogadas como una amenaza a lo local, a lo nacional, y por eso su persecución y su aniquilación son bien vistas por las personas que pertenecen al grupo que persigue, pues se tiene la impresión de que se está defendiendo a un grupo que, según esa misma lógica, es más valioso que el otro.

⁴⁰ Deutsch. W. Karl, Op. Cit., p.41.

⁴¹ Hobsbawm, Eric, Op. Cit., p.185.

La identidad nacional es algo que no se escoge toda vez que ésta está ligada a las características físicas; color de piel, lugar de nacimiento, religión, etc. Por eso la idea de identidad nacional evoca la eternidad, de ahí que los negros sean negros para siempre; los judíos, la descendencia de Abraham, serán judíos para siempre, y así con cada pueblo o raza perfectamente identificable. Esta idea, que en el fondo tiene el mismo origen que el derecho divino de los reyes pero vinculada a los pueblos, tiene catastróficas consecuencias.

El origen divino de los pueblos tiene dos consecuencias principales: hace de la nacionalidad una cualidad permanente e innata que ya no puede ser modificada ni afectada por nada y, por otro lado, desaparece todas las diferencias entre los individuos que conforman el pueblo, transformando a éste en “una masa elegida y uniforme de arrogantes robots”⁴². Un pueblo divino vive siendo perseguidor, por antonomasia, de todas las especies inferiores o más débiles, o la víctima nata de todas las especies más fuertes. Ese es el problema del origen divino de la nación.

En *El concepto de lo político*, Carl Schmitt dice que “la distinción política específica, aquella a la que pueden reconducirse todas las acciones y motivos políticos, es la distinción de amigo y enemigo”⁴³. Según Schmitt, el enemigo político no necesita ser moralmente malo, ni ser odiado, ni ser estéticamente feo, ni siquiera es indispensable haberlo conocido con anterioridad; no hace falta que se erija competidor económico; “simplemente es el otro, el extraño, y para determinar su esencia basta con que sea existencialmente distinto y extraño”⁴⁴, no es necesario verlo en la *telepantalla* de Orwell, de hecho, es mejor que no sea físicamente reconocible, pues eso le da un halo de omnipresencia; la posibilidad real de una guerra es lo que permite la distinción de amigo-enemigo.

Es inevitable evocar la novela de George Orwell, *1984*, en donde la construcción constante de un enemigo por parte del partido, hace que la gente se mantenga todo el tiempo a la defensiva. En la misma novela se observa cómo el enemigo no existe

⁴² Arendt, Hannah, *Los orígenes del totalitarismo 2. Imperialismo*, Op. Cit., p.348.

⁴³ Schmitt, Carl, *El concepto de lo político*, Alianza Editorial, Madrid, 1991, p.56.

⁴⁴ Ibid. p.57.

realmente, cómo, incluso, cambia de ser uno a ser otro con facilidad y, su simple existencia, aunque antes haya sido aliado, ocasiona que la gente sea fácilmente manipulable al sentirse en constante peligro.

Por eso, en *El teatro del bien y del mal* Eduardo Galeano escribe:

En la lucha del Bien contra el Mal, siempre es el pueblo quien pone los muertos.

Los terroristas han matado a trabajadores de cincuenta países, en Nueva York y en Washington, en nombre del Bien contra el Mal. Y en nombre del Bien contra el Mal, el presidente Bush jura venganza: "Vamos a eliminar el Mal de este mundo", anuncia.

¿Eliminar el Mal? ¿Qué sería del Bien sin el Mal? No sólo los fanáticos religiosos necesitan enemigos para justificar su locura. También necesitan enemigos para justificar su existencia, la industria de armamentos y el gigantesco aparato militar de los Estados Unidos. Buenos y malos, malos y buenos: los actores cambian de máscaras, los héroes pasan a ser monstruos y los monstruos héroes, según exigen los que escriben el drama.

Eso no tiene nada de nuevo. El científico alemán Werner von Braun fue malo cuando inventó los cohetes V-2, que Hitler descargó sobre Londres, pero se convirtió en bueno el día en que puso su talento al servicio de los Estados Unidos.

Stalin fue bueno durante la Segunda Guerra Mundial y malo después, cuando pasó a dirigir el Imperio del Mal. En los años de la Guerra Fría, escribió John Steinbeck: "Quizá todo el mundo necesita rusos. Apuesto a que también en Rusia necesitan rusos. Quizá ellos los llaman americanos". Después, los rusos se abuenaron. Ahora, también Putin dice: "El Mal debe ser castigado".

Saddam Hussein era bueno, y buenas eran las armas químicas que empleó contra los iraníes y los kurdos. Después, se amaló. Ya se llamaba Satán Hussein cuando los Estados Unidos, que venían de invadir Panamá, invadieron Irak porque Irak había invadido Kuwait. Bush Padre tuvo a su cargo esta guerra contra el Mal. Con el espíritu humanitario y compasivo que caracteriza a su familia, mató a más de cien mil iraquíes, civiles en su gran mayoría.

Satán Hussein sigue estando donde estaba, pero este enemigo número uno de la humanidad ha caído a la categoría de enemigo número dos.

El flagelo del mundo se llama, ahora, Osama Bin Laden. La CIA le había enseñado todo lo que sabe en materia de terrorismo: Bin Laden, amado y armado por el gobierno de los Estados Unidos, era uno de los principales "guerreros de la libertad" contra el comunismo en Afganistán. Bush Padre ocupaba la vicepresidencia cuando el presidente Reagan dijo que estos héroes eran "el equivalente moral de los Padres Fundadores de América". Hollywood estaba de acuerdo con la Casa Blanca. En esos tiempos, se filmó Rambo 3: los afganos musulmanes eran los buenos. Ahora son malos malísimos, en tiempos de Bush Hijo, trece años después⁴⁵.

Como escribe magistralmente Galeano, el bien y el mal son conceptos totalmente relativos: a veces, dependiendo de las circunstancias, unos son buenos y otros malos, y viceversa. Irán, por ejemplo, ha sido unas veces el mal y otras veces el bien. En 1953 fue el mal pues contaba con un gobierno electo, conservador y nacionalista, el cual trataba de hacerse del control de los recursos. El Sha (Mohammad Reza Pahleví) volvió a ocupar su lugar tras un golpe militar orquestado por el Reino Unido y Estados Unidos, e Irán fue el bien por los siguientes veintiséis años. En 1979 volvió a las andanzas del mal porque se zafó del sistema imperial y se atrevió a desobedecer lo que se mandaba desde Washington.

Lo que hay que tener presente siempre es que en las sociedades actuales, los dirigentes políticos establecen, conforme su conveniencia, a los enemigos, es decir, a los malos, y si no se re-piensa esta situación, un día podría tocarle a los buenos ser malos, y al revés, entonces la violencia será ejercida sin cordura en nombre de valores relativos tan endeblés.

Volviendo a Schmitt, "lo que no se puede negar razonablemente es que los pueblos se agrupan como amigos y enemigos, y que esta oposición sigue estando en vigor, y está dada como posibilidad real, para todo pueblo que exista políticamente"⁴⁶. De hecho, y eso lo reconoce el mismo Schmitt, "todo antagonismo u oposición religiosa, moral, económica, étnica o de cualquier clase se transforma en oposición política

⁴⁵ Galeano, Eduardo, "Teatro del bien y del mal". *Educere* [en línea] 2001, 5 (octubre-diciembre): [Fecha de consulta: 31 de Octubre de 2018]. Disponible en<<http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=35651509>> ISSN 1316-4910>.

⁴⁶ Schmitt, Carl, Op. Cit., p.58.

en cuanto gana la fuerza suficiente como para agrupar de un modo efectivo a los hombres en amigos y enemigos”. En realidad, como puede verse, la implicación de la teoría de Schmitt respecto de la categoría política fundamental (la de amigo-enemigo) es que las diferencias naturales pueden ser usadas como justificantes de la violencia política.

En este punto, es necesario hacer más profundo el análisis de la teoría de Schmitt. El hecho de que el autor alemán conciba la política como una relación de amigos y enemigos conlleva que el Estado cuente con la capacidad bélica necesaria para defenderse de los enemigos y ayudar a los aliados a vencer a *los malos*. Desde que Hobbes escribió el *Leviatán*, al Estado le fue atribuida la capacidad de ejercer la violencia (de forma legítima, y esa es la diferencia entre los Estados modernos y los anteriores) necesaria para salvaguardar la vida de sus integrantes. Al serle atribuida dicha capacidad, el Estado se vuelve soberano en el sentido que decide sobre quiénes es ejercida dicha violencia. El Estado es soberano toda vez que elije quiénes son enemigos y quiénes amigos.

La consecuencia de la concepción de la política en una relación de amigos y enemigos es la de otorgarle a la figura estatal el poder bélico suficiente para declarar la guerra en nombre de la seguridad, de matar en nombre de la vida y de oprimir en nombre de la libertad. En una palabra, el problema de la soberanía de los Estados modernos es que dicha figura le da al Estado el poder de decidir quién es enemigo, decidiendo, en el fondo, quién puede ser asesinado de forma legítima.

Por eso, Carl Schmitt escribe que “al Estado, en su condición de unidad esencialmente política, le es atribución inherente el *ius belli*, esto es, la posibilidad real de, llegado el caso, determinar por propia decisión quién es el enemigo y combatirlo. Los medios técnicos de combate, la organización de los ejércitos, las perspectivas de ganar la guerra no cuentan aquí mientras el pueblo unido políticamente esté dispuesto a luchar por su existencia y por su independencia, habiendo determinado por propia decisión en qué consiste su independencia y libertad”⁴⁷. La última parte de esta cita es reveladora; se advierte que un grupo

⁴⁷ Ibid. p.74.

político que se autodetermina valioso emprende una cruzada de violencia contra los demás grupos que fueron catalogados como enemigos. En general, el enemigo, desde el final de la Revolución Francesa, se construye a partir de la idea de extranjero y es una decisión arbitraria y sustentada, en muchas ocasiones, en la idea de identidad nacional.

La consecuencia inmediata de esta situación es que “el Estado, en su condición de unidad política determinante, concentra en sí una competencia aterradora: la posibilidad de declarar la guerra, y en consecuencia de disponer abiertamente de la vida de las personas. Pues el *ius belli* implica tal capacidad de disposición: significa la doble posibilidad de requerir por una parte de los miembros del propio pueblo la disponibilidad para matar y ser muertos, y por la otra de matar a las personas que se encuentran del lado del enemigo”⁴⁸. Esta cita de Schmitt es sumamente útil para generar una consciencia de cambio en las concepciones actuales de la política. Como puede observarse, el *ius belli* implica, por un lado, el hecho de que el Estado pueda matar a los enemigos haciendo uso de la violencia legítima y justificándola bajo un discurso de defensa, pero, debe decirse, al observar la ecuación completa se advierte que el Estado también puede decidir hacer uso de la vida de sus propios integrantes con tal de defender al colectivo de las amenazas que vienen de fuera.

Además, agrega el mismo Schmitt, el Estado proporciona, en su interior, paz, seguridad y orden, así como la situación *normal* que requiere el derecho para funcionar. Esta idea será desarrollada más adelante, basta aquí con señalar que esta lógica política implica aceptar la idea de que importan más la paz y el orden de un grupo sobre la paz y el orden de otros. Esta concepción de la política implica el desprecio hacia otras formas de ver el mundo, hacia distintas formas de ser, hacia otras concepciones de la vida, hacia otras personas.

De hecho, “cuando un Estado combate a su enemigo político en nombre de la humanidad, no se trata de una guerra de la humanidad sino de una guerra en la que un determinado Estado pretende apropiarse un concepto universal”⁴⁹. Cada que se

⁴⁸ Ibid. p.75.

⁴⁹ Ibid. p.83.

declara una guerra en nombre de la libertad o de la humanidad, como lo hace constantemente Estados Unidos, no se hace otra cosa más que negar al enemigo su condición de hombre, su calidad de hombre; se le despoja de su humanidad y se le reduce a un simple ente. De hecho, “la destrucción física de la vida humana no tiene justificación posible, a no ser que se produzca, en el estricto plano del ser, como afirmación de la propia forma de existencia contra una negación igualmente óptica de esa forma”⁵⁰.

Toda la política militar estadounidense está basada en la construcción de este enemigo común que amenaza todo el tiempo con atacar. Su existencia puede no ser probada (como cuando se especula que en ciertos países hay armas nucleares), puede que el enemigo no sea visible ni completamente ajeno, lo importante es que exista de forma óptica, que su presencia ponga en alerta a todo el mundo, y que la lucha contra él se haga en nombre de los más exquisitos valores humanos, morales y éticos. El mismo Carl Schmitt dice, en este sentido, que “el sentido más profundo de todos estos esfuerzos por definir al agresor, así como por precisar el hecho de la agresión, estriba en construir un enemigo y otorgar así un sentido a una guerra que de otro modo carecería de él”⁵¹.

Como se ha hecho notar a lo largo de este trabajo, estas concepciones de la política tienen sus orígenes en las ideas ilustradas. Desde Hegel se empezó a construir la idea del enemigo que actualmente se acepta: el enemigo, según dicho autor, “es la diferencia ética, *sittlich* (no en el sentido moral, sino como pensaba desde la vida absoluta en lo eterno del pueblo), diferencia que constituye lo ajeno que ha de ser negado en su totalidad viva. Tal diferencia es el enemigo, y la diferencia, contemplada como relación, es al mismo tiempo oposición del ser a los opuestos”⁵².

Las consecuencias de esta determinada forma de entender la política fueron, y son, los grandes crímenes estatales en nombre de la libertad, de la igualdad, de la vida, de la seguridad, etc. Maquiavelo estaba a la defensiva al momento de escribir *El*

⁵⁰ Ibid. p.78.

⁵¹ Ibid. p.133.

⁵² Ibid. p.91.

príncipe, al igual que Italia respecto de las invasiones de alemanes, franceses, turcos y españoles. Dicha posición nacionalista defensiva en términos ideológicos se repitió en Alemania en el siglo XIX durante las invasiones revolucionarias y napoleónicas de los franceses. En ambos casos el nacionalismo se exacerbó ante la presencia de un enemigo extranjero.

Otro ejemplo lo proporciona la Unión Soviética: En 1922 el gobierno soviético expulsó a los líderes intelectuales anticomunistas, desde filósofos hasta economistas e historiadores. Abandonaron Rusia camino de Alemania en un barco conocido como el *Buque filosofía*. En 1937 Stalin logró convencer a los bolcheviques “de la existencia de una amenaza de guerra contra la Unión Soviética y, en consecuencia, de una situación de emergencia durante la cual el país debería permanecer unido aunque fuera tras un déspota”⁵³. Más adelante, haciendo un uso magistral de la figura del extranjero como amenaza, en Alemania, Hitler logró que la mayoría de las personas vieran en el extranjero, especialmente en el judío, una amenaza de dimensiones mayúsculas. El pensamiento racial alemán fue inventado como un esfuerzo por unir al pueblo contra la dominación extranjera; por eso dicho pensamiento surgió en Alemania hasta después de la derrota del viejo ejército prusiano ante Napoleón y no antes.

Estos dos últimos ejemplos son representados por dos regímenes políticos totalitarios, a saber, la URSS y la Alemania nazi, y es preciso aclarar un poco la forma en que la figura totalitaria toma forma en la política. Es Hannah Arendt quien mejor explica el funcionamiento de éstos regímenes a partir de su análisis teórico-político. Básicamente, “los movimientos totalitarios son organizaciones de masas de individuos atomizados y aislados”⁵⁴, y su característica principal es que exigen una lealtad total al partido; dicha lealtad, sin embargo, sólo puede esperarse del ser humano completamente aislado, quien sin otros lazos sociales (familia, amigos, colegas, camaradas, etc.) tiene la idea de pertenecer a algo sólo al interior del partido.

⁵³ Arendt, Hannah, *Los orígenes del totalitarismo 3. Totalitarismo*, Op. Cit., p.631.

⁵⁴ *Ibid.* p.505.

Para establecer un régimen totalitario el terror tiene que ser presentado como un instrumento de realización de una ideología específica, y ésta ideología haberse ganado la adhesión de la mayoría de la población. El concepto de raza en la Alemania de Hitler, y su aplicación a la cuestión judía, debió mucho de su éxito a un fenómeno de convicción de la opinión pública. En los movimientos totalitarios el jefe es responsable de las acciones de sus subordinados pues éstos fueron nombrados por él, además, representan la encarnación del mismo; sus acciones no son otra cosa que la puesta en práctica de la voluntad del jefe. Esto a diferencia de una dictadura, en la que los subordinados no se identifican con el tirano. En un régimen totalitario el jefe no puede permitir críticas de sus subordinados dado que estos actúan siempre en su nombre.

Esta identificación total con cada funcionario tiene la muy peculiar consecuencia de que nadie llega a tener la experiencia de ser responsable de sus propias acciones, lo que desemboca en la ya conocida situación en la que un subordinado, al ser cuestionado sobre sus actos, sólo responda *no me pregunte a mí, pregúntele al jefe* o *yo sólo recibí órdenes*. Ambas respuestas son famosas porque fueron obtenidas en los juicios de Núremberg cuando a los nazis se les preguntó sobre las cámaras de gas y los campos de concentración. Por eso “el misterio real del jefe totalitario reside en una organización que le permite asumir la responsabilidad total por todos los delitos cometidos”⁵⁵.

Como puede observarse, en los regímenes totalitarios los jefes tienen su mayor nivel de confianza en la formación de élites y en la organización del partido. Hitler no vio la guerra perdida cuando yacían en ruinas las ciudades alemanas, ni cuando estaba destruida la capacidad industrial, sino cuando descubrió que ya no podía confiar en la SS: “según los informes de la última reunión, Hitler decidió suicidarse después de haber sabido que ya no podía confiarse en las unidades de la SS”⁵⁶.

Para terminar este pequeño paréntesis de los sistemas totalitarios basta decir que el totalitarismo en el poder utiliza la administración del Estado para su fin de

⁵⁵ Ibid. p.571.

⁵⁶ Ibid. p.627.

conquista mundial, conquista que supone la aniquilación de todo lo diferente, del otro, por eso “erige los campos de concentración como laboratorios especiales para realizar su experiencia de dominación total”⁵⁷. Sin embargo, no hay que olvidar que estas mismas prácticas de guerra y de dominación total a partir de la violencia también son practicadas por los regímenes que se dicen llamar los más liberales y los más democráticos, como Estados Unidos, Francia, Reino Unido, Bélgica, etc. No obstante, antes de entrar en ese tema es menester recordar el periodo de la Guerra Fría como un suceso en el cual, debido a la estructuración de las fuerzas políticas, los enemigos no estaban determinados de forma tan arbitraria como una vez que se acabó con los antagonismos de los dos sistemas económicos más importantes que existían en el mundo (el socialismo y el capitalismo).

Durante la Guerra Fría, ambos bloques se identificaban como enemigos mutuamente: Stalin decía que la amenaza de un nuevo fascismo se encontraba en el imperialismo estadounidense. Por otro lado, Truman denunciaba a la Unión Soviética como la potencia sucesora de la Alemania nazi. La caída del socialismo supuso la muerte del enemigo identificable y la necesidad de la construcción de uno nuevo: el migrante y, más específicamente, el musulmán.

Puede decirse que el odio y la intolerancia nacionalistas estaban, de alguna forma, matizados y contenidos por la Guerra Fría. La ideología política era el rasgo distintivo más importante. Una vez que cae la URSS, el racismo y la xenofobia se vuelven la constante en Occidente, La crisis de las ideologías, pues, hizo que la identidad volviera los ojos a los elementos étnicos, lingüísticos y de raza. De esta situación se desprende lo que resta del análisis filosófico-político, a saber, el que tiene que ver con la construcción de enemigos de forma completamente arbitraria y con el uso de la violencia del Estado para matar en nombre de la soberanía. Existe una frase de Achille Mbembe que da entrada al análisis que de aquí se desprende: hay que recordar que “las guerras de la era de la globalización tienen como objetivo forzar al enemigo a la sumisión”⁵⁸.

⁵⁷ Ibid. p.593.

⁵⁸ Mbembe, Achille, *Necropolítica*, Melusina, España, 2011, p.55.

Tercera parte. La paradoja de la soberanía de Agamben. El biopoder de Foucault como expresión de la violencia moderna.

Cuando Hobbes escribió el *Leviatán* a mediados de 1600, sentó las bases de la teoría más dura que existe hoy en día en cuanto al concepto de soberanía. La soberanía política moderna implica un poder casi absoluto sobre los hombres. La soberanía del pueblo y del Estado significa que existe un poder legítimo que es capaz de decidir sobre todos los aspectos del sujeto; incluso sobre la vida y la muerte.

Hobbes aseguraba que el hombre es el lobo del hombre. En la lógica de este autor, el hombre vive en un estado de naturaleza donde la vida se encuentra amenazada todo el tiempo por los otros hombres. El estado de naturaleza que piensa Hobbes es un estado de violencia: todo el tiempo hay enfrentamientos, y la muerte es el pan de todos los días. Por eso, de forma consciente, el sujeto decide ceder todos sus derechos (menos el derecho a la vida) a una persona que gobierne conforme las reglas establecidas. Una vez elegido el soberano, los hombres pierden el derecho que tenían de defenderse por su propia cuenta y depositan su confianza en el soberano. El objetivo principal del soberano, según la lógica hobbesiana, es garantizar la seguridad de los súbditos y evitar la muerte, es decir, cuidar la vida de las personas, la cual de otra forma estaría en constante riesgo.

Este razonamiento iusnaturalista esconde detrás una consecuencia difícil de ver a simple vista. Es necesario abordar este tema desde la perspectiva de autores astutos si se quiere apreciar las innumerables contradicciones de este modelo político. Esta idea moderna de la soberanía es tan problemática que Giorgio Agamben, uno de los filósofos políticos contemporáneos más importantes, ha dedicado gran parte de sus obras a estudiar lo que él llama la paradoja de la soberanía.

En el mundo clásico, explica Agamben, existía, en términos de lenguaje, una clara diferencia entre la vida biológica y la vida cualificada (o vida política). La simple vida natural era excluida y diferenciada de la vida cualificada: la vida, o el simple hecho de vivir, tenía un término: *zōê*. Para los griegos el fin de la *polis* era el bien vivir:

tener una vida cualificada, y no solamente una vida biológica. Esta diferenciación permitía a los habitantes de la Grecia antigua entender que la política, las artes y todo lo que surge a partir del lenguaje, constituye un rasgo humano que diferencia a los hombres de los animales, los cuales sólo tienen zōê, es decir, vida natural.

Por eso Aristóteles decía que el hombre es un *zoon politikón* (animal político), pues su ser está compuesto por dos grandes elementos: el natural y el social (el político). Aristóteles entendía que el hombre estaba conformado por dos tipos de naturaleza: la biológica y la social. En el mundo antiguo la vida natural, la simple acción de vivir, no estaba vinculada de forma estrecha a la vida política; ambas vidas estaban diferenciadas y ninguna invadía el campo de acción de la otra. Serían las ideas contractualista de Hobbes, Locke y Rousseau las que revolverían ambos términos y eliminarían las diferencias clásicas entre una y otra vida.

Foucault observó que en la época moderna “la vida natural empieza a ser incluida, por el contrario, en los mecanismos y los cálculos del poder estatal y la política se transforma en bio-política: durante milenios el hombre siguió siendo lo que era para Aristóteles: un animal viviente y además capaz de una existencia política; el hombre moderno es un animal en cuya política está puesta en entredicho su vida de ser viviente”⁵⁹. En la época antigua lo más valioso para el hombre era el vivir en sociedad, y lo peor que podía pasarle era perder su lado político. En la Modernidad, al erigirse la vida misma como el máximo bien de los individuos (a partir de la idea del contrato social), al reducir todo tipo de vida a una sola (la vida biológica), se da paso a fenómenos que buscan suprimir la vida de las personas, pues es su bien máspreciado.

La animalización del hombre en la época moderna conlleva un poder soberano con la simultánea posibilidad de proteger la vida y de autorizar su destrucción. Si no hay una categoría política que suprimir (como el ser miembro de la *polis* en la Grecia antigua), sólo queda suprimir la vida. Hannah Arendt explica por qué en el *Leviatán* deben buscarse los orígenes de esta situación. A Hobbes le quedaba claro que el nombre de tiranía no significa otra cosa que el de soberanía. Arendt explica que “el

⁵⁹ Agamben, Giorgio, Op. Cit., p.11.

Leviatán puede desde luego superar todas las limitaciones que suponen la existencia de otros pueblos y puede envolver a toda la tierra en su tiranía”⁶⁰. Por eso en esta idea se encuentra el germen de la justificación de las guerras nacionales, pues “cuanto peor preparadas se hallaban las naciones para la incorporación de pueblos extranjeros [...] más tentadas se sentían a oprimirlos”⁶¹. En una frase: ““La soberanía nacional, en consecuencia, perdió su connotación original de libertad del pueblo y se vio rodeada de un aura seudomística de arbitrariedad ilegal”⁶².

En *La condición humana*, Hannah Arendt analiza el proceso en el cual el *homo laborans*, y con él, la vida biológica como tal, ocupan el centro de la vida política en el mundo moderno. Arendt atribuye esta situación a la decadencia del espacio público en la era moderna, y por eso Agamben asegura que la politización de la *nuda vida* como tal constituye el acontecimiento decisivo de La Modernidad, el cual marca una transformación radical de las categorías político-filosóficas del pensamiento clásico. La política es, pues, la estructura propiamente fundamental de la metafísica occidental: esto es así porque la *nuda vida* tiene “el singular privilegio de ser aquello sobre cuya exclusión se funda la ciudad de los hombres”⁶³.

Ahora bien, según Agamben, la pareja categorial fundamental de la política en Occidente no es la de amigo-enemigo (como pensaba Schmitt) sino la de *nuda vida*-vida política (*zōê-bíos*). Hay política porque el hombre es el ser vivo que, en el lenguaje, separa la propia *nuda vida* y la opone a sí mismo, y al mismo tiempo, se mantiene en relación con ella. El latín reúne en un término único los significados de *zōê* y *bíos*, a saber, vida. La figura del *homo sacer* (proveniente del derecho romano arcaico) implica la inclusión de la vida (natural) humana únicamente bajo su exclusión, es decir, la posibilidad absoluta de que se le aniquile. Una de las características principales de La Modernidad es el hecho de que, en paralelo al proceso en el cual la excepción se convierte en regla, el espacio de la *nuda vida*,

⁶⁰ Arendt, Hannah, *Los orígenes del totalitarismo 2. Imperialismo*, Op. Cit., p.236.

⁶¹ Ibid. p.244.

⁶² Ibid. p.344.

⁶³ Agamben, Giorgio, Op. Cit., p.17.

que estaba situado, originariamente, al margen del orden jurídico, va coincidiendo progresivamente con el espacio político, de forma que *bíos* y *zōê* entran en una zona de indiferenciación.

Volviendo al análisis del concepto de soberanía es importante empezar con una cita de Agamben que sintetiza la idea crítica principal de su libro *Homo sacer*: “la paradoja de la soberanía se enuncia así: El soberano está, al mismo tiempo, fuera y dentro del ordenamiento jurídico”⁶⁴. Soberano es a quien el orden jurídico le otorga la capacidad (el poder) de proclamar el estado de excepción y de suspender, así, la validez del orden jurídico mismo. Si esto es así, el soberano cae fuera del orden jurídico normalmente vigente sin dejar por ello de pertenecer a él. Ninguna norma puede aplicarse al caos; es necesario instaurar el orden, y se requiere de un ambiente normal. Soberano es quien decide cuál ambiente es normal y cuál no.

La excepción es una especie de exclusión. Lo que caracteriza a la excepción es que lo excluido no queda, por ello, absolutamente privado de conexión con la norma; por el contrario, se mantiene en relación con ella en forma de suspensión. “El estado de excepción no es, pues, el caos que precede al orden, sino la situación que resulta de la suspensión de éste”⁶⁵. A decir de Agamben, los extranjeros guardan una relación de excepción con las naciones, pues éstos sólo son incluidos a través de su exclusión. Son reconocidos porque son necesarios, pero su reconocimiento sólo se da a partir de su exclusión. La excepción es la estructura fundamental que no se limita a distinguir lo que está fuera y dentro de la ley, sino que establece entre ellos un umbral, a saber, el estado de excepción. Tanto lo que queda en el umbral como lo que queda fuera debe ser aniquilado toda vez que representa un peligro a lo que está dentro.

El poder soberano es el principio “que, reuniendo derecho y violencia, los hace caer en el riesgo de la indistinción”⁶⁶; la justificación de la violencia es también aquí, en la misma medida, un hacer violencia a lo más justo, y en esto, y en nada más,

⁶⁴ Ibid. p.27.

⁶⁵ Ibid. p.30.

⁶⁶ Ibid. p.47.

consiste la soberanía. Tal como lo hace Hannah Arendt, Agamben también identifica que en Hobbes el estado de naturaleza sobrevive en la persona del soberano: “la soberanía se presenta, pues, como una incorporación de estado de naturaleza en la sociedad o, si se prefiere, como un umbral de indiferencia entre naturaleza y cultura, entre violencia y ley, y es propiamente esta indistinción la que constituye la violencia soberana específica”⁶⁷. En el mitologema hobbesiano, el estado de naturaleza no es una condición prejurídica completamente ajena al derecho de la ciudad, sino la excepción y el umbral que constituyen el derecho mismo.

Una de las características del estado de excepción (representación última de la estructura de la soberanía) es que hace “imposible distinguir en él entre la transgresión de la ley y su ejecución, de manera que lo que es conforme a la norma y lo que la viola, coinciden sin fisuras”⁶⁸. Por eso es que Agamben concluye que la soberanía es, en rigor, precisamente esa ley más allá de la ley a la que los hombres están abandonados.

“Soberana es la esfera en que se puede matar sin cometer homicidio y sin celebrar un sacrificio”⁶⁹; el término *sacer* implica una vida absolutamente expuesta a que se le de muerte, objeto de una violencia que excede, a la vez, la esfera del derecho y de la religión. La vida insacrificable y a la que, sin embargo, puede darse muerte, es la vida sagrada. Ante esta doble exclusión, el acabar con la vida no es ni un delito ni un sacrificio; esta acción implica eliminar todo rasgo de valor y realizar un acto que va más allá de lo legal y de lo religioso o ritual. “Restituido a su lugar propio, más allá tanto del derecho penal como del sacrificio, el *homo sacer* ofrece la figura ordinaria de la vida apresada en el bando soberano”⁷⁰.

En *Los dos cuerpos del rey*, Kantorowicz explica cómo la tradición de la teología política cristiana da las bases de la perpetuidad de la figura soberana al establecer que la dualidad del cuerpo del rey hace que, muriendo físicamente, la figura se mantenga. Si esta idea occidental es llevada a sus últimas consecuencias, se llega

⁶⁷ Ibid. p.51.

⁶⁸ Ibid. p.78.

⁶⁹ Ibid. p.109.

⁷⁰ Ibid. p.108.

a la conclusión de que la soberanía está por encima de la vida y de la muerte, incluso del soberano mismo, pues éste puede ser remplazado por otro cuerpo.

La soberanía es el poder supremo, y el poder supremo decide sobre lo más importante. Si en las sociedades modernas lo más importante es la vida biológica (como señala Hobbes en el *Leviatán*), el poder soberano ejerce su poder sobre dicha vida, y por ello tiene la legítima capacidad de aniquilar la misma. La declaración de los derechos del hombre de 1789 representa la figura originaria de la inscripción de la vida natural en el orden jurídico-político de los Estados-nación.

Pero “esa *nuda vida* natural que, en el antiguo régimen, era políticamente indiferente y pertenecía, en tanto que vida natural, a Dios, y en el mundo clásico se distinguía claramente [...] en su condición de *zōē* de la vida política (*bíos*), pasa ahora al primer plano de la estructura del Estado y se convierte incluso en el fundamento terreno de su legitimidad y de su soberanía”⁷¹. La Alemania nazi ofrece numerosos ejemplos de esta idea: durante el proceso de los médicos de Núremberg, los doctores Hevelmann, Bahnen y Brack anunciaron, en una reunión reservada en Berlín en 1940, que el gobierno del *Reich* aprobaba la disposición que autorizaba la eliminación de la vida indigna de ser vivida, llevando a la práctica la idea de que la soberanía decide sobre el valor de una vida o sobre su no valor.

El 14 de Julio de 1933, pocas semanas después del ascenso al poder de Hitler, se promulgo la ley para la *prevención de la descendencia hereditariamente enferma*; significaba esterilizar a los enfermos para que no tuvieran hijos. Las leyes de Núremberg sobre la ciudadanía del *Reich* y sobre la protección de la sangre y del honor alemanes transformaron a mucha gente en eliminables.

“Si el soberano, en cuanto decide sobre el estado de excepción, ha dispuesto desde siempre el poder de decidir cuál es la vida a la que puede darse muerte sin cometer homicidio, en la época de la biopolítica este poder tiende a emanciparse del estado de excepción y a convertirse en poder de decidir sobre el momento en que la vida deja de ser políticamente relevante”⁷². En una palabra, si la soberanía implica el

⁷¹ Ibid. p.162.

⁷² Ibid. p.180.

derecho de cuidar la vida, también incluye la posibilidad de determinar el valor de la misma y de aniquilar la vida que se haya encontrado sin valor en sí misma.

Von Justi asignaba a la política la tarea de la lucha contra los enemigos exteriores y a la policía el cuidado de los ciudadanos. “La biopolítica nacionalista (y, con ella, buena parte de la política moderna, incluso fuera del III Reich) no es comprensible a no ser que se advierta que implica la desaparición de la distinción entre esos dos términos: la policía se hace ahora política y el cuidado de la vida coincide con la lucha contra el enemigo”⁷³. En la época de la biopolítica moderna la vida se convierte en sujeto-objeto de la política estatal. Verschuer escribía: “el nuevo estado no conoce otra tarea que el cumplimiento de las funciones necesarias para la conservación del pueblo”⁷⁴, aun cuando eso implique aniquilar a otras personas o negar su humanidad.

En Dachau, por ejemplo, se realizaron experimentos con judíos y gitanos. Uno de ellos consistía en sumergir en agua helada a la persona hasta que perdiera la conciencia para luego observar sus posibilidades de reanimación. Los experimentos sobre la potabilidad del agua marina consistieron en hacer beber agua de mar a un grupo y agua marina con *Berkazusatz* (una sustancia química que, según los investigadores, debía reducir los efectos nocivos del agua de mar) a otro. Este tipo de acciones muestran la total convicción de algunas personas de que otras no cuentan con el mismo valor humano, que su vida es carente de valor, y que por eso es lícito tratarlos como ratones de laboratorio.

¿Cosa del pasado? Lamentablemente la lógica de la soberanía sigue funcionando en la actualidad. Resulta aún más embarazosa “la circunstancia [...] de que en nuestro siglo ya se habían llevado a cabo muchas veces y en gran escala experimentos con reclusos y condenados a muerte, en particular en los propios Estados Unidos”⁷⁵. En los años veinte, ochocientos detenidos en las prisiones estadounidenses fueron infectados con el plasmodio de la malaria en un intento de

⁷³ Ibid. p.186.

⁷⁴ Ibid. pp. 186,187.

⁷⁵ Ibid. p.198.

encontrar un antídoto al paludismo. Las primeras investigaciones con cultivos del bacilo del beri-beri fueron dirigidas por Strong en Manila con condenados a muerte, a quienes se les prometió una condonación de la pena en caso de que sobrevivieran. También en Estados Unidos se llevan a cabo, hoy en día, experimentos con personas para estudiar el efecto de las radiaciones nucleares.

Platón se preguntaba, en *La República*, “pero ¿dónde comienza la transformación del protector en tirano? [...] el que ha gustado de entrañas humanas, desmenuzadas junto con las de otras víctimas, fatalmente queda convertido en lobo”⁷⁶. Se observa que el contrato social de la lógica de Hobbes desemboca en un poder soberano que vuelve cierta la frase de que el hombre es el lobo del hombre.

Existe un texto de Achille Mbembe que resume, en unas cuantas cuartillas, la idea de la soberanía de Agamben. Según el autor africano la “expresión última de la soberanía reside ampliamente en el poder y la capacidad de decidir quién puede vivir y quién debe morir. Hacer morir o dejar vivir constituye, por tanto, los límites de la soberanía, sus principales atributos. La soberanía consiste en ejercer un control sobre la mortalidad y definir la vida como el despliegue y la manifestación del poder”⁷⁷.

La guerra, para Mbembe, es un medio para establecer la soberanía. En la figura del esclavo, por ejemplo, la humanidad de la persona se desvanece a tal grado que es posible afirmar que la vida de un esclavo es propiedad de su amo. La vida del esclavo se convierte en una *cosa*, que puede ser *tomada* y apropiada. Cuando el poder soberano decide matar a alguien, pasa lo mismo, elimina todo valor de una vida, la cual puede, al carecer de valor, ser suprimida. El esclavo posee una pizca de humanidad toda vez que trabaja y produce, por eso, la simple aniquilación (de los judíos, por ejemplo) elimina ese gramo de humanidad que queda en el esclavo.

“La soberanía es la capacidad para definir quién tiene importancia y quién no la tiene, quién está desprovisto de valor y puede ser fácilmente sustituible y quién

⁷⁶ Ibid. p.140.

⁷⁷ Mbembe, Achille, Op. Cit., pp. 19,20.

no”⁷⁸. De ahí que el Estado pueda, por sí mismo, transformarse en una máquina de guerra. Por otra parte, puede apropiarse para sí de una máquina de guerra ya existente, o ayudar a crear una. Por eso se acepta, desde la época romana, un principio que los legisladores se esforzaron en recordar cuantas veces hiciera falta, a saber, que el derecho a la imposición es uno de los atributos del poder soberano. Parfraseando a Adrian Hastings: la soberanía es un mito peligroso si se considera necesariamente indivisible, tal como los ilustrados y los románticos europeos lo pensaron en su tiempo.

En los Estados modernos el control de la vida de propios y extraños recae en la figura de la soberanía; las acciones ejecutadas por el Estado están justificadas por el miedo de daño sobre *los nuestros*, lo que justifica acciones vergonzosas o, incluso, inhumanas. Para Aristóteles, por ejemplo, la decisión de realizar el acto vergonzoso hace que el individuo no sea libre, al estar sometido en última instancia a las condiciones del tirano. En las sociedades modernas las personas permiten no sólo actos vergonzosos, sino despiadados, con tal de no causar daños a *los suyos* o sufrirlos ellos mismos; en este sentido, las sociedades modernas no son libres, o, usando palabras de Aristóteles, poseen un carácter de esclavos.

Aristóteles, en la *Ética nicomaquea*, presenta una situación que se vive todos los días en los Estados modernos: “es el caso de un tirano que, dueño y señor de la vida de nuestros padres y nuestros hijos, nos empujara a una acción vergonzosa poniendo como condición que la realización de dicha acción salvaría a los nuestros, mientras que el rehusar implicaría su muerte”⁷⁹. Esto pasa todos los días en las sociedades modernas. Diariamente hay gente que decide apoyar a sus gobernantes en acciones militares y de guerra en contra de personas que, según los gobiernos, resultan ser peligrosas para la nación. Al poner en medio a la identidad nacional, los gobernantes modernos logran convencer a la población de que la violencia ejercida por ellos es legítima y consiste en una simple defensa.

⁷⁸ Ibid. p.46.

⁷⁹ Aristóteles, *Ética nicomaquea*, Aguilar, Madrid, 1982, p.42.

El movimiento político que acuña esta ideología por excelencia es el totalitarismo. En realidad, sucede un fenómeno curioso en la época moderna. Tanto los regímenes democráticos como los totalitarios tienen las mismas bases teóricas (las ideas liberales francesas e inglesas), sin embargo, los movimientos políticos totalitarios exaltan elementos desde una perspectiva diferente que los regímenes democráticos. La Alemania nazi, así como los Estados Unidos, representan, siendo dos regímenes opuestos (en el papel), los ejemplos más claros de países que, exaltando el nacionalismo de forma extrema, ejercen la violencia estatal soberana sobre los pueblos olvidados por la historia y sobre las personas más vulnerables.

Según Joel Flores Rentería, el totalitarismo es una “patología inherente a los Estados nacionales”⁸⁰. Esto es así porque los Estados-nación cuentan con el sustento teórico liberal que, llevado a sus últimas consecuencias, puede generar movimientos totalitarios con extrema facilidad. La idea de soberanía antes expuesta es la paradoja que conlleva a que la política sea desarrollada de tal forma en la época moderna que el mismo Carl Schmitt la entienda como una relación de amigo-enemigo.

No es fortuito que sea en la Alemania nazi donde el genocidio apareciera, por primera vez en la historia, como razón de Estado, como ejercicio de la soberanía popular. El judío, en este caso, es el extranjero por excelencia, pues en su calidad de miembro de un pueblo errante no tiene nacionalidad alguna; de ahí que la ideología nazi partiera del hecho de que “el judío debía ser exterminado para salvar al pueblo alemán”⁸¹ Así es como la matanza se vuelve razón de Estado. El quitar la vida se convierte en un acto soberano.

Sin embargo, como bien señala Agamben, la operación política que se ejerce desde la soberanía del poder es detallada y tiene su sustento en el orden legal. El poder soberano, como ya se señaló, tiene la capacidad de decidir qué vida carece de valor y qué vida sí lo tiene. A partir de ese momento, se le quita valor legal a una vida (o a millones de ellas), lo que ocasiona que el mismo sistema político excluya de su

⁸⁰ Flores, Rentería, Joel, Op. Cit., p.15.

⁸¹ Ibid. p.81.

esfera a las personas que el poder soberano decide que deben ser excluidas. Los nazis, antes de amenazar a los judíos con la muerte, crearon un espacio en donde la condición de éstos últimos era de ilegalidad. Si la ley no los reconocía como personas, como hombres con valor, entonces su exterminio estaba justificado incluso en términos de derecho. Por eso mismo Foucault dice que no existe la prisión fuera de la ley; cuando en 1933 se celebraba la elección de Hitler como canciller del *Reich* se creó un campo de concentración para prisioneros políticos confiado a la SS y puesto al margen del derecho penal y del derecho penitenciario.

Los castigos jurídicos sin tocar el cuerpo tienen, detrás, la lógica de que la ley es aplicada a un cuerpo jurídico antes que a uno físico; cuando se pierde el estatus de persona jurídica, los crueles actos contra el cuerpo reaparecen. El cuerpo está inmerso en un campo político. Las relaciones de poder lo convierten en una presa inmediata; lo cercan, lo marcan, lo doman, lo someten a suplicio, lo fuerzan a trabajos, lo obligan a ceremonias, etc. “El derecho de castigar será, entonces, un aspecto del derecho del soberano a hacer la guerra a sus enemigos: castigar pertenece a ese derecho de guerra, a ese poder absoluto de vida y muerte”⁸².

“El hombre, así, puede perder todos los llamados Derechos del Hombre sin perder su cualidad esencial como hombre, su dignidad humana. Sólo la pérdida de la comunidad misma le arroja de la Humanidad”⁸³. El poner, ideológicamente, a una cultura por encima de otras, hace que algunas comunidades eliminen a otras, primero privándolas de valor en sí, y luego matándolas de forma descarada. En las sociedades modernas, por la manera en que se expresa la política, “todo el que no está expresamente incluido se halla excluido”⁸⁴.

La Asamblea General de las Naciones Unidas declaró que el genocidio es un delito internacional puesto que es un acto del poder del Estado, y por lo tanto, éste atañe a la justicia internacional. Se entiende que la decisión soberana sobre la vida se eleva a un plano no sólo colectivo, sino institucional, al plano del Estado. Sin

⁸² Foucault, Michel, Op. Cit., p.59.

⁸³ Hannah, Arendt, *Los orígenes del totalitarismo 2. Imperialismo*, Op. Cit., p.431.

⁸⁴ Agamben, Giorgio, Op. Cit., p.573.

embargo, esta declaración sirve para liberar a la figura de la nación de toda responsabilidad, juzgando así a los sujetos en el plano individual. La despersonalización del poder en las sociedades modernas permite la perpetuidad de un poder injusto más allá de la muerte de las personas que lo ejecutan, es decir, se institucionaliza. Antes, en la época de la Revolución Francesa, por ejemplo, la muerte del déspota significaba el fin de los males; en los Estados modernos la muerte de los líderes no significa más que rotación de élites, pues el Estado y su estructura de poder se mantienen intactos.

El problema del poder soberano es que cualquier líder puede decidir de forma arbitraria quiénes son los enemigos y quiénes carecen de valor. El soberano es el único que puede decidir, como lo hicieron en su momento Hitler, Stalin y Mussolini, pero también Churchill, Truman, Roosevelt o Bush (líderes del *mundo libre*) quién será el próximo enemigo potencial y quién debe aniquilarlo para salvar a la humanidad.

Ni los judíos de la Alemania nazi ni los descendientes de las antiguas clases poseedoras en la Rusia soviética eran realmente sospechosos, sino que habían sido declarados (arbitrariamente) enemigos objetivos del régimen de acuerdo con la ideología de éste último. Por eso aquel que representa la categoría de enemigo objetivo cambia conforme la circunstancia; siempre se descubren nuevos enemigos. Los nazis, previendo la conclusión del exterminio de los judíos, habían dado los primeros pasos para la liquidación del pueblo polaco; la única condición para la elección de dicha categoría es que el elegido sea un enemigo plausible.

En 1940, el gobierno del III *Reich* dictaminó que los delitos comprendidos como alta traición contra el *Reich* (declaraciones maliciosas y agitadoras contra el Estado o el partido nazi) tenían que ser castigados con efecto retroactivo, no importando cuándo, quién, ni dónde hubieran sido cometidos. La característica de estructura dual que compartieron los dos grandes Estados totalitarios del siglo XX (Unión Soviética y Alemania nazi) es “que en ambos casos este poder se presenta como

expresión de un poder soberano”⁸⁵. A esta lista debe ser incluido Estados Unidos como país que actúa sobre otros con licencia soberana.

Por ello, Agamben dice que el haber pretendido restituir al exterminio de los judíos un aura sacrificial mediante el término holocausto es una irresponsable ceguera historiográfica. Los judíos no fueron exterminados en el transcurso de un holocausto, sino, literalmente, como Hitler había dicho: *como piojos*, es decir, como *nuda vida*. “La dimensión en que el exterminio tuvo lugar no es la religión ni el derecho, sino la biopolítica”⁸⁶.

La biopolítica es un término presentado por Michel Foucault que implica, básicamente, que la política tiene una estrecha relación con la vida. Los griegos lo diferenciaban, sin embargo, el autor de *Vigilar y castigar* advierte que en la Modernidad la política se encarga de la vida biológica, dando paso a la biopolítica. La política moderna pone, como su mayor prioridad, a la vida de las personas. El biopoder, entonces, es aquel que se ejerce de forma total sobre el cuerpo, sobre la mente y sobre la vida de las personas. En *Vigilar y castigar*, Foucault explica que el cuerpo se ha convertido en blanco de nuevos mecanismos de poder; se vuelve susceptible de operaciones específicas que tienen un orden, un tiempo, sus condiciones internas y sus elementos constitutivos. Por eso Žižek dice que la biopolítica es, en última instancia, “una política del miedo que se centra en defenderse del acoso o de la victimización potenciales”⁸⁷.

El ejercicio del biopoder, a través de la disciplina del cuerpo, supone un dispositivo que coacciona a través de la vigilancia. Se construyen “observatorios de la multiplicidad humana”⁸⁸; esto desemboca en una arquitectura del poder que permite un control articulado y detallado. Arquitectura que sirve a la transformación de los individuos, para apresar su conducta, conducir hasta ellos los efectos del poder, hacérselos sentir. Los campos de concentración y las prisiones militares de Estados Unidos ubicadas a lo largo del mundo, como Guantánamo y Abu Ghraib, así como

⁸⁵ Ibid. p.60.

⁸⁶ Ibid. p.147.

⁸⁷ Žižek, Slavoj, *Sobre la violencia*, Paidós, Argentina, 2013, p.56.

⁸⁸ Foucault, Michel, Op. Cit., p.200.

las horribles cámaras de tortura: Ansar I, ubicada al sur de Líbano, Ansar II, en Gaza, y Ansar III, en Negev, son los lugares donde se siembra la miseria y la muerte. Las matanzas bajo supervisión médica y las numerosas investigaciones médicas, biológicas y psicológicas que los científicos nazis hacían, dan muestra, según Jay Robert Lifton, del control total sobre la vida y la muerte.

El biopoder hace una “diferenciación que no es de los actos, sino de los individuos mismos, de su índole, de sus virtualidades, de su nivel o de su valor”⁸⁹. Se jerarquiza y separa a las *buenas* de las *malas* personas de forma arbitraria. Esta clasificación desemboca fácilmente en la idea de que la clase *vergonzosa* no existe sino para desaparecer. El que está sometido a un campo de visibilidad, y que sabe que lo está, reproduce por su cuenta las facciones del poder sobre sí mismo. El terror del enemigo imaginario juega el mismo papel: pone en alerta constante, genera miedo sin interrupción, crea incertidumbre en torno al momento en que éste pueda atacar.

En el Panóptico de Bentham, la torre del centro permite que todos los presos sean observados sin que ellos se vean entre sí, y sin que sepan cuándo son vigilados. “Hacer que la vigilancia sea permanente en sus efectos, incluso si es discontinua en su acción. Que la perfección del poder tienda a volver inútil la actualidad de su ejercicio”⁹⁰ es lo esencial. El objetivo es que el preso se sienta siempre vigilado aunque no sea así. Por todo esto es que el campo de concentración es “el paradigma mismo del espacio político en el punto en que la política se convierte en biopolítica”⁹¹. Puede concluirse, incluso, que la producción de un cuerpo biopolítico es la aportación más grande y original de la lógica del poder soberano. El Estado moderno pone a la luz la contradicción existente en la relación entre *nuda vida* y poder político.

La política moderna no conoce hoy ningún otro valor que la vida, y hasta que las contradicciones que de ello emergen no se resuelvan de fondo, nazismo y fascismo, que han hecho de la decisión sobre la *nuda vida* el criterio político supremo,

⁸⁹ Ibid. p.211.

⁹⁰ Ibid. p.233.

⁹¹ Agamben, Giorgio, Op. Cit., p.217.

seguirán siendo, a decir de Agamben, desgraciadamente actuales. Hasta que no se haga presente una política completamente nueva, es decir, que ya no esté fundada en la *exceptio* de la *nuda vida*, toda teoría y toda praxis seguirán sin encontrar camino alguno. Es decir, sólo una política que sea capaz de superar la escisión biopolítica fundamental de Occidente podrá poner fin a la guerra que divide a los pueblos y a las ciudades de la tierra. Pues se sabe, como dijo en su tiempo Schmitt, que “hoy día la guerra más aterradora sólo se realiza en nombre de la paz, la opresión más terrible sólo en nombre de la libertad, y la inhumanidad más atroz sólo en nombre de la humanidad”⁹².

⁹² Schmitt, Carl, Op. Cit., p.121.

Capítulo 3. Amin Maalouf y el problema de la identidad nacional.

Un enemigo es alguien cuya historia no hemos escuchado.

Wendy Brown

Primera parte. La explosión de la violencia como reflejo de las contradicciones del sistema.

La violencia tiene, al menos, dos formas de expresarse: de forma silenciosa y de forma ruidosa. Amin Maalouf, por ejemplo, se preocupa mucho por las expresiones visibles de la violencia ejercida por el Estado en nombre de la identidad nacional. Dedicar su esfuerzo intelectual a dilucidar cómo la pertenencia a una nación puede llevar a las personas a cometer actos reprobables. Por otra parte, hay autores que se centran en las manifestaciones cotidianas de esa misma violencia, que suelen ser silenciosas y poco visibles. Este ensayo aspira al equilibrio.

Slavoj Žižek aborda el tema de la violencia desde una perspectiva estructuralista. Žižek cree que el análisis sobre la violencia debe alejarse de las manifestaciones más visibles y espectaculares, de la violencia que es visible a simple vista, y que el estudio de un tema tan delicado como éste debe partir del supuesto de que es un problema estructural en las sociedades modernas.

El autor eslovaco explica que el sistema político-económico que rige a las sociedades modernas genera, por sus mismas contradicciones y antagonismos intrínsecos a él, muchas situaciones de violencia que no pueden ser percibidas fácilmente, pues éstas no estallan de forma aparatosa. No obstante, dice Žižek, el sistema todo el tiempo está reproduciendo la violencia. En su libro *Sobre la violencia*, Žižek explica que cuando se aborda el tema de la misma es necesario no dejarse seducir por la violencia espectacular, como los atentados terroristas o los crímenes de guerra, a fin de atender las causas de origen de dicho problema.

Aunque la postura de Žižek es muy clara, en su libro presenta una definición de violencia que contrapone su bagaje teórico con su convicción ideológica. La

violencia no es, como bien lo aclara, la agresión como tal, sino su exceso que perturba el curso normal de las cosas. Este exceso que perturba el orden de los acontecimientos es la expresión de la violencia en su máxima expresión, aunque también pueda ser silenciosa y sigilosa. Lo que sucede es que la violencia tiene etapas y niveles: cuando estalla en sus formas más notorias sucede que la violencia silenciosa (estructural) ha llegado a su punto más álgido. Cuando llega a niveles tan elevados que hay confrontación y agresiones físicas, las contradicciones del sistema se revelan ante los ojos del sujeto.

Este ensayo renuncia a la idea de no prestar atención a la violencia visible. En primer lugar porque el horror de la violencia refleja el horror del sistema mundo y, en segundo lugar, porque las expresiones de la violencia, las duras imágenes, las historias conmovedoras, las fotografías, los cuentos, las muertes y las pérdidas materiales y sentimentales de la gente son el camino del despertar de la consciencia. El sentido humanitario de lo que está mal sólo puede surgir tras una sensibilización *a priori* de lo que sucede en el mundo. El hacer un estudio de los casos más crudos de violencia tiene como objetivo remover en los lectores las fibras del sentido humanitario de los acontecimientos políticos. No obstante, en este ensayo queda tan claro que este tema es un problema estructural, que previamente a este capítulo, que aborda la violencia que estalla de forma ruidosa y aparatosa, se hizo un análisis de la teoría política que sustenta al sistema que reproduce la violencia día con día.

La violencia ejercida por el Estado no tiene uno sino varios orígenes. Son muchas las causas que motivan el accionar violento del aparato estatal en la Modernidad, sin embargo, la principal es la lucha por el control político y económico del mundo en su conjunto. La mayoría de las guerras, revoluciones, guerrillas, ocupaciones militares, entre otras expresiones del sistema neoliberal, tienen como causa primera la búsqueda del control económico y el ejercicio del poder político. Como señala Galeano, las guerras mienten. Las guerras dicen que ocurren por nobles razones, ya sea por la seguridad internacional, la dignidad nacional, la democracia, la

libertad, el orden, el mandato divino o el curso natural de la civilización; pero ninguna tiene la honestidad de declarar: “yo mato para robar”¹.

Casi cuatro millones de personas murieron en el Congo durante la guerra de 1998. Murieron por el coltán, aunque nadie en ese lugar sabía qué era eso. El coltán es un mineral raro y su nombre refiere a la mezcla de dos raros minerales más: la columbita y la tantalita. Nada valía el coltán hasta que se descubrió que era imprescindible para fabricar teléfonos celulares, naves espaciales, computadoras y misiles, y entonces pasó a ser más caro que el oro. Casi todas las reservas de coltán se encuentran en las arenas del Congo. El Congo, país rico en minerales, es pobre debido a su riqueza natural y a la maldición que esta situación acarrea.

En 1953 Irán anunció la nacionalización del petróleo. Estados Unidos e Inglaterra respondieron organizando, juntos, un golpe de Estado. El *mundo libre* amenazado hizo correr la sangre en la tierra del Sha Pahleví. En 1965, cuando Indonesia anunció la nacionalización del petróleo, Washington y Londres volvieron a organizar juntos un golpe de Estado. Nuevamente, el *mundo libre* amenazado llevó a cabo una guerra injusta e instauró la dictadura del general Suharto sobre una montaña de cadáveres. Medio millón, según los cálculos que más cortos se quedan, dice Galeano.

La obsesión contra Chávez en Venezuela está explicada, en gran medida, por el petróleo que existe en dicho país. Estados Unidos encabezó la campaña para perseguir y matar, en nombre de la democracia, al hombre que ganó nueve elecciones limpias.

Hace pocos años se declaró que Irán poseía armas nucleares. ¿Nada tiene que ver con el hecho de que éste país contenga una de las reservas de gas más bastas del mundo? ¿Qué peligro nuclear? ¿Fue Irán quien descargó las bombas sobre Hiroshima y Nagasaki?

¹ Galeano, Eduardo, “Las guerras mienten”. *Sinpermiso* [en línea] 2005, (09/Septiembre): [Fecha de consulta: 23 de Noviembre de 2018]. Disponible en <<http://www.sinpermiso.info/textos/las-guerras-mienten>>.

En 1978 se descubrió petróleo en el sur de Sudán. Siete años después se supo que las reservas llegaban a más del doble, y que se encontraban al oeste del país, en la región de Darfur. Allí ocurrió una matanza de dos millones de campesinos negros que estuvo respaldada con tanques y helicópteros estadounidenses. La guerra se disfrazó de conflicto étnico y religioso entre los pastores árabes islámicos y los labriegos negros cristianos. Pero sucede que las torres petroleras que se instalaron después de las matanzas están donde se encontraban las aldeas y los campos de cultivo incendiados. En tiempos más honestos el presupuesto de Defensa se llamaba presupuesto de Guerra, y el Departamento de Defensa se llamaba Departamento de Guerra.

Este último ejemplo de violencia es clave para entender cómo funciona el aparato ideológico en la construcción de la defensa de la guerra. La justificación de toda la violencia se hace, en la Modernidad, a partir de la construcción del enemigo y de la invención de la nacionalidad como el elemento que une a los hombres en bandos de guerra. Desde que nacieron las naciones a partir del Renacimiento y de la Ilustración, los hombres son agrupados a partir de sus nacionalidades.

La nacionalidad evoca varios elementos; sin embargo, su característica principal es la de utilizar la raza como su núcleo ideológico. Todas las naciones se centran en ella como ente constitutivo de la nacionalidad. Cuando los hombres comparten la raza, comparten todo lo demás. La raza está estrechamente vinculada a la lengua, al color de piel, a la estatura, a la historia y a los rasgos culturales, sin embargo, la raza, y, por ende, la nacionalidad, es algo que no se elige. Los hombres nacen en ciertos lugares y les es impuesta, desde niños, su esencia nacional. Cuando crecen, no tienen la oportunidad de elegir entre los muchos elementos que conforman su propia identidad, y se les obliga a reducir su carácter múltiple a uno sólo. “Podemos valorar la tradición cultural del lugar donde nos hemos criado y aun así preferir otra, reconociendo al mismo tiempo que la totalidad de la cultural humana es en sí misma de supremo beneficio para la persona”².

² Hastings, Adrian, *La construcción de las nacionalidades*, Cambridge University Press, Madrid, 2000, p.49.

La nacionalidad, tal como se construye hoy en día, conduce al racismo y a la xenofobia. La más sencilla revisión histórica demuestra que en todas las épocas las personas han ostentando múltiples identidades. Hay que abandonar la idea de que la comunidad étnica es pura y que debe ocupar un territorio exclusivo, pues está lógica es el origen de la violencia.

David Theo Goldberg explica que existen dos tradiciones de racismo: el naturalismo, fundado sobre la idea de inferioridad, y el historicismo, fundado sobre la idea de la inmadurez histórica. Ambos tienen las mismas consecuencias, a saber, el hecho de que haya grupos sociales que matan o desprecian la vida de otros a partir de creerlos inferiores, ya sea por la *inferioridad natural* o por la *inmadurez* ocasionada por el devenir histórico.

El problema de la raza como eje de la doctrina nacional es que esta postura ideológica excluye a todas las demás personas que no comparten las mismas características que las de un grupo específico, y, debe decirse, la totalidad de la humanidad es diferente entre sí. La pluralidad es la condición humana más elemental. El derecho de pertenecer a una minoría (lingüística, religiosa o del tipo que sea) sin convertirse en objeto de persecución, debería forma parte de las libertades individuales. La diversidad, hay que tenerlo presente, es un valor, no un obstáculo.

El problema es que si las personas se identifican con una comunidad de pertenencia sobre la base de la nación, el territorio, la lengua o la cultura, basan su sentido de responsabilidad únicamente sobre aquellos que son reconociblemente como ellos en todas esas formas, y se deslindan del resto de la humanidad: “la ley de la mayoría no es siempre sinónimo de democracia, libertad e igualdad; a veces es sinónimo de tiranía, sometimiento y discriminación”³.

La lengua es uno de los elementos que constituyen y conforman la nacionalidad de un sujeto. Se supone que al hablar la misma lengua, los hombres comparten la misma raza y el mismo pasado, lo que los hace ser compatriotas. No obstante, las

³ Maalouf, Amin, *Identidades asesinas*, Alianza Editorial, Madrid, 2009, p.200.

lenguas nacionales son semiartificiales, fueron inventadas. No son los cimientos de la cultura nacional sino intentos de inventar un idioma estandarizado partiendo de una multiplicidad de idiomas que realmente se hablan (o se hablaban) y que en lo sucesivo se degradan a dialectos.

Por eso es indispensable que una lengua, para que se convierta en nacional, trascienda lo oral y pase a lo escrito. Existe un claro ejemplo que demuestra cómo la lengua es un elemento nacional artificial. Los libros de texto de la historia de Inglaterra ofrecen las hazañas de un Gran Padre Fundador a quien todo niño debe llamar Guillermo el Conquistador; a estos niños nadie les dice que Guillermo no hablaba inglés, y que en realidad no habría podido hacerlo, puesto que la lengua inglesa aún no existía en sus tiempos.

La lucha por la nacionalidad y por la pureza étnica conduce al racismo, a la intolerancia y a la xenofobia. Aun cuando la más superficial inspección muestra que la homogeneidad étnico-racial no existe, muchas personas hoy en día están convencidas de que en el mundo hay pueblos perfectamente identificables y diferenciables unos de otros.

La intolerancia, y todos los crímenes a los que conlleva, surgen cuando un grupo tiene la certeza de que posee *la verdad*, y que dicha verdad es única e incuestionable; entonces se juzga a otros grupos con severidad y se intenta imponer una forma de vida sobre otras. Se aniquila toda posibilidad de diálogo. Hay *una* libertad (liberal) y hay que acabar con los enemigos de la misma, sólo hay un Dios y una religión verdadera que debe ser universal; hay razas inferiores y superiores, y las primeras deben ser gobernadas por las segundas.

Según el pensamiento nacionalista (racial), existe una correspondencia necesaria y cognoscible entre la infraestructura física y la superestructura psicopolítica: lo que quiere decir que a cada raza física corresponde un alma racial especial. Aceptar dicho razonamiento implica aceptar que hay razas superiores a otras. Günther, por ejemplo, lo creía así: según Günther el hombre nórdico es el de más juicio, el más veraz y el más activo, el hombre verdaderamente libre. Otto Hauser decía que los

hombres de Estado y los caudillos de todos los tiempos eran de genio puramente nórdico.

Por lo anterior es que desde el momento en que los pueblos europeos comenzaron a intentar incluir a todos los pueblos de la tierra en su concepción de Humanidad, se mostraron irritados por las grandes diferencias físicas entre ellos y los demás grupos. Al disolver la actitud histórica del pueblo, siempre racial y étnicamente mezclado, la idea de raza implica la vuelta, en su más crudo sentido, al ser ahistórico. Se desconoce la historia, se niega la evidencia. La memoria colectiva es una construcción social, se seleccionan los hechos del pasado y son jerarquizados; la memoria común implica que las memorias particulares se conviertan en idénticas. Por ello es que el olvido es igual de constitutivo de la identidad que la memoria y el recuerdo.

Arthur de Gobineau expuso la idea de que la cultura sólo surge con y a partir de la mezcla de razas. La cultura es resultado de una interrelación de pueblos diferentes que tienen en común una cosa más importante que la nacionalidad: la humanidad. Achille Mbembe dice que “el desbordamiento de las divisiones de clase, la delincuencia del Estado y el florecimiento de una voluntad verdaderamente general no pueden, en efecto, más que implicar una concepción de la pluralidad humana como obstáculo principal a la realización final del *telos* predeterminado de la Historia”⁴. La pluralidad humana es la regla y no la excepción y, en esta cita donde Mbembe hace una crítica a Rousseau y a Marx, se explica de forma clara que la intención de eliminar todo tipo de diferencias entre los hombres no es más que una necesidad ideológica que olvida que la historia no está predeterminada y que su curso puede ser direccionado por los hombres.

Si la universalidad cultural se pierde de vista se cae, irremediablemente, en un particularismo en el que la idea de bien siempre es construida de forma individual; se pierde todo criterio de justicia y, entonces, florece el totalitarismo, y con él la dominación absoluta de los sujetos. “Para que exista el diálogo es necesario que

⁴ Mbembe, Achille, *Necropolítica*, Melusina, España, 2011, p.30.

exista algo en común”⁵. Homi Bhabha apunta que “la diferencia cultural es irreductible y revela la cualidad híbrida y la ambivalencia de la identidad nacional en cada Estado”⁶. Por eso las comunidades y los grupos étnicos en las sociedades modernas, forzosamente, deben coexistir prescindiendo de la retórica que sueña con que la nación vuelva a ser pura y se vea libre de mezclas.

En *Patatas arriba*, Galeano dice que “nuestra identidad, múltiple, realiza su vitalidad creadora a partir de la fecunda contradicción de las partes que la integran. Pero hemos sido amaestrados para no vernos. El racismo, mutilador, impide que la condición humana resplandezca plenamente con todos sus colores”⁷. ¿Qué ha sucedido? La idea de raza se ha trocado como arma y justificación para las guerras nacionales. Y, como señala Hannah Arendt, “nadie advirtió en el universal y permanente instrumento de unidad el germen de una guerra universal y permanente”⁸.

La historia del continente africano resulta reveladora en ese sentido. Razas inferiores y superiores, pueblos elegidos, personas no personas, racismo irracional y guerras justificadas bajo la supuesta superioridad de los blancos sobre los negros, son los elementos que constituyen la historia del África, un continente que ha padecido, desde su primer contacto con la civilización occidental, las penas de la incompetencia humana.

La colonización de África estuvo legitimada bajo un discurso racista de pueblos elegidos para gobernar y pueblos condenados a ser gobernados. El mandato divino otorgaba a los blancos la tarea de mandar y a los negros la tarea de padecer. Muy parecido a lo que ocurriría después en América, en el continente negro los europeos se sentían amos y señores de todo lo que ahí existía.

El imperialismo inglés, que encontró en el racismo su más indiscutible justificación, aseguraba a través de sus funcionarios que el continente africano estaba poblado

⁵ Flores, Rentería, Joel, *Totalitarismo*, Casa abierta al tiempo, México, 2003, p.134.

⁶ Smith, D. Anthony, *Nacionalismo y Modernidad*, Istmo, Madrid, 2000, p.354.

⁷ Galeano, Eduardo, *Patatas arriba*, Siglo XXI, México, 2001, p. 58.

⁸ Arendt, Hannah, *Los orígenes del totalitarismo 2. Imperialismo*, Alianza Editorial, Madrid, 1987, p.245.

por *razas inferiores*. Los europeos “trataron a los nativos como materia prima y vivieron de ellos como uno puede vivir de los frutos de los árboles silvestres”⁹. La dominación británica en África del sur difícilmente podría explicarse sin el racismo. Inglaterra colonizó Egipto, India, Sudáfrica, entre otros.

Los holandeses en África, como los judíos, creían firmemente en sí mismos como pueblo elegido, con la diferencia esencial de que eran los elegidos no para la salvación divina de toda la Humanidad, sino para la tediosa tarea de la dominación de otros pueblos. Hubiera sido muy útil contar en esos momentos que según los viejos sabios de la región colombiana del Chocó, Adán y Eva eran negros, y negros eran sus hijos Caín y Abel. Cuando Caín mató a su hermano tronaron las iras de Dios, y ante las furias del señor el asesino palideció de culpa y miedo, y tanto palideció que blanco quedó hasta el fin de sus días. Los blancos son, todos, hijos de Caín.

A fines del siglo XIX, cuando el imperialismo entendió que era más fácil, y más barato, seducir que matar, las potencias coloniales europeas se reunieron en Berlín para repartirse el África. Fue larga la pelea por el botín colonial: las selvas, los ríos, las montañas, los suelos y los subsuelos, hasta que las nuevas fronteras fueron dibujadas y, en 1885 se firmó, en nombre de *Dios Todopoderoso*, el Acta General. Los amos europeos tuvieron el buen gusto de no mencionar el oro, los diamantes, el marfil, el petróleo, el caucho, el estaño, el cacao, el café ni el aceite de palma. Dijeron que actuaban movidos por el deseo de *favorecer el desarrollo del comercio y de la Civilización* y, por si hubiera alguna duda, aclararon que su intención era *aumentar el bienestar moral y material de las poblaciones indígenas*. Así Europa dibujó el mapa de África. Ningún africano estuvo, dice Galeano, ni de adorno en esa reunión cumbre.

Varios siglos después del imperialismo europeo en África, durante la Segunda Guerra Mundial, el racismo nacionalista volvió a ofrecer uno de sus peculiares espectáculos de degradación de los pueblos *inferiores* y desprecio de la vida humana. En 1924, Hitler dictó desde prisión su libro *Mi lucha*, en donde dijo que

⁹ Ibid. p.297.

todas las culturas del pasado han sucumbido sólo porque la raza originalmente creativa murió por causa del envenenamiento de la sangre. Catorce años después, Mussolini proclamó en su Manifiesto de la raza: los caracteres físicos y psicológicos puramente europeos de los italianos no deben ser alterados de ninguna manera. Ya es tiempo de que los italianos se proclamen francamente racistas.

El racismo, aunque sólo en Alemania fuera doctrina estatal, era tendencia de la opinión pública en la mayor parte de Europa. “Los nazis estaban seguros de que su mejor propaganda sería su misma política racial”¹⁰, y estaban en lo correcto. Según Hitler, el Estado era sólo un medio para la conservación de la raza. Uno de los eslóganes más famosos del partido nazi decía: *justo es lo que es bueno para el pueblo alemán*. De ahí que todo acto, aun inhumano, como los campos de concentración y de exterminio, estuviera justificado y explicado por la superioridad de la raza aria alemana.

Hitler supo “cómo utilizar el principio jerárquico del racismo, cómo explotar la afirmación antisemita de la existencia de un pueblo *peor* para organizar adecuadamente al mejor [...] cómo generalizar el complejo de superioridad de los pan-movimientos de forma tal que cada pueblo, con la necesaria excepción de los judíos, pudiera despreciar al que era aún pero que él mismo”¹¹. La élite del partido nazi tenía un cuidadoso entrenamiento que le permitía tener la incapacidad de diferenciar la verdad de la mentira; una incapacidad que le impedía ver los hechos con objetividad, lo que generó una lealtad ciega. Debido a ello se pudo llevar a cabo lo que Himmler llamó una *lucha racial sin piedad*, la cual eliminaba a todo el que no pudiera hacer remontar su ascendencia aria hasta 1750, o al que midiera menos de 1.75 metros, o al que no tuviera ojos azules y pelo rubio. Los nazis no sólo excluían a los judíos, sino a todos los alemanes con ascendencia judía. Se revisó el árbol genealógico de 80 millones de alemanes.

La persecución de los judíos los volvió extranjeros en todos lados. No encontraban un lugar donde habitar sin sentirse ajenos. Repentinamente, ya no había un lugar

¹⁰ Ibid. p.251.

¹¹ Ibid. p.358.

en la tierra al que pudieran ir los migrantes sin encontrar las más severas restricciones. “El único sustitutivo práctico de una patria inexistente era un campo de internamiento”¹², hablando de los refugiados y de los judíos. Ante el discurso de la nación, los que no tenían una sólo podían ser canalizados a los campos de internamiento, pues ese era el único *país* que el mundo podía ofrecer al apátrida.

La ideología racista, maquillada con el discurso nacionalista, dejó escuela desde tiempos remotos. Apenas se había descubierto América, los intelectuales de toda Europa comenzaron a generar discursos en donde los nativos eran catalogados como seres inferiores e incivilizados. Más tarde, los fundadores de los Estados Unidos de América, bajo los efectos de una inconsciencia histórica absoluta, adoptaron el mismo discurso y las mismas ideas racistas (nacionalistas).

La doctrina Monroe, de 1823, tiene detrás la lógica de un sentimiento de superioridad del pueblo estadounidense sobre los demás pueblos del continente americano. El presidente William Howard Taft dijo: no es lejano el día en el que “todo el hemisferio será nuestro, puesto que, en virtud de la superioridad de nuestra raza, ya lo es moralmente”¹³. Para los Estados Unidos su posición en el continente americano era, y es, igual a la de los europeos respecto del africano: ambos pretenden llevar la civilización a donde creen que no existe.

Años después de las declaraciones de Taft, el secretario de Estado durante la administración del presidente Wilson, Robert Lansing, dijo respecto de los países latinoamericanos que “hay unos niños desobedientes que están ejerciendo todos los privilegios y derechos de los adultos, que precisan una mano rígida, una mano autoritaria”. Y los Estados Unidos instauraron dictaduras militares en casi todo el sur del continente.

Los Estados Unidos sienten que tienen un compromiso, una obligación, una especie de designio divino con la paz mundial. Sólo que piensan que lo que es bueno para ellos es bueno para el resto del mundo. Como dice Chomsky, ciudadano estadounidense, “hay mucha gente en el mundo que ha sufrido lo que llamamos

¹² Ibid. p.414.

¹³ Chomsky, Noam, *La quinta libertad*, Crítica, España, 2004, p.97.

libertad”¹⁴. Esta patología viene desde muy atrás. Los ingleses llevaban siglos matando, en nombre de la civilización, a los pueblos que creían inferiores. En 1919, Winston Churchill, quien presidía el British Air Council, declaró: “no consigo entender tantos remilgos sobre el uso del gas. Yo estoy muy a favor del uso de gas venenoso contra las tribus incivilizadas. Eso tendría un buen efecto moral y difundiría un perdurable terror”¹⁵. En 1937, ofreciendo un discurso ante la Palestine Royal Commision, dio una de sus frecuentes lecciones de filosofía de la historia de la humanidad: “yo no admito que se haya hecho nada malo a los pieles rojas de América, ni a los negros de Australia, cuando una raza más fuerte, una raza de mejor calidad, llegó y ocupó su lugar”¹⁶.

Haciendo la revisión más superficial sobre los conceptos políticos se observa que el liberalismo está vinculado a la aceptación de la diversidad y a la tolerancia de las diferentes formas de vida. Aunque se esté convencido de que una religión, una ideología, un régimen político o una forma de gobierno sea mejor que las demás, el liberalismo no aspira a imponerlos por la fuerza, pues éste está fundado en la pluralidad misma. En el momento en que “para defender nuestra seguridad, entramos en un territorio ajeno y le imponemos un régimen que consideramos preferible, nos hemos salido de la óptica liberal y hemos pasado a la lógica imperial”¹⁷.

Un individuo, entonces, puede creer que lleva una vida mucho más respetable que la de su vecino, pero, si vive en una democracia, no tiene derecho a imponer por la fuerza su modo de vida a los demás. Frente a la intolerancia debe triunfar el respeto a la otredad. Éste último parte de una constatación, a saber, la extraordinaria diversidad existente entre las personas y las sociedades y, además, ayuda a postular una separación, completamente necesaria, entre las diferencias tolerables y las que no lo son. No es posible aceptarlo todo, pues eso significaría que, en nombre de la tolerancia, todo está permitido, lo cual es sólo demagogia.

¹⁴ Chomsky, Noam, *La nueva guerra contra el terror*, Paradigmas y utopías, México, 2001, p.62.

¹⁵ Galeano, Eduardo, *Los hijos de los días*, Siglo XXI, México, 2014, p.38.

¹⁶ Ibidem.

¹⁷ Todorov, Tzvetan, *El nuevo desorden mundial*, Atalaya, España, 2003, p.31.

Es necesario renunciar a la idea nacionalista que implica el racismo entre pueblos que comparten la misma humanidad. Las historias hasta aquí presentadas tienen como objetivo demostrar que el racismo puede, como dice Hannah Arendt, llevar a la ruina al mundo occidental y, qué duda cabe, al conjunto de la civilización humana. “Pese a lo que los cultos científicos puedan afirmar, la raza no es, políticamente hablando, el comienzo de la humanidad, sino su final; no es el origen de los pueblos, sino su declive, no el nacimiento natural del hombre, sino su muerte antinatural”¹⁸.

Jürgen Habermas dice que el reconocimiento de las diferencias (el reconocimiento mutuo del otro en su alteridad) puede convertirse también en la marca de una identidad común. Hay que apelar al reconocimiento del otro como una posibilidad de mejora y no como una opción de venganza. Habermas pide algo de sentido común. Pide fundar la unidad de las sociedades en la humanidad, es decir, en algo que, lejos de excluir a la mayoría de la población del mundo, la acoja.

Segunda parte. La invención del enemigo y su combate.

En el capítulo anterior se abordó el tema de la construcción del enemigo común en las sociedades modernas. Se hizo una revisión de cómo la teoría de Carl Schmitt parte del supuesto de que la categoría política fundamental en la época moderna se basa en la relación de amigo-enemigo. Más de cincuenta años después, Samuel Huntington, en su libro *El choque de civilizaciones*, desarrolló una idea muy similar a la de Schmitt. Huntington veía en cada relación entre naciones un choque de sociedades que luchaban por la supremacía cultural. En dicho libro se puso de manifiesto la vigencia de la teoría que postula que el mundo está lleno de enemigos, y que en nombre de la seguridad es loable defenderse haciendo la guerra y matando a los demás seres humanos.

¿Por qué nace la idea del otro como amenaza? En su libro *El miedo en occidente*, Jean Delumeau explica que el miedo, elemento constitutivo de la condición humana, es el motor de toda la historia de la humanidad. Hobbes escribió el *Leviatán* pensando, de igual manera, que el miedo es el combustible humano. Por el miedo

¹⁸ Arendt, Hannah, *Los orígenes del totalitarismo 2. Imperialismo*, Op. Cit., p.250.

se ha hecho o dejado de hacer todo lo que es y lo que no es en el mundo. En el mundo moderno, la nación direcciona el miedo y le otorga el sentido político necesario para lograr la dominación total de los sujetos y el triunfo económico de unos grupos sobre otros.

Como los hombres saben que no sólo sus intereses, sino también sus identidades mismas y su supervivencia están vinculadas a la nación, muestran esa gran devoción hacia ella y están dispuestos a realizar los mayores sacrificios cuando la creen en peligro. Según Sigmund Freud, el prójimo es “una cosa, un intruso traumático, alguien cuyo modo de vida diferente [...] nos molesta, alguien que destruye el equilibrio de nuestra manera de vivir y que cuando se acerca demasiado puede provocar una reacción agresiva con vistas a desprenderse de él”¹⁹.

En la teoría del psicoanálisis puede encontrarse una explicación a dicha situación. Tanto Lacan como Freud ofrecen elementos para desentrañar esta aversión por el otro. De la lengua maya viene la frase “yo soy otro tú, tú eres otro yo”²⁰. En la Modernidad, a diferencia de los tiempos mayas, la construcción del yo no se hace a partir del otro, se hace de forma narcisista y egoísta, lo que desemboca en la formulación de una identidad falsa, incompleta al faltarle una parte de su esencia, la cual es negada al no aceptar al otro como un complemento y sí como un peligro; hay una tendencia a la negación de la asimilación de lo diferente. No obstante, para afirmar su identidad, el sujeto depende enteramente de otras personas, del otro. Por eso la famosa frase de Arthur Rimbaud, *yo soy otro*.

En las sociedades contemporáneas el sujeto obtiene su especificidad definiéndose contra lo que está fuera de él (contraponiéndose y no autoincluyéndose), de manera que la diferenciación externa resulta ser fundamental para explicar la diferenciación interna. Cuando ocurre, entonces, que un grupo de personas representa una amenaza a las condiciones culturales de la humanización y de la ciudadanía, la base racional de su tortura y muerte está asegurada.

¹⁹ Žižek, Slavoj, *Sobre la violencia*, Paidós, Argentina, 2013, p.76.

²⁰ Galeano, Eduardo, *Los hijos de los días*, Op. Cit., p.97.

Emmanuel Lévinas propone abandonar la afirmación de mismidad que subyace a la universalidad y reemplazarla por el respeto a la otredad. Siguiendo a Lévinas se puede decir que cuando se categoriza a los otros como *problemas de seguridad*, se termina por borrarles el rostro. Esta es la matriz de la deshumanización; el sujeto, al ser despojado de un rostro éticamente significativo (por ser considerado amenaza de la seguridad nacional) se vuelve blanco de las medidas de seguridad: la tortura, la prisión sin pruebas, el maltrato, etc. Incluso cuando “los extraños no se muestran agresivos ni demuestran o explicitan hostilidad, producen malestar en un nivel *subconsciente*”²¹.

El nacionalismo insiste siempre en que su propio pueblo está rodeado de enemigos: uno contra todos. Insiste en que existe una fundamental diferencia entre los suyos y los otros. Reivindica a su pueblo como único, irremplazable e incompatible con los demás. Así construye al enemigo y justifica la violencia. Por eso Mbembe dice que una de las construcciones imaginarias de la Modernidad es “la percepción de la existencia del otro como un atentado a mi propia vida, como una amenaza mortal o un peligro absoluto cuya eliminación biofísica reforzaría mi potencial de vida y de seguridad”²². Hay que entender que lo político no implica, necesariamente, una relación de guerra contenida, y que la racionalidad de la vida no pasa necesariamente por la eliminación del otro, aunado a esto, la idea de la soberanía no debería consistir en la voluntad de matar.

Matar, dice Elías Canetti en *Masa y poder*, constituye el primer grado de la supervivencia. El superviviente es aquel que ha peleado contra una jauría de enemigos y no sólo logró escapar, sino que mató a sus contrincantes. Y, según Martin Heidegger, “cada enemigo masacrado aumenta el sentimiento de seguridad del superviviente”²³. Chomsky explica en muchos de sus libros que “la idea de que *nosotros* nos enfrentamos a *ellos* es un elemento fundamental de nuestro sistema ideológico, que tiene tanto mérito como los dogmas de otros cultos religiosos”²⁴.

²¹ Bauman, Zygmunt, *Daños colaterales*, FCE, México, 2015, p.86.

²² Mbembe, Achille, Op. Cit., p.24.

²³ Ibid. p.66.

²⁴ Chomsky, Noam, *La quinta libertad*, Op. Cit., p.82.

Las consignas idealistas deben pregonarse en público constantemente a fin de pacificar a la población doméstica, pues la discusión pública no tendría un buen final ni un buen efecto propagandístico si no se afirmara que los objetivos internacionales de Estados Unidos, por ejemplo, son la cooperación y no la hegemonía y el dominio, la asociación y no la confrontación, la vida digna para el mundo y no la explotación. De ahí la hipócrita preocupación por los derechos humanos y la democracia.

Es decir, “ninguna nación-Estado podría, con la conciencia tranquila, tratar de conquistar a pueblos extranjeros, dado que semejante conciencia procede sólo de la convicción de la nación conquistadora de que está imponiendo a los bárbaros una ley superior”²⁵. H. L. Mencken decía: “los políticos no pretenden otra cosa que mantener a la plebe aterrorizada (y clamando por su seguridad) a base de amenazarles con una retahíla interminable de fantasmas, todos ellos imaginarios”²⁶.

Como puede advertirse, la construcción de Occidente ha legitimado, y legitima hoy en día, la hegemonía política y económica de Europa a partir de una supuesta superioridad étnica, racial y cultural. Ahora bien, cuando una población o un grupo parecen constituir una amenaza a la vida, sus integrantes no aparecen como vidas sino como una amenaza a la propia vida. El asunto es que toda guerra tiene el inconveniente de que exige un enemigo: “sin la provocación, amenaza o agresión de uno o varios enemigos, espontáneos o fabricados, la guerra resulta poco convincente, y la oferta de las armas puede enfrentar un dramático problema de contracción de la demanda”²⁷.

De esta construcción del otro como una amenaza nacen la guerra contra el terrorismo, la guerra simple y llana, la tortura como método de guerra, las purgas de los regímenes totalitarios, las ocupaciones militares estadounidenses, los apoyos y rearmes militares. La guerra contra el terrorismo, por ejemplo, ha sido descrita en las altas esferas como “la lucha contra una plaga, un cáncer esparcido por los

²⁵ Arendt, Hannah, *Los orígenes del totalitarismo 2. Imperialismo*, Op. Cit., p.210.

²⁶ Chomsky, Noam, *La quinta libertad*, Op. Cit., p.339.

²⁷ Galeano, Eduardo, *Patatas arriba*, Op. Cit., p.125.

bárbaros, por depravados enemigos”²⁸. En Bélgica, por ejemplo, el dirigente del partido Interés Flamenco, declaró: “el islam es el enemigo número uno no sólo de Europa, sino también de todo el mundo libre”²⁹.

George W. Bush dijo, casi como para comprobar que el miedo es la pasión dominante del hombre: *el mundo es un lugar peligroso*. Y esta certeza fue la justificación del despliegue militar y del apoyo a la industria de la guerra más grandes en la historia de los Estados Unidos, así como del presupuesto de Guerra (que desde 1947 se llama presupuesto de Defensa) más grande del orbe. En el mundo actual los enemigos son inventados (en muchos casos sólo imaginados), no existen realmente, y esto ocasiona que todos se vuelvan sospechosos. El sospechoso es detenido porque se le considera capaz de cometer un delito que más o menos encaja en su personalidad, o en su sospechada personalidad.

En la época moderna se caza a los que cometen el delito de portar la cara equivocada. De hecho, todo ser humano, por su capacidad inherente de pensamiento, es sospechoso, pues cualquiera puede pensar un delito, tal como lo imaginó Orwell cuando inventó la figura del *crimetal*. Por otro lado, una conducta ejemplar no puede ser un elemento para descartar a un sospechoso pues el hombre tiene capacidad de engaño y actuación: nadie está a salvo.

Por todo esto, es un rasgo común la profunda inestabilidad y el gran nivel de preocupación que provocan las *amenazas a la estabilidad* en la sociedad norteamericana, y en general en todo el mundo. Hitler fue el padre inventor de las *guerras preventivas*, es decir, de las guerras que se justifican por el posible daño que alguien pueda ocasionar. Matar antes de que el otro se aproxime. Hitler invadió Polonia porque Polonia iba a invadir Alemania. Mientras un millón y medio de soldados alemanes se derramaban sobre el mapa polaco, y una lluvia de bombas caía desde los aviones, Hitler exponía su doctrina de las guerras preventivas: *más vale prevenir que curar, yo mato antes de que me maten*. Lewis Carroll, a través de

²⁸ Chomsky, Noam, *El terror como política exterior de Estados Unidos*, Libros del Zorzal, Argentina, 2005, p.50.

²⁹ Todorov, Tzvetan, *El miedo a los bárbaros*, Galaxia Gutemberg, México, 2013, p.22.

la reina de corazones dice: ahí está el criminal recibiendo su castigo, su delito será cometido, claro, después de las cinco, y evocando al sentido común, Alicia pregunta: ¿y si nunca comete el delito?

El 30 de Octubre de 1938 aterrizaron las naves espaciales en las costas de los Estados Unidos y los marcianos se lanzaron al ataque. Tenían tentáculos feroces, enormes ojos negros que arrojaban rayos ardientes y una babeante boca en forma de V. Muchos despavoridos ciudadanos salieron a las calles envueltos en toallas mojadas para protegerse del gas venenoso que los marcianos emitían, otros más prefirieron encerrarse a trancas, bien armados, en espera del combate final. “Orson Welles había inventado esta invasión extraterrestre, y la había transmitido por radio. La invasión era mentira, pero el miedo era verdad. Y el miedo continuó: los marcianos fueron rusos, coreanos, vietnamitas, cubanos, nicaragüenses, afganos, iraquíes, iraníes...”³⁰.

Esta anécdota del miedo inventado deja de ser caricaturesca cuando se observa que el miedo ha sido instrumentalizado para hacer la guerra contra numerosos países del mundo. Chomsky identifica tres momentos en que el crecimiento regular del sistema militar norteamericano aumentó espectacularmente debido al miedo: el principio de la década de los cincuenta, los inicios de la década de los sesenta y a principios de los años 80's. En los tres casos la retórica fue la de un enemigo que ponía en peligro la estabilidad y la existencia de la cultura estadounidense. En los tres momentos fue una mentira.

A principios de la década de los cincuenta la razón era la guerra contra Corea. Este país era presentado como la prueba máxima de las intenciones de la Unión Soviética de conquistar el mundo. En 1948, en la isla de Cheju, una de las campañas contrarrevolucionarias más brutales de la historia dejó un saldo de entre 30,000 y 40,000 personas muertas. En dicha ocasión el presupuesto militar casi se había cuadruplicado.

³⁰ Galeano, Eduardo, *Los hijos de los días*, Op. Cit., p.342.

El segundo momento fue el rearme militar durante la administración de Kennedy para solucionar una presunta desventaja de misiles. En este caso el peligro eran los cuatro ICBM operativos situados en una sola planta de ensayo, por lo que Kennedy ordenó la fabricación de mil misiles Minuteman.

El tercer y último caso fue en la época de Reagan: se decía que una presunta *ventana de vulnerabilidad* permitía a la URSS dejar fuera de combate al 90% de los ICBM estadounidenses; bajo dicha situación Moscú podía emprender cualquier tipo de ataque militar sin temor a las respuestas de Washington. En cada uno de estos casos la amenaza era una mentira. En los últimos dos los rearmes siguieron adelante a pesar de admitirse que la causa que los motivaba era un invento.

En 1899 Estados Unidos se *defendió* de Filipinas. Se decía que los filipinos eran una amenaza a la soberanía nacional. El presidente Roosevelt escribió en su libro *The Winning of the West*, “es la guerra contra los salvajes para establecer las bases de la futura grandeza de los poderosos, parte de un proceso de incalculable importancia encaminado a suprimir los aborígenes cobrizos, negros y amarillos que poseían gran parte del mundo en favor de las razas dominantes”³¹.

En 1979 se afirmó con toda seriedad que Granada (un minúsculo territorio caribeño) era una amenaza a la seguridad de la nación norteamericana. El caso de Laos, en 1961, es aún más representativo pues ahí se vivió uno de los bombardeos más feroces de la historia de la humanidad; la operación militar fue guiada por antiguos colaboradores franceses y por la CIA. Un caso más es la operación Puño de Hierro de Shimon Peres en marzo de 1985 contra el sur del Líbano, la cual consistió en una gran matanza de lo que el ejército israelí llamaba *aldeanos terroristas*.

Durante la Guerra Fría, el papel de Stalin y de Mao Tse-Tung en el sistema doctrinal estadounidense fue el de legitimar el asalto y las invasiones norteamericanos a otros países acusados de ser comunistas y, por eso, enemigos de la libertad. El símbolo de la amenaza de una revolución comunista se convirtió en el pretexto perfecto, como lo fue para el nazismo alemán y el fascismo italiano años antes, por el cual

³¹ Chomsky, Noam, *La quinta libertad*, Op. Cit., p.141.

los patrióticos y confundidos ciudadanos se afanaron en la defensa de lo que para ellos parecía ser la seguridad de su nación, sin embargo, la guerra era la defensa, únicamente, del *status quo* norteamericano.

Durante los años en que existió la Unión Soviética los enemigos eran los comunistas. Todo aquel que vistiera de rojo era enemigo de la libertad. En esos años se declaró que Guatemala era un instrumento de la conspiración comunista internacional, por lo que recibió fuertes amenazas, como el envío a Nicaragua de bombarderos del Mando Aéreo Estratégico (SAC) equipados con armas nucleares.

En el sur de África también se dieron este tipo de casos de uso del terror por parte de quien se supone lo combate: sólo durante la administración de Reagan (1981-1989) hubo alrededor de un millón y medio de muertos en Angola y Mozambique, ya que en esos años el Congreso Nacional Africano de Nelson Mandela estaba catalogado como uno de los grupos terroristas más peligrosos del mundo. En todos los casos los Estados Unidos se estaban *defendiendo* de los grupos peligrosos. Según palabras de Kennedy, todas eran medidas preventivas contra el *núcleo del mal* y contra la *monolítica e inexorable conspiración*.

Pasaron los años y Bush hijo decidió, el 29 de Enero de 2002, que el *Eje del Mal* estaba compuesto por Irak, Irán y Corea del Norte. El Eje del Mal nació a partir de los atentados contra las Torres Gemelas en Septiembre de 2001. En dicha ocasión, el apoyo político de las masas nuevamente tuvo un increíble incremento tras los atentados a las Torres Gemelas, al Pentágono y a la Casa Blanca. Según narra Susan Sontag, después de que las Torres Gemelas se derrumbaron, el sentimiento patriótico estadounidense se disparó. Las banderas pendían de las ventanas de los apartamentos y de las casas, cubrían las fachadas de tiendas y restaurantes, ondeaban en las grúas y en las antenas de los coches. Bush nunca tuvo, y ningún presidente norteamericano había, ni ha tenido, un apoyo tan grande como el de aquel pos ataque: 90% de aprobación popular.

La guerra contra el terror, desatada por los altos funcionarios norteamericanos, declaró la tercera guerra mundial infinita, inacabable. Dicha guerra, que justificó, en primera instancia, la invasión de Afganistán e Irak, acarrió la inevitable

deshumanización de todo aquel que el gobierno de Bush declaraba posible terrorista. El Comité Internacional de la Cruz Roja informó que entre el 70 y el 90% de los reclusos tenían como único crimen el ser sospechosos. Pero la guerra contra el terrorismo islamista siempre se autoafirma como legítima defensa. Bush actuaba, según su propia retórica, para “llevar la libertad a otras personas y para garantizar la seguridad de su propio país”³².

Los orígenes de la guerra contra Irak en 2003 fueron, según el gobierno de Bush, que el régimen iraquí poseía y ocultaba algunas de las armas más mortíferas que se conocían en esos momentos, además de que había prestado apoyo al terrorismo internacional, incluyendo a Al Qaeda, entrenando y alojando agentes de ese grupo. El argumento de que Irak constituía una amenaza nuclear se apoyaba en dos argumentos que resultaron ser falsos: un contrato con Níger y un informe supuestamente secreto que en realidad era un trabajo de fin de curso de un estudiante.

La historia de Irak como enemigo ha sido larga. A fines de los años ochenta Saddam Hussein fue demonizado por los mismos medios de comunicación que antes lo habían sacralizado. Cuando se convirtió en el *Satán de Bagdad*, dice Galeano, Hussein pasó a ser la estrella de la maldad de la política mundial, y el mentidero de los medios se ocupó de convencer al mundo de que Irak representaba un peligro para el género humano. A principios de 1991, los Estados Unidos lanzaron la Operación Tormenta del Desierto con el respaldo de veintiocho países y del numeroso público. Medio millón de almas se llevó aquella *hazaña* norteamericana. “Los Estados Unidos, que venían de invadir Panamá, invadieron Irak porque Irak había invadido a Kuwait”³³.

En 1990 comenzó la Guerra del Golfo contra Irak. Parafraseando lo que cuenta Galeano: fue un interminable y obscuro espectáculo de homenaje a las armas de alta tecnología y de desprecio a la vida humana. En esta guerra de máquinas, protagonizada por satélites, radares y computadoras, las pantallas de la televisión

³² Todorov, Tzvetan, *El nuevo desorden mundial*, Op. Cit., p.27.

³³ Galeano, Eduardo, *Patatas arriba*, Op. Cit., p. 298.

mostraban misiles *rockets*, aviones y *smart bombs* que pulverizaban gente con alta precisión. La gesta dejó un saldo de 115 norteamericanos muertos. A los iraquíes muertos nadie los contó. Se calcula que no fueron menos de cien mil; pero en la televisión nunca se vieron. La única víctima de la guerra que la televisión mostró fue un pato embadurnado de petróleo. Después se supo que la imagen fue falsa.

Más adelante, a principios de 1998, los Estados Unidos quisieron repetir la acción. La industria de la comunicación se puso, nuevamente, al servicio de la inmensa maquinaria militar para convencer al mundo de que Irak estaba amenazando a la humanidad. Esta vez fue el turno de las armas químicas. “Años antes, Hussein había usado gases mortíferos contra los kurdos sin que a nadie se le moviera un pelo”³⁴. ¿Por qué los kurdos fueron conmovedores e importantes hasta 2003 y no antes? Y súbitamente cundió el pánico cuando se difundió la noticia de que Irak poseía un gran arsenal bacteriológico: ántrax, peste bubónica, botulismo, células cancerosas y otros letales agentes patógenos que en los Estados Unidos cualquier laboratorio puede comprar a la empresa American Type Culture Collection (ATCC). “Pero los inspectores de las Naciones Unidas no encontraron nada en los palacios de las mil y una noches, y la guerra se suspendió hasta el próximo pretexto”³⁵.

La manipulación militar de la información no resulta sorprendente si se tiene en cuenta la historia contemporánea de la tecnología de la comunicación. El Pentágono ha sido siempre el principal financiador, y el principal cliente, de todas las novedades. La primera computadora electrónica nació por encargo del Pentágono. Los satélites de comunicación provienen de proyectos militares, y fue el Pentágono quien por vez primera articuló la red Internet para coordinar sus operaciones a escala internacional, cuenta también Galeano en *Patatas arriba*.

En 2003 se dio la última gran guerra contra Irak. La retórica norteamericana difundió la noticia de que Irak, que había sido arrasado y hambreado por un bloqueo posterior por Bush padre, tenía armas de destrucción masiva. ¿Qué armas de destrucción masiva puede esconder, se pregunta Galeano, un país masivamente

³⁴ Ibid. p.299.

³⁵ Ibid. p.300.

destruido? Y respecto de las armas químicas y biológicas: ¿Quién vendió a Hussein las cepas con las que fabricó los gases venenosos que mataron a los kurdos? Los Estados Unidos. “¿Por qué Bush no muestra los recibos?”³⁶. Sin importar las evidencias, la mayoría de los estadounidenses creía, entre los años de 2001 a 2005, que había sido Saddam Hussein quien había derribado las torres de Nueva York. Esa misma mayoría estaba firmemente convencida de que su presidente (Bush hijo) hacía todo lo que hacía en nombre de la humanidad y de la libertad de la misma. ¿Cuántos norteamericanos sabían, en ese entonces, que la población de Irak en 2003 era de veinticinco millones de personas, la mitad de las cuales eran niños?

Títulos de los diarios en los días previos a la guerra: *Estados Unidos está pronto a resistir el ataque*. Record de ventas en cintas aislantes, máscaras antigás, píldoras antirradiaciones y más. ¿Por qué tenía más miedo el verdugo que la víctima?, también preguntaba, con su estilo característico, Galeano. Rumsfeld, secretario de Defensa durante la guerra, anunció que su país iba a usar *gases no letales* contra Irak. Fueron gases tan poco letales como los que Vladimir Putin usó, un año antes, en el teatro de Moscú, los cuales mataron a más de cien mil rehenes, pues mucha gente murió envenenada.

Bush ni siquiera fue capaz de escuchar el sabio consejo de Günter Grass. El escritor alemán, entendiendo la causa psicológica del bombardeo a Irak por parte de Bush hijo (la necesidad de demostrarle algo a su padre), le recomendó que consultara a un psicoanalista en vez de invadir Irak. Como de costumbre, se declaró la guerra en nombre de la paz. En una manifestación en Nueva York que pedía el alto a la guerra un cartel preguntaba: *¿Por qué el petróleo nuestro está bajo las arenas de ellos?* Estados Unidos es el país que más armas fabrica en el mundo. También es la única nación que ha arrojado bombas atómicas contra la población.

El tres de Enero del año 47 antes de Cristo, durante una de las batallas de las legiones romanas al invadir Egipto, ardió en fuego la biblioteca más famosa de la

³⁶ Galeano, Eduardo, “La guerra”. *Periodico* [en línea] 2003, (Mayo): [Fecha de consulta: 23 de Noviembre de 2018]. Disponible en <http://archivoperiodico.cnt.es/290may2003/mundo/archivos/mundo08.htm>.

Antigüedad. En dicha batalla, de Julio César contra Cleopatra, las llamas devoraron la mayor parte de los miles de rollos de papiro de la Biblioteca de Alejandría. Dos mil años después, el ejército norteamericano invadió Irak, y durante la cruzada de Bush se hizo cenizas la mayor parte de los miles de libros de la Biblioteca de Bagdad. Sólo ha existido, en toda la historia de la humanidad, una biblioteca andante a prueba de guerras. Fue un invento del Gran Visir de Persia, Abdul Kassem Ismael, a fines del siglo X. El Visir llevaba su biblioteca consigo: cuatrocientos camellos cargaban ciento diecisiete mil libros en una caravana de dos kilómetros de largo. Los camellos servían de catálogos de obras, pues cada grupo llevaba los títulos que comenzaban con una de las treinta y dos letras del alfabeto persa.

Irak había desconocido, hasta 2003, diecisiete resoluciones de la ONU. Israel, fiel aliado de Estados Unidos, sesenta y cuatro. ¿Por qué Bush no bombardeó a Israel? ¿Quién ponía más en riesgo al mundo entero? Irak no sólo fue acosado tan fuertemente por su posición geográfica estratégica en términos geopolíticos y por su petróleo. También lo fue porque este país es la fuente de agua dulce más rica de Medio Oriente, regado por el Tigris y el Éufrates. La empresa Bechtel, con sede en California, había recibido en concesión por cuarenta años el agua de Cochabamba, en Colombia: toda el agua, incluida la de la lluvia. Por triplicar las tarifas una rebelión popular estalló y la empresa tuvo que irse. El presidente Bush se apiadó y la consoló otorgándole el agua de Irak.

Susan Sontag se pregunta, “cómo es que la protección de *nuestras* libertades (y en este punto se trata solo de las libertades de los estadounidenses, el cinco por ciento de la población del planeta) precisa el despliegue de soldados estadounidenses en todo el mundo”³⁷. Habría que cuestionar todas las acciones de los mandatarios del mundo y su sustento. ¿En verdad los otros representan un peligro? La nacionalidad se basa en el aniquilamiento del distinto y no en la construcción de la humanidad a partir de la pluralidad del género humano.

³⁷ Sontag, Susan, *Al mismo tiempo*, Debolsillo, España, 2008, p.148.

Tercera parte. De Auschwitz a la supremacía norteamericana.

La violencia ejercida por los Estados modernos y justificada bajo la nacionalidad ha tenido sus representaciones más sobresalientes en dos países en específico: en la Alemania nazi y en los Estados Unidos. En el primer caso, los campos de exterminio para los judíos representan el momento cumbre de la violencia justificada por la nacionalidad. En el segundo caso, los Estados Unidos han tenido toda una historia de hacer la guerra en innumerables ocasiones; los puntos más álgidos son rescatados en el presente trabajo.

La escuela de Frankfurt dejó, como una de sus máximas aportaciones a la humanidad, la idea de Walter Benjamin de que no hay documento de cultura que no sea, al mismo tiempo, un documento de barbarie. Que no hay acto de barbarie que no proceda, de una u otra forma, de la civilización. Por eso Theodor Adorno escribe en la *Dialéctica de la Ilustración* que la violencia practicada en nombre de la civilización revela su propio carácter bárbaro al mismo tiempo que justifica su propia violencia presuponiendo la subhumanidad (condición de bárbaro) del otro contra quien va dirigida esa violencia. Žižek, sumándose a esta postura, dice que “la fuente definitiva de barbarie es la cultura misma, esa identificación con una cultura particular que nos hace intolerantes respecto a otras culturas”³⁸.

El miedo, explica Todorov, se convierte en peligro para quienes lo sienten, y por ello no hay que permitir que desempeñe el papel de pasión dominante, pues puede convertirse, incluso, en la justificación de actos inhumanos. “En nombre de la protección de las mujeres y los niños (entre nosotros) se ha masacrado a muchas mujeres, a muchos ancianos y a muchos niños (de los otros)”³⁹. ¿Cuál ha sido el resultado? 120 millones de muertos sólo en actos genocidas en el siglo XX.

La Segunda Guerra Mundial fue protagonizada por los movimientos totalitarios. Los regímenes que nacieron a partir de los movimientos de ultraderecha, racistas, xenofóbicos e intolerantes, reproducían sistemáticamente la violencia total, llevándola a sus últimas consecuencias. Los alemanes, los italianos, los japoneses

³⁸ Žižek, Slavoj, Op. Cit., p.171.

³⁹ Todorov, Tzvetan, *El miedo a los bárbaros*, Op. Cit., p.17.

y los rusos, pero también los franceses, los ingleses, los belgas, los holandeses y los estadounidenses, llevaron a cabo actos de violencia que superaron todo lo que se había visto. La Segunda Guerra Mundial fue la que más gente mató en la historia de las guerras humanas.

El caso más famoso en la historia de la humanidad de un acto genocida es el de la Alemania nazi de Hitler. Es conocido por mucha gente en el mundo el hecho de que los alemanes, a partir de la ideología nazi, la cual comprendía a la raza aria como superior a las otras y, al mismo tiempo, negaba la plena humanidad de los judíos, los gitanos, los homosexuales, etcétera, desataron la guerra y la persecución de todos aquellos que se consideraban enemigos o inferiores.

Auschwitz es el campo más famoso de los alemanes en cuanto a exterminio y trabajos forzados. En Auschwitz la vida entraba en una zona de indiferenciación entre vida y muerte, y el control político total sobre los cuerpos requería de constantes experimentos físicos y psicológicos, así como de la tortura y la violencia física. Los alemanes trasladaban a las *razas inferiores* a los campos de concentración para forzarlos a largas jornadas de duros trabajos bajo condiciones inhumanas. A la entrada de Auschwitz un gran cartel decía: *el trabajo libera*. La empresa Bayer, usando ese argumento, usaba la mano de obra gratuita de los prisioneros, sin embargo ellos nunca se sintieron liberados pese a todo el trabajo.

También se instauraron, como Stalin lo había hecho en la Unión Soviética años antes, campos de exterminio donde las famosas cámaras de gas mataban a gran escala. El 28 de Mayo del año 2006 el papa Benedicto, sumo pontífice de la Iglesia Católica, paseó entre los jardines de la ciudad que en lengua polaca se llama Oswiecim. A cierta altura del paseo, el paisaje cambió. En lengua alemana, la ciudad de Oswiecim se llama Auschwitz. Y en Auschwitz, el Papa habló. “Desde la fábrica de muerte más famosa del mundo, preguntó: -Y Dios, ¿Dónde estaba? Y nadie le informó que Dios nunca había cambiado de domicilio. Y preguntó: -¿Por qué Dios

se quedó callado? Y nadie le informó que quien se había quedado callada era la Iglesia, su Iglesia, que en nombre de Dios hablaba”⁴⁰.

Hay que retroceder un poco. En 1933 Adolfo Hitler fue nombrado canciller del Tercer Reich. Poco después celebró un acto inmenso en el cual, modestamente, gritó: “¡Yo estoy fundando la Era de la Verdad! ¡Despierta, Alemania! ¡Despierta!”⁴¹, y los cánticos y las ovaciones se multiplicaron. Cinco años antes el partido nazi había obtenido menos del tres por ciento de los votos. Ese salto hacia el éxito de Hitler estaba respaldado por la mayoría de la población alemana que, guiada por el odio y el resentimiento, desató la persecución de los culpables: los judíos, los gitanos, los socialistas, los homosexuales y los sabios.

En 1945 comenzó la Segunda Guerra Mundial, y un año después de la invasión de Alemania a Polonia, Hitler devoraba media Europa. Ya habían caído, o estaban por caer, Austria, Checoslovaquia, Finlandia, Noruega, Dinamarca, Holanda, Bélgica y Francia, además, ya habían comenzado los bombardeos nocturnos contra Londres. En el marco de la Alemania nazi de Hitler es donde nace el paradigma de la política moderna, a saber, el campo de concentración y de exterminio. Los campos como Auschwitz representan el paradigma de la política moderna porque son el lugar donde la política pone en entredicho a la vida misma. Son los espacios donde la biopolítica tiene su máxima expresión, y donde la vida queda completamente subordinada al poder político.

Para los nazis, la violencia, el poder y la crueldad eran las capacidades supremas de unos hombres que habían perdido definitivamente su lugar en el universo “y eran demasiado orgullosos para anhelar una teoría del poder que les reintegrara sanos y salvos al mundo [...] y elevaron la crueldad a la categoría de virtud principal porque ello contradecía la hipocresía humanitaria y liberal de la sociedad”⁴². Por eso la ideología nazi fundó la persecución de los diferentes. Žižek cuenta que, durante la Segunda Guerra Mundial, un oficial visitó a Picasso en su estudio de Paris. Allí vio

⁴⁰ Galeano, Eduardo, *Los hijos de los días*, Op. Cit., p.174.

⁴¹ Ibid. p.44.

⁴² Arendt, Hannah, *Los orígenes del totalitarismo 3. Totalitarismo*, Alianza Editorial, Madrid, 1987, p.514.

el Guernica y, sorprendido por el caos vanguardista del cuadro, preguntó a Picasso: -¿Esto lo ha hecho usted? A lo que Picasso respondió: -¡No, ustedes lo hicieron!

Lo verdaderamente grave de los campos de exterminio no fue su existencia como tal, sino el apoyo total de la población a dicha situación. No es verdad que la gente desconociera su existencia y su funcionamiento. El problema de este tipo de acontecimientos es que es bien conocido que la mayor parte de la población no sólo sabía, sino que apoyaba a sus gobiernos. Los nazis siempre reconocieron públicamente sus crímenes políticos, y este es precisamente el asunto a tratar. Los nazis estaban convencidos de que lo que hacían estaba justificado porque en verdad creían que los demás pueblos eran inferiores a ellos.

Los judíos, entonces, “carecían del específico carácter humano, de la realidad específicamente humana, de forma tal que cuando los hombres europeos los mataban, en cierto modo, no eran conscientes de haber cometido un crimen”⁴³. El problema de fondo se revela aquí. No es suficiente denunciar lo ocurrido en la Alemania de Hitler, es necesario atender las causas. Unos seres resentidos con los demás grupos desataron una serie de acciones al estar completamente convencidos de que no hacían ningún mal a la humanidad pues a los que mataban no eran seres humanos sino cuasi-humanos.

El proyecto genocida, cosa que le es intrínseca, no consiste sólo en la masacre: pretende borrar la memoria, la historia misma. Es como si a los muertos se les despojara de su propia muerte para convertirlos en quienes jamás existieron. Y como dice Judith Butler, “una vida concreta no puede aprehenderse como dañada o perdida si antes no es aprehendida como viva”⁴⁴. Si una vida no es considerada como vivida, no se considera perdida, no se asume su completa muerte pues ésta es un complemento de la vida. Si no se reconoce la vida de alguien como importante, su muerte resulta igual de insignificante. Cuando Achille Mbembe reinterpreta la idea en la que Heidegger otorga un estatus existencial al *ser para la muerte*, dice que dicha idea puede expresarse de la siguiente forma: “soy libre de

⁴³ Arendt, Hannah, *Los orígenes del totalitarismo 2. Imperialismo*, Op. Cit., p.295.

⁴⁴ Butler, Judith, *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*, Paidós, México, 2010, p.13.

vivir mi propia vida únicamente porque soy libre de morir mi propia muerte”⁴⁵; al imponer la muerte, el poder soberano elimina toda libertad de vivir la vida, hecho que deja a la deriva a los sujetos, sin nada, no les pertenece ni su vida ni su muerte.

El hecho de que en los campos de concentración y de exterminio no sólo se matara, sino que se aniquilara de forma total, borrando todo rastro que demostrara que las víctimas habían siquiera existido, es lo que conduce a que no existan paralelos para la *vida* en aquellos lugares, a que su horror nunca pueda ser abarcado completamente por la imaginación por la simple razón de que permanecieron al margen (en el umbral) de la vida y de la muerte. Los campos en toda Europa hicieron quedar en ridículo al infierno de Dante, haciéndolo parecer un juego de niños.

El infierno, en el sentido más literal, explica Hannah Arendt, “fue encarnado por aquellos tipos de campos perfeccionados por los nazis, en los que toda la vida se hallaba profunda y sistemáticamente organizada con objeto de proporcionar el mayor tormento posible”⁴⁶. Por eso es que estos campos son la expresión máxima de la biopolítica, es decir, de aquel poder político que domina totalmente a los sujetos, tanto en su vida como en su muerte, en una palabra, en su existencia. La biopolítica domina de forma absoluta a los sujetos, y en los campos de exterminio se encuentra la prueba máxima de los resultados de dicha forma de hacer política.

Primo Levi ha descrito la figura del *musulmán*, según se llamaba en la jerga del campo nazi, a un ser al que la humillación, el horror, la tortura y el miedo le habían privado de toda consciencia y toda personalidad, hasta llevarle a la más absoluta apatía. “Mudo, y absolutamente solo, ha pasado a otro mundo, sin memoria y sin lamento”⁴⁷. El musulmán que describe Primo Levi es el producto final de la biopolítica moderna.

Hannah Arendt dice que si el hombre quiere sentirse cerca de como se sentía el musulmán de los campos de concentración “hemos de recordarnos a nosotros mismos que un día dejaremos este mundo común, que seguirá como antes y para

⁴⁵ Mbembe, Achille, Op. Cit., p.70.

⁴⁶ Arendt, Hannah, *Los orígenes del totalitarismo 3.Totalitarismo*, Op. Cit., p.703.

⁴⁷ Agamben, Giorgio, *Homo Sacer*, Pre-textos, España, 2016, p.235.

cuya continuidad resultamos superfluos, si es que queremos comprender la soledad, la experiencia de ser abandonados por todo y por todos”⁴⁸. La violencia ejercida y justificada por el Estado crea sujetos así todo el tiempo. Si no se modifica el modo en que se aprehende la política, esta seguirá siendo la realidad día con día.

En todo el continente europeo los regímenes totalitarios hicieron de las suyas. Aún más grave la situación, no sólo los regímenes totalitarios de ultraderecha sustentados bajo movimientos nacionalistas causaron abusos de la magnitud de los de los nazis en Alemania. También el *mundo libre* ha sido experto en el desprecio a la vida y en el minimizar el dolor de los demás. El régimen socialista más famoso del mundo (la URSS) también se especializó en matar y someter. A la violencia no le importa la ideología, corrompe a todos los seres humanos por igual.

En el desprecio por la vida humana, hay que decirlo, Hitler fue imbatible pero tuvo competidores a su altura. En el año 2010, el gobierno ruso reconoció oficialmente que había sido Stalin el autor de la matanza de catorce mil quinientos prisioneros polacos en Katyn, Kharkov y Miednoje. Los polacos habían sido fusilados por la espalda en la primavera de 1940 y el crimen había sido siempre atribuido a la Alemania nazi, en 2010 se supo la verdad. Las grandes purgas estalinistas de 1936 y 1937 tienen una característica que comparten con las de la Alemania de Hitler, explican J. Arch Getty y Oleg V. Naumov en *La lógica del terror*: no fue una persecución de enemigos, sino rabia ciega y pánico. En Suecia, por ejemplo, fuentes oficiales reconocieron, hace unos años, que más de sesenta mil personas habían sido esterilizadas por aplicación de una ley de los años treinta fundada en la idea de la higiene social. Dicha ley fue derogada hasta 1976.

El seis de Agosto de 1945 terminó la Segunda Guerra Mundial, y murió Hiroshima. En el estreno mundial de la bomba atómica la ciudad y todo lo que en ella había se hizo carbón en un instante. Los sobrevivientes deambulaban sonámbulos y mutilados entre las ruinas humeantes. Iban desnudos, y en sus cuerpos quemados podían verse estampadas las ropas que usaban al momento de la explosión. Tres días después el presidente Harry Truman habló por radio y dijo: “agradecemos a

⁴⁸ Arendt, Hannah, *Los orígenes del totalitarismo 3. Totalitarismo*, Op. Cit., p.703.

Dios que haya puesto la bomba en nuestras manos, y no en manos de nuestros enemigos; y le rogamos que nos guíe en su uso de acuerdo a sus caminos y sus propósitos”⁴⁹.

Gabriel García Márquez, en su famosa carta a Bush, pregunta: ¿Cómo se sale del estado de shock? “En estado de shock caminaban el 6 de Agosto de 1945 los sobrevivientes de Hiroshima. Nada quedaba en pie en la ciudad luego que el artillero norteamericano del Enola Gay dejara caer la bomba”⁵⁰. En pocos segundos habían muerto ochenta mil hombres, mujeres y niños. Otros doscientos cincuenta mil morirían en los años siguientes a causa de las radiaciones. Pero esa era una guerra lejana y ni siquiera existía la televisión.

En el ocaso de la guerra, en 1945, cuando ya era más que evidente la victoria de los aliados, la ciudad alemana de Dresden y las ciudades japonesas de Hiroshima y Nagasaki fueron arrasadas. “Las fuentes oficiales de las naciones victoriosas dijeron que esos eran objetivos militares, pero los miles y miles de muertos fueron todos civiles, y entre las ruinas no apareció ni una honda para cazar pajaritos”⁵¹. Así terminó la guerra: con el descargue de las bombas más poderosas que la humanidad conocía hasta ese entonces, con el conocimiento tecnológico y científico puesto al servicio del aniquilamiento de la vida.

Ahora bien, una vez terminada la guerra, la solución de la cuestión judía, a saber, la creación del Estado de Israel, simplemente produjo una nueva categoría de refugiados: los árabes, los cuales fueron expulsados de Palestina, la tierra donde habían vivido desde muchos siglos atrás. En 1948 nació (fue creado) el Estado de Israel. Pocos meses después ya había más de ochocientos mil palestinos expulsados y más de quinientas aldeas arrasadas; “esas aldeas, donde crecían los olivos, las higueras, los almendros y los árboles frutales, yacen sepultadas bajo las autopistas, los centros comerciales y los parques de diversiones.[...] Ya poca

⁴⁹ Arendt, Hannah, *Los orígenes del totalitarismo 2. Imperialismo*, Op. Cit., p.252.

⁵⁰ García, Márquez, Gabriel, “Carta de Gabriel García Márquez sobre el 11 de septiembre”. *Voltairenet* [en línea] 2008, (01/Octubre): [Fecha de consulta: 23 de Noviembre de 2018]. Disponible en <<http://www.voltairenet.org/article158188.html>>.

⁵¹ Galeano, Eduardo, *Los hijos de los días*, Op. Cit., p.375.

Palestina queda”⁵². La implacable devoración del mapa, parafraseando a Galeano, invoca títulos de propiedad generosamente otorgados por la Biblia, y se justifica por dos mil años de persecución que el pueblo judío sufrió. La cacería de judíos fue siempre una costumbre europea, pero los palestinos pagan esa deuda ajena.

La Segunda Guerra Mundial es un evento de suma importancia para este trabajo por su esencia pero también por lo que proyectó hacia el futuro. Tras la guerra el orden político cambió. Las posiciones geopolíticas se reacomodaron y el nuevo orden mundial, nombrado *el nuevo desorden mundial* por Tzvetan Todorov, asignó a los Estados Unidos el papel de la primera potencia mundial. Desde ese momento, este ha sido el país que más ha violado la soberanía de los demás países, el que más derechos humanos sobrepasa en la actualidad, el que ha participado en más guerras, el que más armas fabrica y vende en el mundo y el que más veces ha matado en nombre de la vida.

La tradición norteamericana de desprecio a las diferentes formas de vida y de la minimización del dolor ajeno viene desde sus orígenes. En el territorio que después sería el de las Trece Colonias los ingleses aniquilaron a los nativos pieles rojas. No hubo mezcla, como en las demás latitudes del continente americano. Por eso el Gran Jefe Seattle, de la tribu de los Swamish, en su carta a Franklin decía:

Esto es lo que sabemos: la tierra no pertenece al hombre, es el hombre el que pertenece a la tierra. Esto es lo que sabemos: todas las cosas están ligadas como la sangre que une a una familia. El sufrimiento de la tierra se convertirá en sufrimiento para los hijos de la tierra. El hombre no ha tejido la red que es la vida, solo es un hilo más de la trama. Lo que hace con la trama se lo está haciendo a sí mismo.⁵³

Y concluía: es el final de la vida y el inicio de la supervivencia. No estaba equivocado. Desde que los nativos tuvieron contacto con el hombre blanco se desconcertaron por la forma de vida occidental, completamente insensible ante el

⁵² Ibid. p.160.

⁵³ Gran Jefe, Seattle, “Carta del Gran Jefe Seattle”. *Economía UNAM* [en línea] (sin fecha de publicación): [Fecha de consulta: 23 de Noviembre de 2018]. Disponible en <<http://herzog.economia.unam.mx/profesores/blopez/valoracion-swamish.pdf>>.

mundo y todo lo que éste ofrece. El contacto con el hombre blanco ha sido, y sigue siendo, para el indígena, el contacto con la muerte.

Y la historia siguió su curso sin alterarse. En 1917, el presidente de los Estados Unidos, Woodrow Wilson, anunció que su país iba a entrar en la Primera Guerra Mundial. Cuatro meses antes Wilson había sido reelegido por ser *el candidato de la paz*. La opinión pública recibió sus discursos pacifistas con el mismo entusiasmo con el que recibió su declaración de guerra. Edward Bernays fue el principal autor intelectual de ésta hazaña política. Cuando la guerra terminó, Bernays reconoció públicamente que las fotos y las historias que incendiaron el espíritu bélico entre las masas habían sido inventadas. Bernays se convirtió en asesor de varios presidentes y de algunos de los empresarios más importantes del mundo.

Una vez que terminó la Segunda Guerra Mundial, con el lanzamiento de la bomba atómica sobre ciudades vencidas, los Estados Unidos se posicionaron como el país protector de la libertad y de la seguridad mundiales. Sus representantes han dado, siempre, lecciones pacifistas y liberales de cómo resolver los conflictos. Teodoro Roosevelt decía que “ningún triunfo pacífico es tan grandioso como el supremo triunfo de la guerra”⁵⁴; en 1906 le dieron el Premio Nobel de la Paz. Cuando Barack Obama recibió el mismo premio en 2009, en el Día de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, en su discurso de agradecimiento rindió homenaje a *la guerra justa y necesaria contra el Mal*.

En este trabajo, por falta de espacio, la violencia ejercida por la primera potencia mundial en términos políticos, militares y económicos, se acota a dos momentos claves: la lucha contra el socialismo durante el periodo de la Guerra Fría y la lucha contra el terrorismo después de los atentados del 11 de Septiembre al World Trade Center, en Nueva York. Ambos combates tienen en común la idea de que se pelea contra un enemigo y que todas las acciones están claramente justificadas como legítima defensa.

⁵⁴ Galeano, Eduardo, *Patatas arriba*, Op. Cit., p.124.

Cuarta parte. Estados Unidos y la lucha contra el socialismo en el mundo.

Durante el periodo de la Guerra Fría los Estados Unidos justificaban todas sus acciones militares en el marco de la lucha contra la amenaza roja. El socialismo representaba al Mal y al régimen político opresor, por lo que todo el aparato científico, tecnológico y militar se puso a disposición de la lucha contra el enemigo socialista. De hecho, así nació el terrorismo del que se hablará después. Es bien conocido el hecho de que los Estados Unidos armaron y organizaron la red terrorista de Osama Bin Laden en Medio Oriente con el objetivo de acosar a los rusos.

Durante la dictadura del general Suharto, en Indonesia, apoyada por Estados Unidos e Inglaterra, murieron medio millón de personas, aproximadamente. De cada árbol colgaba un ahorcado, todos comunistas, aclaraba Suharto. En 1975, pocas horas después de una visita del presidente Gerald Ford, Suharto invadió Timor Oriental y asesinó a la tercera parte de la población. En 1991 mató, allí mismo, a unos miles más. Diez resoluciones de las Naciones Unidas obligaban al ejército de Suharto retirarse *sin demora*. A nadie se le ocurrió, dice Galeano, bombardearlo por eso.

La aviación norteamericana no dejó ni un puente sin destruir en Yugoslavia. En Vietnam, Irak, Afganistán, Libia, Angola, Somalia, el Congo, Camboya, Sudán y muchos más países, los proyectiles utilizados fueron fabricados en factorías de Estados Unidos y apuntados por gente pagada por su Departamento de Estado. Una legión de piratas, mercaderes, banqueros, marines, tecnócratas, boinas verdes, embajadores y capitanes de empresa norteamericanos se han apoderado, a lo largo de una historia negra, de la vida.

Además de todas las batallas libradas en Medio Oriente en la lucha contra el socialismo de la Unión Soviética, los gobiernos estadounidenses protegieron bien su continente de la amenaza que representaba Stalin, con excepción de Cuba. La lucha contra el socialismo y las ideas de izquierda que en toda América Latina se reprodujeron de forma vertiginosa en las décadas de 1960 y 1970 dejó un saldo de miles de millones de muertos y la mayoría de las más duras y peores dictaduras

militares que han existido en el continente, apoyadas, todas, por los Estados Unidos.

Existe una correlación más que evidente entre la ayuda de los Estados Unidos y las tremendas violaciones a los derechos humanos. El caso de América Latina es claro. Muchos ríos de tinta se han dedicado a denunciar cómo el ejército norteamericano ha estado inmiscuido en las matanzas, las torturas, las guerras, las contrarrevoluciones y las ocupaciones militares en los países latinoamericanos. “El 20 de Diciembre de 1996 el Departamento de Defensa de los Estados Unidos hizo una confesión pública”⁵⁵. Ese día las máximas autoridades militares reconocieron que habían instruido a militares latinoamericanos en técnicas de amenaza, extorsión, tortura, secuestro y asesinato.

No es poco conocido que en la Escuela de las Américas, ubicada en Panamá, en las bases norteamericanas se entrena a los ejércitos latinoamericanos con el objetivo de enseñarles las *artes* que los estadounidenses aprendieron, a sí mismo, de los fascistas y de los nazis europeos. Una vez que terminó la Segunda Guerra Mundial muchos líderes de los ejércitos europeos que fueron vencidos dieron un salto olímpico de continente a continente y fueron acogidos como se acoge a los intelectuales.

Klaus Barbie es, probablemente, el más conocido de los criminales de guerra nazis que se incorporaron a las operaciones estadounidenses en Europa tras la guerra. Cuando los Estados Unidos ya no lo pudieron proteger de la ley en Francia, llegó a Bolivia, en donde organizó, junto con algunos fascistas italianos (entrenados en Estados Unidos) y varios especialistas israelíes, uno de los golpes de Estado más famosos de América Latina. Barbie introdujo en Bolivia los campos de concentración totalmente desarrollados y ofrecía conferencias sobre el uso de electrodos aplicados al cuerpo humano para obtener confesiones, técnica que empleó por primera vez la Gestapo en sus interrogatorios en Francia. Barbie era miembro de la Internacional Negra Latinoamericana, compuesta por más nazis y fascistas europeos, entre los cuales estaban Alfons Sassen, nazi holandés,

⁵⁵ Ibid. p.200.

Friedrich Schwend, buscado en Italia por crímenes de guerra, Wim Sasen y Walter Rauff, el inventor de las primeras cámaras de gas en Chile.

Existe, pues, un vínculo estrecho entre los campos de exterminio nazis y las dictaduras militares en América Latina; “los ideales y métodos del fascismo encontraron un campo abonado tras ser trasplantados al hemisferio occidental: los dictadores derechistas de Argentina, Bolivia y Chile, y la policía secreta que éstos emplean, adoptaron y exportaron estos métodos e ideales a América Central, a El Salvador y a Guatemala, donde aún podemos ver en acción a los escuadrones de la muerte”⁵⁶.

En resumen, los Estados Unidos son la fuente suministradora de una red de tecnología represiva que llega a los regímenes más autoritarios del mundo. Son “el principal proveedor de equipo importante para la policía y las prisiones; el líder de lo que bien podríamos llamar el mercado internacional de la represión, que proporciona material a algunos de los peores violadores de los derechos humanos”⁵⁷, todos ellos sus aliados, como Arabia Saudita, Israel y muchos más.

En la década de 1980 E.U.A atacó Nicaragua dejándolo virtualmente destruido. Dicho país recurrió al Consejo de Seguridad, el cual dio la resolución de que los Estados miembros debían respetar las leyes internacionales; Estados Unidos vetó dicha resolución, de modo que el líder de la guerra contra el terrorismo es el único país del mundo al que el Tribunal Internacional ha condenado por terrorismo internacional y que ha vetado una resolución.

En esa ocasión fue gracias a la pantalla chica que el presidente Reagan pudo convencer a la opinión pública norteamericana de que Nicaragua era un peligro: “hablando ante el mapa del norte de América, que progresivamente se iba tiñendo de rojo desde el sur, Reagan pudo demostrar que Nicaragua iba a invadir los Estados Unidos, vía Texas”⁵⁸. Nicaragua, uno de los países más pobres del continente, tenía, en total, cinco elevadores y una escalera eléctrica que no

⁵⁶ Chomsky, Noam, *La quinta libertad*, Op. Cit., p.319.

⁵⁷ Ibid. p.252.

⁵⁸ Galeano, Eduardo, *Patatas arriba*, Op. Cit., p.305.

funcionaba. Pero Reagan aseguraba que Nicaragua ponía en riesgo la seguridad nacional de su país. No cabe duda que buena parte de la opinión pública en Estados Unidos padece de una asombrosa ignorancia de todo lo que ocurre fuera de su país, y teme y desprecia todo lo que ignora.

Entre 1824 y 1994 E.U.A llevó a cabo 73 invasiones a países de América Latina. Las víctimas fueron México, Puerto Rico, Panamá, Nicaragua, Haití, Colombia, Cuba, Honduras, República Dominicana, Islas Vírgenes, El Salvador, Guatemala y Granada, la lista, con los años, siguió creciendo. Ocuparon Haití durante 19 años y fundaron la dictadura de François Duvalier. Ocuparon República Dominicana durante 9 años y fundaron la dictadura de Rafael Leónidas Trujillo. Ocuparon Nicaragua durante 21 años y fundaron la famosa dictadura de la familia Somoza. Durante ésta última, hubo historias de mujeres a las que los militares (instruidos en la Escuela de las Américas) les cortaron los senos, les abrieron el vientre a las que estaban embarazadas y les sacaban al bebé para degollarlo ante sus ojos; a los hombres les cortaban los testículos y los golpeaban hasta romperles los huesos. Pero la retórica decía que se combatía al *Mal* y se llevaba la libertad a donde estaba extinguiéndose.

En 1983 los marines se apoderaron de la isla de Granada. La Asamblea de las Naciones Unidas condenó, con abrumadora mayoría, la invasión. Estados Unidos hizo caso omiso. Seis años después, en 1989, fue el turno de Panamá. Los libertadores bombardearon los barrios más pobres, mataron a miles de civiles (reducidos a 560 en la cifra oficial) y eligieron al nuevo presidente del país en la base militar de Fort Clayton. En Consejo de Seguridad, casi por unanimidad, votó en contra. Los Estados Unidos vetaron la resolución.

Es curioso el caso del poder de veto. Según el Instituto Internacional de Estudios Estratégicos, los mayores vendedores de armas en el mundo son los Estados Unidos, Reino Unido, Francia y Rusia. Algunos lugares más abajo en la lista se encuentra China, y estos son, curiosamente, los cinco países que tienen derecho de veto en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. En dicho Consejo, un voto en contra de Estados Unidos significa un veto.

Las dos dictaduras militares más famosas de América Latina son la de Argentina, de Videla, y la de Chile, de Augusto Pinochet, aunque también la de Uruguay tiene su mérito en cuanto a crímenes de guerra, represión total y duración.

Un 11 de Septiembre, no de 2001, sino de 28 años atrás, Salvador Allende, presidente electo de Chile, murió resistiendo un golpe de Estado que los Estados Unidos planearon. Desde 1970, Kissinger y sus servicios de información e inteligencia prepararon cuidadosamente la caída de Allende. Finalmente, en 1973, los jets Hawker Hunter bombardearon el palacio presidencial de Salvador Allende. Millones de dólares fueron distribuidos entre los enemigos del gobierno legal y legítimo de la Unión Popular. El régimen de Augusto Pinochet recibió, durante 1976, 290 millones de dólares de ayuda directa de los Estados Unidos.

Cinco años después, en 1981, como un modo de agradecimiento, el general Pinochet, con un gesto de su gran generosidad que le era característica, vendió a precio de risa los ríos, los lagos y las aguas subterráneas de Chile. Algunas empresas mineras, como la suiza Xstrata, y otras empresas eléctricas como la española Endesa y la estadounidense AESGener, se hicieron dueñas (a perpetuidad) de los ríos más caudalosos de Chile. Endesa, por ejemplo, “recibió una extensión de aguas equivalente al mapa de Bélgica”⁵⁹.

En Argentina pasó algo similar. Cuando la dictadura de Videla había cumplido apenas un año, E.U.A había colaborado con 500 millones de dólares de bancos privados y con 415 millones de instituciones internacionales, como el Banco Mundial. Todo ese dinero apenas y alcanzó para construir los campos de exterminio al estilo de Auschwitz que existieron y funcionaron en Argentina.

Quinta parte. El papel de Estados Unidos en la guerra contra el terrorismo.

La segunda gran guerra que los Estados Unidos han llevado a cabo es la lucha contra el terrorismo. En realidad el tema del terrorismo es reciente. Fue hasta que cayó la URSS que el problema del terrorismo se manifestó con toda su fuerza. El terrorismo fue definido, según el gobierno norteamericano, como “la amenaza o uso

⁵⁹ Galeano, Eduardo, *Los hijos de los días*, Op. Cit., p.341.

de la violencia para lograr fines políticos, religiosos u otros por medio de la intimidación, la provocación, el miedo y demás, dirigidos contra poblaciones civiles”⁶⁰. No es la definición de la política militar de Estados Unidos, es la de terrorismo, aunque converjan casi a la perfección.

El principio más importante de esto es que si alguien comete un acto terrorista contra E.U.A o sus aliados, eso es terrorismo, pero si son los propios Estados Unidos o sus aliados los que practican el terrorismo, entonces eso no es terrorismo sino contraterrorismo o *guerras justas*, como fueron nombradas por los altos funcionarios del gobierno norteamericano. La revista *Current History*, dedicada al tema del terrorismo, decía en el número de Diciembre de 2002 que todas las acciones militares de E.U.A fueron *medidas de precaución en defensa contra el terrorismo*.

Lo que resulta tan atractivo del terrorismo (para los movimientos intolerantes) es que se ha convertido en una clase de filosofía a través de la cual se puede expresar el resentimiento, la frustración y el odio ciego en un tipo de expresionismo político que recurre a las bombas y a la violencia para manifestarse. La propaganda es, desde luego, parte inevitable de la guerra psicológica, pero el terror lo es más. El terror constituye la verdadera esencia de la forma de gobierno totalitaria y de la forma de gobierno que se autodenomina liberal pero que en realidad no lo es. La historia demuestra, además, que el ejército de Estados Unidos incorporó el terror como doctrina estatal desde la Segunda Guerra Mundial.

Ahora bien, ¿de dónde vienen los terroristas? En realidad nadie lo sabe mejor que el gobierno estadounidense y la CIA, porque ellos los criaron y los ayudaron a organizarse durante mucho tiempo. En los años 80’s, con la intención de acosar a los rusos, el enemigo común en ese entonces, la CIA y el gobierno norteamericano, con sus múltiples asociados en el mundo: Pakistán, Gran Bretaña, Francia, Arabia Saudita, Egipto y China, financiaron, apoyaron y armaron a los grupos terroristas de Medio Oriente.

⁶⁰ Chomsky, Noam, *Poder y terror*, RBA, Barcelona, 2003, p.52.

La CIA armó, entrenó y formó a un grupo de mercenarios para luchar contra los rusos en Afganistán en 1980. Dicho ejército, liderado por Bin Laden, estaba formado por musulmanes que defendían el mundo árabe. Este grupo de choque se volvió en contra de Washington cuando el ejército norteamericano estableció bases militares permanentes en Arabia Saudita, lugar donde se encuentran los sitios más sagrados del Islam.

Cuando dejaron de entenderse, muchos terroristas, como Osama Bin Laden, se voltearon contra su maestro, y así comenzó la lucha de Estados Unidos contra el enemigo que éste mismo país creó. Bin Laden, por ejemplo, recibía ayuda directa de los norteamericanos para organizar su red de Al Qaeda. La ayuda llegaba de la organización Mercy International Relief Agency o del centro de reclutamiento Alkifah Refugee Center. La red de Bin Laden contaba con células de operación en veinte o treinta países, entre los cuales estaban Argelia, Marruecos, Turquía, Egipto, Siria, Uzbekistán, Tayikistán, Azerbaijón, Líbano, Arabia Saudita, Kuwait, Indonesia, Kenia, Tanzania, Uganda, Etiopía, Túnez, Bahrein y China.

Cuando comenzó la administración de Reagan se anunció con voz fuerte y clara que la política exterior estadounidense se focalizaría en la guerra contra el terrorismo. El llamado *azote del terrorismo* era, según palabras del secretario de Estado, George Shultz, el azote de “una plaga difundida por los depravados enemigos de la civilización misma, en una vuelta a la barbarie en la Edad Moderna”⁶¹. Así comenzaba la guerra contra la barbarie del terrorismo. El mundo *civilizado* dio una cátedra de cómo justificar los actos más inhumanos y las guerras más injustas bajo la lógica de la defensa contra el enemigo malvado.

Según Todorov, los efectos de la guerra contra el terrorismo son especialmente peligrosos porque dicha guerra podría no detenerse jamás, y por lo tanto, cosa que pocos advierten, la suspensión de las leyes y las garantías podría durar indefinidamente. Un claro ejemplo son las *leyes antiterroristas* votadas a toda prisa en Londres tras los atentados del 11 de Septiembre de 2001 a los Estados Unidos. Según dichas disposiciones, “toda persona sobre la que pese la sospecha razonable

⁶¹ Ibid. p.48.

de actividad terrorista puede ser detenida sin juicio durante un lapso de tiempo indeterminado”⁶².

Las novelas de Orwell y de Camus apenas igualan la realidad. En el mundo actual la *razonable sospecha* justifica la violación de los derechos fundamentales y los actos de violencia más duros. El derecho a un juicio pasa a segundo plano en nombre de la seguridad nacional. ¿Acaso la seguridad nacional no se compone de la seguridad individual de cada sujeto que conforma la nación? No hace falta tener las habilidades de Nostradamus para advertir las consecuencias de la lucha contra el terrorismo.

Sexta parte. El atentado a las Torres Gemelas del 11 de Septiembre de 2001.

George Bush hijo se preguntó *¿Por qué nos odian, con lo buenos que somos?* Aquí una respuesta. En la mañana del 11 de Septiembre del año 2001 todo el mundo se conmocionó ante lo ocurrido. Por primera vez en la historia, los Estados Unidos (ignorando la fugaz invasión de Pancho Villa) vivían un ataque en sus propios dominios. La primera potencia mundial veía atacados sus más importantes símbolos políticos y económicos. Desde que los ingleses incendiaron Washington en 1814, los Estados Unidos no habían vivido un ataque a su propio territorio nacional. En el año 2001 el mundo veía atónito el atentado terrorista a las Torres Gemelas. Los expertos en seguridad nacional presagiaban el peligro inminente. No se equivocaban.

Tras los atentados a las Torres Gemelas, al Pentágono y a la Casa Blanca (aunque este último no se concretó), el gobierno estadounidense, encabezado por George W. Bush, juró venganza. La guerra contra el terror se intensificó; Medio Oriente fue el objetivo. Es pertinente decir que la guerra que se desató fue contra Irak y Afganistán, en primera instancia, aunque los responsables del atentado provenían de Arabia Saudita, aliado y de los mejores clientes de armas de los Estados Unidos.

Peter Franssen tiene un libro titulado *La nueva política de EE.UU. a partir del 11/s* en donde narra todo lo acontecido en uno de los días más impactantes de la historia

⁶² Todorov, Tzvetan, *El miedo a los bárbaros*, Op. Cit., p.155.

de la humanidad. Un mes antes de los atentados del 11 de Septiembre, Putin, el presidente ruso, ordenó a sus servicios de inteligencia advertir al gobierno de Estados Unidos que había terroristas que planeaban ataques a gran escala contra edificios del gobierno estadounidense. Cinco servicios de inteligencia advirtieron a sus homólogos estadounidenses sobre los hechos: el francés, el alemán, el ruso, el egipcio y el israelí.

El BND, servicio secreto alemán, dice literalmente a la CIA en Junio de 2001, tres meses antes de los atentados: “hay terroristas del Medio Oriente que están planificando secuestrar aviones de pasajeros y utilizarlos para atacar importantes símbolos de los Estados Unidos”⁶³. El Boeing que se estrelló contra el World Trade Center llevaba 36.000 litros de queroseno en los tanques cuando despegó. El calor de la explosión fue de 1.200 grados. En medio de aquel calor cayó intacto, hacia abajo, el pasaporte de Mohammed Atta, el presunto líder de los secuestradores de los aviones, los piratas aéreos. No es claro (de hecho es poco probable) que el propio gobierno estadounidense haya llevado a cabo un autoatentado, lo que sí está probado es que el gobierno sabía de los ataques y de las personas que los iban a realizar. Sabía cuándo, dónde y quiénes, y dejaron que ocurriera precisamente porque ese acto serviría para justificar la política exterior y militar de los años siguientes.

Es decir, a los Estados Unidos no les importaba quiénes habían sido los responsables de los atentados a las Torres Gemelas. A dicho país no le interesó presentar evidencias porque quería actuar sin ellas; de hecho, en dicha ocasión no solicitó la autorización del Consejo de Seguridad de la ONU. Las evidencias, muy probablemente, hubieran mostrado a un grupo específico y descentralizado como responsable, pero el interés norteamericano era que faltaran las pruebas suficientes, de tal suerte que pudieran actuar donde y como fuera.

En 2001 los Estados Unidos gastaron en defensa la misma cantidad de dinero que la suma de los gastos de los diez países que seguían en la lista. Tras los atentados,

⁶³ Franssen, Peter, *La nueva política de EE.UU. a partir del 11/s*, Editorial Popular, España, 2002, p.8.

la furia militar norteamericana se desató. En los años noventa, los turcos habían llevado a cabo una de las peores atrocidades cuando mataron a miles de kurdos con apoyo militar y económico de parte del presidente Clinton; igualmente, Saddam Hussein aniquiló con gas venenoso a los kurdos en la operación Anfal. Turquía fue el primer país en ofrecer apoyo militar a los Estados Unidos tras los atentados. Las causas del atentado, según el New York Times, eran que antes del 11 de Septiembre, en Afganistán, existían entre siete y nueve millones personas al borde del hambre. Además, el 16 de Septiembre el mismo diario informaba que Estados Unidos había pedido a Pakistán la interrupción de la ayuda que era enviada con camionetas.

La invasión a Irak se anunció en Septiembre de 2002. Ya se habló de esta guerra anteriormente, así que basta con contar dos o tres historias significativas. La guerra contra Irak fue una guerra por el petróleo, pero justificada por las supuestas armas de destrucción masiva que el país ocultaba. Israel, que desde 1967 usurpa tierras palestinas, cuenta con un arsenal de bombas atómicas que le garantizaron impunidad. Pakistán, otro fiel aliado norteamericano, nido de terroristas, exhibía sus propias armas nucleares. Pero el peligro era Irak porque *podía tener* esas armas. El peligro no está en la certeza sino en la sospecha. Si las hubiera tenido, como Corea del Norte dice que las tiene, ¿alguien se hubiera animado a atacarlo? La operación Tormenta del Desierto, en Irak, dejó medio millón de muertos.

La guerra contra Afganistán confesó su porqué en el año 2010. Ese año el Pentágono reveló que en ese país había yacimientos que valían más de un millón de millones de dólares. Esos yacimientos contenían oro, cobalto, cobre, hierro y, sobre todo, litio, imprescindible en la fabricación de los teléfonos celulares y de las computadoras portátiles. Los supuestos talibanes que el gobierno norteamericano combatía no existían, y si hubieran existido, poco hubiera importado. Nunca se escuchó en los medios masivos de comunicación, sobre las atrocidades del rey Fahd de Arabia Saudita, sin embargo, esos mismos medios suelen preocuparse por

los derechos humanos en otros países árabes. “El fundamentalismo islámico sólo es demoniaco cuando obstaculiza los negocios”⁶⁴.

Otra de las guerras más famosas de los Estados Unidos fue la guerra contra Vietnam. Un año antes, en 1954, cuando Francia ocupaba ese país, un campesino de lentos andares y pocas palabras (Ho Chi Minh) organizó una rebelión. En ese año los rebeldes vietnamitas propinaron una paliza militar a los franceses en su invulnerable cuartel de Dien Bien Phu, y al cabo de un siglo de conquistas coloniales la gloriosa Francia tuvo que salir corriendo de ahí. Después fue el turno de los Estados Unidos. Cosa de no creer, dice Galeano: la primera potencia del mundo y de todo el espacio sideral sufrió la humillación de la derrota en ese minúsculo país, mal armado y sumido en la miseria.

En la guerra contra Vietnam, la cual comenzó en 1955, la primera potencia mundial militar descargó más bombas sobre ese país que todas las bombas arrojadas durante la Segunda Guerra Mundial. Pero el código moral del fin del milenio, dice Galeano, no condena la injusticia sino el fracaso. Robert McNamara, uno de los responsables de dicha guerra, escribió un libro donde reconoce que la guerra fue un error. Pero esa injusta guerra, que mató a más de tres millones de vietnamitas, no fue un error por estar basada en la injusticia, sino porque los Estados Unidos la llevaron a cabo siendo conscientes de que no tenían posibilidades de ganarla. El pecado está en la derrota, no en la injusticia: los valores universales están de cabeza, al parecer lo que debería ser verdaderamente importante ha dejado de serlo.

Séptima parte. La tortura como práctica de guerra. Las prisiones de Guantánamo y Abu Ghraib.

Ahora bien, una práctica de guerra muy frecuente, hasta podría decirse que es uno de sus resultados, es la de la tortura. La tortura ha existido desde tiempos muy remotos, sin embargo, los regímenes más violentos la han hecho parte de su cotidianeidad. La Convención Contra la Tortura y Otros Tratos o Penas Cruelles de

⁶⁴ Galeano, Eduardo, *Patatas arriba*, Op. Cit., p.122.

1984 definió la tortura como “todo acto por el cual se inflijan intencionadamente a una persona dolores o sufrimientos graves, ya sean físicos o mentales, con el fin de obtener de ella o de un tercero información o una confesión”⁶⁵. En esa misma convención se declaró expresamente que “en ningún caso podrán evocarse circunstancias excepcionales, tales como estado de guerra o amenaza de guerra, inestabilidad política interna, o cualquier otra emergencia pública, como justificación de la tortura”⁶⁶.

La tortura ha sido penada y prohibida desde siempre. Es un acto injusto, degradante para el que lo sufre, doloroso, lascivo, inhumano y poco efectivo para lo que se supone existe. La tortura funciona, en la lógica de la guerra, como un medio con el cual se puede obtener información valiosa. No obstante, las definiciones de tortura son peligrosas, pues dependiendo de cómo se defina a la misma, las mismas acciones pueden practicarse sin que técnicamente haya tortura.

En el *Torture Memo* se reinterpretó la definición de tortura para permitirla; aunque muchas “técnicas suponen un trato cruel, inhumano o degradante, no producen dolor ni sufrimiento de la intensidad necesaria para ajustarse a la definición de tortura”⁶⁷. Se observa cómo el juego de palabras permite la práctica de acciones de forma legal. Por eso, ante los eufemismos que pretenden ocultar la realidad, conviene usar definiciones cortas y realistas. Foucault define la tortura como la *violencia física para arrancar una verdad*. El objetivo de la tortura es *producir* la verdad. No se trata de obtenerla, se trata de construirla; esto es así porque la tortura obliga a los sujetos a decir o confesar lo que el verdugo quiere oír.

El origen de las prácticas de tortura está en la Santa Inquisición. La Inquisición usaba la tortura como medio para que los herejes confesaran su culpa. La tortura se hace para obtener información, sólo que los castigados, con tal de no seguir sufriendo, dicen lo que sus interrogadores quieren escuchar. Durante los juicios por brujería del siglo XVI se observó que las confesiones eran más cuantiosas en

⁶⁵ Sontag, Susan, Op. Cit., p.138.

⁶⁶ Ibidem.

⁶⁷ Todorov, Tzvetan, *El miedo a los bárbaros*, Op. Cit., p.168.

Alemania, y no era que el diablo se hubiera instalado ahí, sino que allí los métodos de tortura eran los más duros de Europa. Es muy común que los acusados se declaren culpables de delitos que no han cometido.

De hecho la Santa Inquisición se ha equivocado en innumerables ocasiones: en el siglo XIV le declaró la guerra a los gatos de las ciudades europeas. Los gatos, catalogados por los fanáticos de la fe católica como animales diabólicos, instrumentos de Satán, fueron crucificados, empalados, desollados vivos o arrojados al fuego. Entonces las ratas, liberadas de sus históricos enemigos, se hicieron dueñas de las ciudades. “Y la peste negra, por las ratas transmitida, mató a treinta millones de europeos”⁶⁸.

En la tortura, como explica Foucault, la muerte es aplazada por interrupciones calculadas y multiplicada por una serie de ataques sucesivos. Es, como se advierte, toda una técnica que hace sufrir al otro. Existen dos conceptos estrechamente ligados al de tortura, a saber, el suplicio y el tormento. En *Vigilar y castigar*, Foucault los aborda de forma clara. El suplicio, dice Jaucourt, es una *pena corporal, dolorosa, más o menos atroz*. Por otro lado, el tormento es una práctica reglamentada que obedece a un procedimiento detalladamente definido: momentos, duración, instrumentos utilizados, intervenciones del interrogador, todo esto se halla puntualmente codificado y planeado. Por eso el mismo Jaucourt decía que “es un fenómeno inexplicable lo amplio de la imaginación de los hombres en cuestión de barbarie y de crueldad”⁶⁹.

El suplicio, que es el resultado de la tortura, se ha convertido en una técnica. Es un *arte* cuantitativa de sufrimiento que pone en correlación el tipo de pena corporal con el tipo y la gravedad del delito; es directamente proporcional, o a eso aspira. Por eso la muerte-suplicio es el “arte de retener la vida en el dolor subdividiéndola en mil muertes y obteniendo con ella, antes de que cese la existencia, la más exquisita de las agonías”⁷⁰. El hecho de que el culpable gima, grite y se lamente no es un

⁶⁸ Galeano, Eduardo, *Los hijos de los días*, Op. Cit., p.237.

⁶⁹ Foucault, Michel, *Vigilar y Castigar*, Siglo XXI, México, 2009, p.42.

⁷⁰ *Ibid.* p.43.

accidente vergonzoso sino el ceremonial mismo de la justicia manifestándose en su fuerza y en su poder. Por esto es que la tortura es la práctica máxima de la biopolítica, porque supone el sometimiento total del sujeto; de su cuerpo, pero también de su alma. El sujeto torturado, explica Žižek siguiendo la lógica de Freud, deja de ser un prójimo para convertirse en un objeto cuyo dolor queda neutralizado por su falta de humanidad.

Debe decirse que el primer presupuesto obligatorio para que un ser humano torture a otro es que el verdugo esté plenamente convencido de que el otro es culpable o de que no es humano al cien por ciento, pues su pena y su dolor no son aprehendidos como sentimientos humanos. Dios, “que has impreso en nuestros corazones la aversión al dolor en nosotros mismos y nuestros semejantes”⁷¹, ¿son estos seres que creaste tan débiles y tan sensibles los que han inventado suplicios tan bárbaros, tan *refinados*?

En el año 2003 se dieron a conocer unas fotografías que se convertirían en las más famosas en términos militares y de guerra. Se publicaron, en aquel año, las fotos de dos prisiones militares estadounidenses, que curiosamente no están en territorio norteamericano, en las que los prisioneros estaban siendo, o habían sido, torturados por los militares. En Guantánamo (Cuba) y en Abu Ghraib (Irak) los prisioneros de guerra sufrían, y sufren hoy en día, las peores torturas que se han llegado a conocer en el mundo bélico.

Las fotografías mostraban a prisioneros golpeados, degradados, cubiertos con sus propias heces fecales, orinados por los militares, violados, encapuchados, hambreados, en una palabra, torturados. Las fotos fueron difundidas hace varios años, pero esto sigue ocurriendo hoy en día. A los prisioneros se les aplica electrodos, se les sumerge en agua helada, se les ahoga en tinas con la cara encapuchada, se les obliga a permanecer despiertos por días, no les dan comida ni agua, los molestan con ruidos constantes, se les ataca con perros, se les cuelga de

⁷¹ Ibid. p.105.

clavos, se les quema, se les rompen los huesos a golpes y se les extraen los dientes con pinzas sin ningún tipo de anestesia.

A esta lista de acciones que los militares del *mundo libre* llevan a cabo se suman las degradaciones psicológicas. A los prisioneros se les obliga a cometer actos homosexuales (dando al traste con el tejido cultural del musulmán, quien tiene en un muy mal concepto a la homosexualidad), se les amenaza con hacer daño a su familia, son obligados a usar ropa femenina y bailar con ella, les piden masturbarse para ser grabados, etc. Aunado a los actos, las fotografías representaron un *shock* en la sociedad debido a que por primera vez en la historia, en las tomas los militares estadounidenses posaban orgullosos de sus actos. Los agentes sonreían, posaban, bromeaban, tomaban fotos y videos, y luego las compartían a sus familiares para que ellos los felicitaran por estar defendiendo los derechos humanos en Medio Oriente.

La reacción del gobierno norteamericano tras la publicación de las fotografías de la más infame cárcel de Saddam Hussein, Abu Ghraib, consistió en distorsionar la realidad. Se evitó el uso de la palabra tortura para, en su lugar, usar la de maltrato. Según Donald Rumsfeld, secretario de Defensa en el momento de la guerra contra Irak, “las acusaciones hasta ahora han sido de *maltrato*, lo cual me parece que en sentido técnico es distinto a *tortura* [...] y por lo tanto no pronunciaré la palabra tortura”⁷². Susan Sontag dice, respecto de esas declaraciones: las palabras alteran, añaden, quitan, las palabras importan. Las palabras, pues, tienen la capacidad de sumar o restar relevancia política a las acciones. También, hay que recordar, se evitó la palabra genocidio para describir que en Ruanda ochocientos mil tutsis fueron masacrados por sus vecinos hutus con apoyo extranjero. Por ello es que las definiciones son tan importantes y los eufemismos tan peligrosos.

Un claro ejemplo es la historia de José Padilla. Padilla fue un terrorista de nacionalidad estadounidense detenido en una prisión militar en Charleston, Carolina del Sur, acusado de haber conspirado contra su país. Durante los dos primeros años se le privó de cualquier contacto humano. Estuvo encerrado en una celda de dos

⁷² Sontag, Susan, Op. Cit., p.137.

metros por tres sin ventana, con paredes forradas. Le dejaban una potente luz encendida durante varios días y noches, luego lo sumergían en una oscuridad total. No tenía reloj, así que perdió la noción del tiempo. Cuando intentaba dormir lo despertaban con ruidos violentos y en los interrogatorios tenía que quedarse de pie durante horas con los ojos vendados. En su juicio durante el verano de 2007, al preguntarle si había sido torturado, repetía mecánicamente: “es un secreto de Estado y me han prohibido hablaros del tema”⁷³.

A fines de 1996, cuando el Tribunal Supremo de Israel autorizó la tortura contra los prisioneros palestinos se le llamó *presión física moderada*. En América Latina a las torturas se les llama *apremios ilegales*. Técnicamente José Padilla no fue torturado, pues la violencia que sufrió no tiene la presión física ni psicológica para definirla como tortura. Pero ningún eufemismo alivia el dolor, y nadie con una pizca de sentido común y de honestidad podría dudar que fue torturado.

Lo grave de las fotografías del Campamento Rayos X, en Guantánamo, y de Abu Ghraib es, entonces, que “son recuerdos de una acción colectiva cuyos participantes sintieron que su conducta estaba del todo justificada”⁷⁴. Así pues, la tortura no sólo estuvo presente en la Alemania nazi, en la Rusia soviética de Stalin o en Abu Ghraib (cuando la gestionaba Saddam Hussein), sino que los estadounidenses también “lo han hecho y lo siguen haciendo, cuando se les dice o se les incita a sentir que aquellos sobre los cuales ejercen un poder absoluto merecen el maltrato, la humillación y el tormento. Cuando se les lleva a creer que la gente a la que torturan pertenece a una religión o raza inferior y despreciable”⁷⁵.

La significación de las imágenes radica en el hecho de que sus perpetradores no supusieron que hubiera algo condenable en sus acciones, pues asumían que las víctimas eran la encarnación del Mal, y porque pensaban que los torturados no eran seres humanos como ellos. Según Joanna Bourke “los fotógrafos no parecen conscientes de estar grabando un crimen de guerra. No hay sugerencia de que

⁷³ Todorov, Tzvetan, *El miedo a los bárbaros*, Op. Cit., p.174.

⁷⁴ Sontag, Susan, Op. Cit., p.141.

⁷⁵ Ibid. p.143.

estén documentando algo de dudosa moralidad”⁷⁶, y eso es lo grave de las fotografías, eso es lo que en este trabajo se atiende, cómo la identidad nacional puede generar que los sujetos lleguen a tal inconsciencia, estado que les impide ver que el otro es su semejante.

La cuestión es que la tortura no fue la acción aislada de unos cuantos individuos (soldados) abusando de su autoridad, sino que fue una acción sistemática; consistió en una orden jerarquizada, vertical, asumida y no cuestionada. Y lo mismo hicieron los belgas en el Congo y los franceses en Argelia. Las fotografías revelaron algo que estaba sucediendo debido al orden y a la complicidad de una cadena de mando que alcanzaba a los más altos niveles del gobierno norteamericano. Y, como si eso no bastara, cuando las fotografías salieron a la luz, el ejército se indignó pues dijo que las imágenes trataban de crear una mala reputación y construir una mala imagen de las fuerzas armadas.

La tortura legal (institucionalizada) es peor que la individual, pues no se queda en el plano del verdugo y la víctima, sino que involucra a todos los demás miembros de la sociedad, quienes saben que se practica en su nombre (de su seguridad) y, sin embargo, giran la cara, levantan los hombros y no hacen nada por acabar con ella. De hecho, buena parte de los estadounidenses pensaba, y piensa, “que está bien torturar y humillar a otros seres humanos (los cuales, en calidad de enemigos putativos o presuntos, han perdido todos sus derechos)”⁷⁷. La tortura es la consecuencia directa de doctrinas globales en las que o *estás conmigo o estás contra mí*. Lo que ha sucedido en las nuevas cárceles norteamericanas ha superado los escándalos de la Isla del Diablo francesa o el sistema del gulag de la Rusia soviética.

Y mientras cientos de prisioneros se pudren desde hace largos años en Guantánamo y en Abu Ghraib, sin juicio ni posibilidades de defenderse, sometidos a tratos degradantes e inhumanos, el gobierno estadounidense declara que su país pone sus fuerzas al servicio de los derechos del hombre. Lo que ha ocurrido en las

⁷⁶ Butler, Judith, Op. Cit., p.125.

⁷⁷ Sontag, Susan, Op. Cit., p.145.

prisiones militares estadounidenses repartidas a lo largo del planeta, como en la isla Diego García, ubicada en el océano Índico, la cual fue vaciada (con excepción de las gaviotas, tal como el gobierno británico había prometido) para ser alquilada al gobierno norteamericano para usarse como base militar, cárcel flotante, cámara de torturas para sospechosos de terrorismo y plataforma de lanzamiento, es que en ellas diariamente, de forma sistemática, los hombres que allí son inhumanizados alcanzan a comprender lo que vivieron los judíos en Auschwitz.

Las prisiones, así como los campos de concentración, son el resultado de la biopolítica moderna, la cual justifica sus acciones mediante la supuesta defensa de la vida de los ciudadanos de un determinado país. Y, parafraseando a Hannah Arendt, a final de cuentas la guerra sólo impone a los hombres la experiencia de la simple y llana destrucción, junto con la de la humillación de ser sólo pequeños dientes de la majestuosa rueda de la matanza. Hay que apostar por el fin de esa postura, y porque los suplicios que indignan a la humanidad sean abolidos.

Todo esto ocurrió en el marco de la guerra contra el terrorismo desatada, principalmente, por los Estados Unidos tras los atentados del 11 de Septiembre de 2001. Pero a pesar de todo no es para tomarse el asunto demasiado en serio. Al fin y al cabo, el año 2001 de los cristianos es el año 1379 de los musulmanes, el 5114 de los mayas y el 5762 de los judíos. El nuevo milenio nace un primero de Enero por obra de un capricho de los senadores del imperio romano que un buen día decidieron romper la tradición que mandaba celebrar el año nuevo en el comienzo de la primavera. Y “la cuenta de los años de la era cristiana proviene de otro capricho: un buen día, el papa de Roma decidió poner fecha al nacimiento de Jesús, aunque nadie sabe cuándo nació”⁷⁸. Occidente no es el mundo.

Octava parte. Las nuevas propuestas. Amin Maalouf y la idea de identidades compuestas.

Tras los atentados del 11 de Septiembre el duelo público norteamericano se centró en las imágenes de quienes murieron. Los medios de comunicación se llenaron de

⁷⁸ Galeano, Eduardo, *Patatas arriba*, Op. Cit., p.341.

imágenes de quienes perdieron la vida, de sus nombres y de sus familiares, sin embargo, dicha importancia no la tienen otro tipo de vidas en otros países (*lejanos*) donde también suceden tragedias de esa o de mayor magnitud, o incluso en los mismos Estados Unidos durante el atentado de 2001 con los que no eran ciudadanos o con los trabajadores ilegales. Y esta situación es una de las más visibles consecuencias de centrar el discurso político en la identidad nacional. Las tragedias indignan a la humanidad en proporción directa a la difusión que les dan los medios de comunicación, es decir, es una decisión política, con fines y objetivos igualmente políticos.

En las guerras en las que los Estados Unidos se involucraron inmediatamente después de los atentados a las Torres Gemelas se podía observar cómo el afecto y los sentimientos se regulaban, desde el aparato estatal, para apoyar tanto al esfuerzo bélico como, más concretamente, a la pertenencia nacionalista, así como para restar importancia a otras realidades y para despreciar el dolor ajeno. “Lo que sentimos está en parte condicionado por la manera como interpretamos el mundo que nos rodea”⁷⁹.

En el libro *Marcos de Guerra. Las vidas lloradas*, Judith Butler se centra en los modos culturales de regular disposiciones afectivas y éticas a través de los encuadres selectivos de la violencia, concretamente en las fotografías. Los marcos, explica Butler, delimitan, de forma arbitraria, el tipo de vida que la sociedad acepta que debe de ser reconocida como vida, así como las vidas que no son asumidas como valiosas. La capacidad de ser llorado es un presupuesto indispensable para toda vida que importe, dice la misma autora. Butler propone cambiar los marcos para que el reconocimiento de la importancia de las vidas sea más democrático y más justo.

La precariedad de la vida significa que ésta está sujeta a condiciones sociales (materiales) sin las cuales no podría ser vivida. La distribución diferencial de la precariedad, es decir, las condiciones sociales que permiten la existencia de la vida, establece un límite entre las vidas dignas de ser vividas y las que no tienen ninguna

⁷⁹ Butler, Judith, Op. Cit., p.68.

especie de valor. Aquellos cuyas vidas no se consideran dignas de ser lloradas están hechos para soportar la carga del hambre, del desempleo o de la explotación, de la des emancipación jurídica, del frío, del dolor y de la exposición constante a la violencia y a la muerte.

El racismo, de hecho, tiende a producir versiones “icónicas de unas poblaciones eminentemente dignas de ser lloradas y de otras cuya pérdida no constituye una pérdida como tal al no ser objeto de duelo”⁸⁰. Por eso es que la capacidad de los sujetos para responder con indignación ante la guerra depende, antes que otra cosa, de un tácito reconocimiento de que existe una vida que se ha dañado o perdido en el contexto de ese acontecimiento.

Las fotografías, como las de Guantánamo y Abu Ghraib, tienen el poder de comunicar el sufrimiento de los demás, de manera que quienes las miran pueden ser inducidos a modificar su valoración política de la guerra, de sus prácticas y de todo lo que conlleva. En una frase, “nuestra capacidad para reaccionar con indignación, impugnación y crítica dependerá en parte de cómo se comunique la norma diferencial de lo humano mediante marcos visuales y discursivos”⁸¹.

Žižek se pregunta, “¿necesitamos más pruebas de que el sentido humanitario de lo urgente y lo relevante está mediado, sin duda sobredeterminado, por consideraciones claramente políticas?”⁸². No cabe duda de que la mayoría de las personas tienen que ser anestesiadas contra su sensibilidad elemental respecto del sufrimiento del otro, y esa anestesia la proporciona la identidad nacional y la desvalorización de las demás vidas.

Susan Sontag, haciendo un análisis de las consideraciones políticas muy parecido al de Butler, habla sobre la simultaneidad del tiempo. Según Sontag, las personas deben desarrollar la capacidad para “llorar por los que no somos nosotros o no son los nuestros”⁸³. Y se cuestiona “¿qué seríamos si no pudiéramos sentir compasión

⁸⁰ Ibid. p.44.

⁸¹ Ibid. p.113.

⁸² Žižek, Slavoj, Op. Cit., p. 11.

⁸³ Sontag, Susan, Op. Cit., p.209.

por quienes no somos nosotros o no son los nuestros?”⁸⁴. Para Sontag es indispensable tener siempre presente lo que ella llama la simultaneidad del tiempo, es decir, la capacidad para poder ser empáticos con los otros; mientras en el aquí y en el ahora de algunos todo marcha de forma tranquila y normal, ese mismo tiempo representa, para otros, crueldad, hambre, frío, peligro, humillación, sufrimiento y dolor. Recordar en todo momento dicha simultaneidad no debe significar el sufrimiento constante, sino que debe constituir el motor del compromiso constante de luchar por los ideales que puedan hacer de este mundo un lugar más cálido y más acogedor para todos.

Frente a todas estas situaciones Amin Maalouf tiene una propuesta muy completa y de mucho valor. En su libro, *Identidades asesinas*, Maalouf explica que la identidad nacional puede convertir, con extrema facilidad, a todos en asesinos. En nombre de la defensa de *lo suyo*, el sujeto se transforma en un agente violento a la espera de una simple señal para atacar. No obstante, dice el autor franco-libanés, el camino está en reconocer, en primer lugar, que “en todos nosotros coinciden pertenencias múltiples que a veces se oponen entre sí y nos obligan a elegir”⁸⁵ una u otra, con el consiguiente desgarró que eso supone.

Pero ¿Quiénes obligan a las personas a elegir una parte de su identidad múltiple? No sólo los líderes radicales, sino también cada una de las personas, por esos hábitos mentales y esas expresiones tan arraigadas; por esa visión beata, exclusivista y reduccionista que simplifica toda identidad a una sola pertenencia. “¡Así es como se fabrica a los autores de las matanzas!”⁸⁶.

La reducción y la simplificación de la identidad del sujeto a una parte de ella es lo que ocasiona que las personas se vuelvan violentas. Esto es así porque la gente suele reconocerse con la parte de sus pertenencias que es más atacada. Cuando no se tiene la fuerza o los medios para defender esa parte de la identidad, ese dolor se queda en el fondo de la persona, agazapado en la sombra, esperando el

⁸⁴ Ibidem.

⁸⁵ Maalouf, Amin, *Identidades asesinas*, Op. Cit., p.12.

⁸⁶ Ibid. p.14.

momento de la revancha. En el seno de la comunidad herida aparecen, de repente, líderes y cabecillas que guían ese resentimiento hacia los otros. En ese momento puede empezar la guerra, y los otros se lo habrán ganado, mientras esa comunidad que ataca recuerda, con precisión, todo lo que ha tenido que soportar hasta ese momento.

El hecho de tener pertenencias múltiples puede ser una experiencia enriquecedora si se es libre de vivirlas plenamente o traumática si cada que alguien reivindica una parte de sí siente desconfianza, incompreensión y hostilidad. Según la época, una u otra de las pertenencias que conforman a las personas se *hincha*, hasta ocultar todas las demás, hasta confundirse con su identidad entera. Y como ya se dijo, las personas tienden a defender la parte de sí mismas que sienten más vulnerable a partir de afirmarla con mayor fuerza.

Allí donde la fe se ve amenazada es la pertenencia a una religión la que resume la identidad, pero si lo que se ve amenazada es la lengua, se producen violentos enfrentamientos entre correligionarios. Los turcos y los kurdos comparten la religión musulmana, pero tienen lenguas distintas, y por ello se enfrentan. Los hutus y los tutsis son católicos y hablan la misma lengua, y aun así se masacraron entre sí por el conflicto del origen étnico y el discurso de la clase privilegiada. También son católicos los checos y los eslovacos, y eso no les impidió matarse entre sí. Si las personas logran, un día, vivir plenamente su identidad compuesta, no se pondrán de un lado o de otro en un determinado conflicto, así que no participarán en las matanzas ni en las guerras.

Es decir, no es la pertenencia a una u otra religión, nación o etnia la que predispone a las personas a matar. Toda comunidad que se siente amenazada tiende a producir personas violentas. Si los hombres de todas las comunidades se transforman con tanta facilidad en asesinos es porque la concepción tribal de la identidad que reina en el mundo entero favorece esta desviación. La concepción moderna de la identidad obliga a las personas a elegir entre negarse a sí mismos (a una de sus partes identitarias) o negar a los demás. Y aquí es donde comienza una de las ideas

más profundas de los textos de Maalouf, a saber, la crítica a la mutiladora Modernidad.

Cuando la Modernidad viene del mundo del otro es el título del capítulo dos del libro *Identidades Asesinas*. Lo que Maalouf plantea es que los movimientos islámicos violentos de Medio Oriente no son resultado de la religión en sí, sino de todos los desajustes mundiales que dejan fuera de la Modernidad a la mayoría de los países del mundo, a todo el denominado tercer mundo. El terrorismo violento es un “desbordamiento de fe que encubre mal una desesperanza infinita”⁸⁷.

El título del capítulo propiamente dicho es revelador porque resume en unas cuantas palabras uno de los problemas más graves de la actualidad. En *El desajuste del mundo*, Maalouf ahonda en ese problema. El autor franco-libanés explica que tras la caída del Muro de Berlín, Occidente se convirtió en el único referente mundial. De hecho, desde el siglo XVIII había tomado ya las riendas de la humanidad, a tal grado que Occidente, hoy en día, está en todas partes: en Singapur, en Texas, en Dakar, en Sao Paulo, en Jerusalén o en Argel. Desde hace 500 años todo lo que influye en las ideas es obra de Occidente: “el capitalismo, el comunismo, el fascismo, el psicoanálisis, la ecología, la electricidad, el avión, el automóvil, la bomba atómica, el teléfono, la televisión, la informática, la penicilina, la píldora, los derechos humanos, y también las cámaras de gas”⁸⁸, todo.

Para los habitantes de cualquier zona del planeta toda modernización significa occidentalización, y casi podría decirse que significa americanización. Para los que han nacido en el seno de la comunidad occidental esta situación no les genera problema alguno, participan de la Modernidad sin dejar de ser ellos mismos, les es fácil.

Pero para el resto del mundo, para los chinos, los africanos, los japoneses, los indígenas de Asia o de América, así como para los griegos, los rusos, los iraníes, los árabes, los judíos o los turcos, la modernización significa abandonar una parte de sí mismos, implica siempre cierto nivel de amargura, un sentimiento de

⁸⁷ Maalouf, Amin, *El desajuste del mundo*, Alianza Editorial, España, 2011, p.169.

⁸⁸ Maalouf, Amin, *Identidades asesinas*, Op. Cit., p.94.

inferioridad y de humillación, lo que conduce a una profunda crisis de identidad. Para los demás pueblos fuera de Estados Unidos y de Europa, cada paso hacia la Modernidad se siente como un paso que se alejan de su cultura y de su mundo.

La Modernidad no les pertenece a los habitantes de todo el tercer mundo, no sienten ser parte ella, no se identifican con ella, les parece hostil, ajena y extremadamente impositiva. Occidente desprecia y ningunea todo lo diferente. Por las vías de la matanza, del saqueo y de la esclavitud, impuso sus valores a todo el mundo menos a sí mismo, sembrando así rencor por todas partes. Por ejemplo, cada que un habitante del tercer mundo habla con un occidental tiene que ser en inglés. ¿Cuántos ingleses, estadounidenses o franceses se preocupan por aprender árabe o turco, por saber español (una de las lenguas más habladas en el mundo), o por entender el ruso?

Cuando la Modernidad lleva la marca del otro es entendible que algunos enarboles los símbolos del arcaísmo para afirmar su diferencia. Además, la Modernidad tiene la característica de despreciar y hacerle sentir a todos los demás que nada de lo suyo tiene algún tipo de valor. Maalouf se pregunta, respecto de los que han quedado fuera del *progreso* mundial, si a cada paso que dan sienten una desilusión... ¿Cómo no van a tener la personalidad magullada? ¿Cómo no van a sentir su identidad amenazada? ¿Cómo no se van a sentir huérfanos, extranjeros e intrusos? ¿Cómo evitar que sientan que han perdido todo y que nada les pertenece, al grado de desear que todo el mundo desaparezca, si ese mismo mundo les repite que sus ideas, sus valores, sus leyes, sus héroes, su comida y su historia son inferiores? ¿Cómo modernizarse sin perder la identidad y la dignidad?

Este tema de la Modernidad, la cual parece que hay que pedirla prestada a Occidente todo el tiempo, desemboca en un problema muy extendido en el mundo. Se dice con frecuencia que el islam es una religión violenta, intolerante y radical *por naturaleza*, y esta es una idea peligrosa contra la que hay que luchar hoy más que nunca. Revisar un poco la historia puede ser un ejercicio revelador.

La civilización de Roma se unió un día con la de Grecia, convirtiéndose en un elemento fundamental de la civilización europea. Apareció luego el cristianismo,

nacido en el seno de un pueblo judío con influencias egipcias y mesopotámicas. Llegaron de Asia, después, los pueblos llamados bárbaros: los francos, los hunos, los godos, los vándalos, los germánicos y los eslavos, los cuales se fusionaron con los latinos y los celtas para formar las naciones de Europa. Y de la misma manera se formó la civilización árabo-musulmana. Cuando las tribus árabes salieron de su desértica península aprendieron de Persia, de la India, de Egipto, de Roma y de Constantinopla. Luego llegaron, desde China, las tribus turcas, cuyos jefes se convirtieron en sultanes y califas hasta que los nuevos nacionalismos árabes los derrocaron.

El devenir histórico de las religiones va de la mano con el de las sociedades. Tras la caída del Imperio Romano aparecieron las religiones monoteístas. Nunca más los habitantes de Barcelona, de Lyon, de Roma, de Trípoli, de Alejandría, de Jerusalén y de Constantinopla volvieron a dirigir sus peticiones a la misma autoridad. Bizancio, la capital de Oriente, sobrevivió mil años más, y con la muerte de Justiniano, en el año 565, se pasa una página en la historia de la humanidad. Cinco años después nació Mahoma, el profeta del islam. Tras el vacío que el Imperio Romano había dejado, los árabes pudieron hacer importantes conquistas fuera de su desierto originario. En unas cuantas décadas se apoderaron desde España hasta la India, y todo de una manera asombrosamente ordenada y sin excesos de violencia. El islam aceptó la presencia, en las tierras que conquistaba, de los fieles de otras religiones.

No obstante, la católica es una religión cuyos orígenes son violentos, pero que poco a poco, conforme ha avanzado el tiempo, ha sabido adaptarse a nuevas realidades, transformado sus comportamientos y teniendo una actitud de apertura a las nuevas ideas que las sociedades modernas han generado. Por eso a lo que hay que oponerse es a la idea de que el cristianismo está destinado a ser la religión vehículo de la Modernidad, la libertad y la tolerancia, y el islam la religión condenada al despotismo y al oscurantismo.

¿Qué fue de los musulmanes de España o de los de Sicilia tras la reconquista de la Santa Inquisición? Fueron eliminados, bautizados contra su voluntad o forzados al exilio. En cambio, hay en la historia del islam, desde sus primeros tiempos, una

notable capacidad de coexistir con el otro. A fines del siglo XX, Estambul, la capital de la primera potencia musulmana, tenía una población conformada por una mayoría de no musulmanes, sobre todo griegos, armenios y judíos. ¿Alguien podría imaginar, pregunta Maalouf, que en esa época la mitad de los pobladores de Berlín, Viena o Londres no fuera cristiana?

Al hacer una historia comparada del mundo cristiano y del mundo musulmán se puede concluir que hubo una religión, la católica, con un largo pasado de intolerancia, portadora de una carga totalitaria, pero que poco a poco se ha ido transformando en una religión de apertura; y, por otro lado, una religión portadora de una vocación de apertura pero que poco a poco ha ido derivando hacia comportamientos intolerantes y radicales. Este proceso es resultado del devenir histórico y de un proceso en el cual las sociedades árabo-musulmanas se han visto marginadas del mundo y de su desarrollo.

En resumen, no es que a ciertos grupos les sea inherente la violencia o la tolerancia, sino que la interpretación de las doctrinas, por parte de los hombres, las convierte a veces en violentas y a veces en pacíficas. Apoyándose en las mismas ideas y en los mismos principios alguien puede aceptar la esclavitud o condenarla, rendir culto a las imágenes o echarlas al fuego. No existe la *esencia* de la doctrina, sino la mirada siempre cambiante de sus seguidores y de las sociedades que la profesan.

Ahora bien, las sociedades seguras de sí mismas se reflejan en una religión confiada, serena y abierta. Por otro lado, las sociedades inseguras se reflejan en una religión pusilánime y altanera. Pero la inseguridad tiene sus causas, que no se olvide. Cuando los musulmanes del tercer mundo arremeten contra Occidente no es porque Occidente sea cristiano y ellos musulmanes, sino porque son pobres, porque están dominados y porque se sienten humillados. La violencia tercermundista es producto de este mundo, de sus tensiones, de sus contradicciones y de sus desesperanzas. Alguien interesado en estos temas puede leer diez volúmenes sobre la historia del islam y no entender lo que pasa. Pero si lee treinta páginas de la colonización todo le hará más sentido.

De hecho, fue hasta los años de 1970 que el radicalismo religioso islamista brindó un camino para la lucha contra el subdesarrollo y la marginación. El modelo occidental neoliberal demanda un cierto estilo de vida y, al mismo tiempo, le cierra la puerta en la cara a la mayoría de la población mundial, quien no tiene acceso a los bienes materiales que la publicidad presenta. La gente encuentra así, en modelos como el movimiento islamista radical o el nacionalismo extremo, la satisfacción a la necesidad de identidad, de pertenencia, de espiritualidad, a su necesidad de descifrar con rapidez y sencillez una realidad demasiado compleja que los rechaza todo el tiempo.

Volviendo a la idea de los desajustes del proceso de globalización, la mundialización, dice Maalouf, se manifiesta como un fenómeno que destruye las culturas, las lenguas, los ritos, las creencias, los valores y las identidades. Cada uno de nosotros se ve conminado a renegar de sí mismo para poder acceder a la Modernidad. ¿Acaso no es por eso por lo que se generalizan las reacciones de defensa, de violencia y retrógradas?

Es necesario, para lograr una convivencia pacífica y armoniosa entre pueblos, que la civilización global que se está construyendo no parezca exclusivamente occidental, o simplemente americana; es menester que todos puedan reconocerse un poco en ella. Es indispensable que nadie la viva como algo completamente ajeno y hostil. Todos los seres humanos deberían poder apropiarse de la Modernidad en lugar de tener constantemente la sensación de que hay que pedírsela prestada a otros. Hay que evitar, para no generar confrontaciones, que las personas sientan que se abandonan a sí mismas cada que quieren acceder a lo que la civilización occidental les ofrece.

En *El desajuste del mundo*, Maalouf escribe que “para que el pasado se convierta en pasado no basta con que el tiempo pase”⁸⁹. Lo que hace que el pasado, cuando ha sido una experiencia traumática, deje de doler, no es el correr de los años, sino

⁸⁹ Maalouf, Amin, *El desajuste del mundo*, Op. Cit., p.249.

los cambios que se viven en ese pasar del tiempo. Los cambios para bien cierran las heridas y les dan a los hombres las herramientas para poder perdonar.

Análogamente, para que una sociedad perdone, es necesario que viva en la actualidad un tiempo grato. A la sociedad occidental, por ejemplo, le basta mirar el presente para reafirmar su autoestima. En cambio, a los pueblos cuyo presente se conforma de fracasos, frustraciones y humillaciones, no les queda más remedio que buscar en su pasado razones para poder seguir creyendo en sí mismos.

Los habitantes del mundo árabe, pero también los habitantes de África del sur, de Asia y de América Latina, se sienten derrotados, extranjeros en todas partes. Ante esa situación, sólo les queda (o esa sensación tienen) preguntarse acerca de ¿cómo invertir el devenir histórico? Lo que una persona del tercer mundo necesita, antes que otra cosa, es dignidad. Dignidad cultural; que se respete su lengua, su religión, sus costumbres, sus valores y su ideología.

Pero el tiempo nunca es tan definitivo como parece; “nuestra época le brinda a Occidente la oportunidad de restaurar su credibilidad ética”⁹⁰. No dándose golpes de pecho, sino siendo por fin fiel a sus propios valores. Siendo respetuoso en sus relaciones con el resto del planeta y, en primer lugar, siendo respetuoso con las mujeres y los hombres que escogieron irse a vivir a su tierra y bajo su cielo.

Se debe aspirar a un mundo “en el que se respete cada día algo más la diversidad humana, en donde todas las personas puedan expresarse en la lengua que prefieran, profesar en paz sus credos y asumir tranquilamente sus orígenes sin exponerse a la hostilidad y al desprestigio ni de las autoridades ni de la población, ése es un mundo que está avanzando, que progresa, que remonta el vuelo”⁹¹.

Volviendo a la idea de las identidades compuestas, hay que decir que cada una de las pertenencias de una persona la vincula con muchas otras, y, sin embargo, cuanto más numerosas son las pertenencias que tiene, más específica se revela su identidad. Todos los seres humanos tienen una identidad compuesta. Y no es que

⁹⁰ Ibid. p.241.

⁹¹ Ibid. p.70.

todos los hombres sean iguales entre sí, sino todo lo contrario, todos son diferentes unos de otros. Cuando “hablamos de *los demás* nunca debemos perder de vista que nosotros, seamos quienes seamos y estemos donde estemos, también somos *los demás* para todos los demás”⁹².

Maalouf compara a las identidades con las panteras. Las encuentra semejantes porque ambas matan si se las persigue, pero también porque ambas pueden ser domesticadas. Si el hombre no logra *amansar* y *domesticar* ese deseo de pertenencia, encausarlo hacia la concepción de identidades compuestas, no se logrará evitar que el futuro, lamentablemente, “se asemeje a las peores imágenes del pasado, que dentro de cincuenta o de cien años nuestros hijos se vean obligados todavía a asistir, impotentes como nosotros hoy, a matanzas, expulsiones y otras formas de *depuración* –a asistir a ellas y, en ocasiones, a padecerlas”⁹³.

Las personas con pertenencias de identidad múltiples que se enfrentan entre sí, parafraseando a Maalouf, tienen la misión de tejer lazos de unión, disipar malentendidos, moderar a unos, reconciliar a otros; su vocación es ser enlaces, puentes y mediadores entre las diversas comunidades. La identidad es lo que hace que nadie sea idéntico a ninguna otra persona, no lo que hace que unos puedan excluir a otros. Aunque muchos elementos formadores de la identidad puedan ser compartidos por muchas personas, esos mismos elementos nunca tienen el mismo efecto ni en la misma proporción en al menos dos personas diferentes.

Las identidades pueden convertir a los hombres en asesinos con gran facilidad. Para que irrumpa la violencia basta con “reducir la identidad múltiple a identidad única”⁹⁴. Para que alguien mate, por ejemplo, a un judío por ser judío, antes debe olvidar todas sus demás pertenencias: a un país, a un trabajo, a una ciudad, a una comunidad, a su familia, a su grupo de amigos y a las personas que lo aman.

En resumen, cada persona tienen en común, con las demás personas, algunas pertenencias, pero no existe, en todo el mundo, alguien que las comparta todas, ni

⁹² Ibid. p. 205.

⁹³ Amin, Maalouf, *Identidades asesinas*, Op. Cit., p.189.

⁹⁴ Todorov, Tzvetan, *El miedo a los bárbaros*, Op. Cit., p.100.

siquiera que comparta la mayoría de ellas. La identidad nacional “no se nos da de una vez por todas, sino que se va construyendo y transformado a lo largo de toda nuestra existencia”⁹⁵. El postulado principal de Maalouf radica en la universalidad, es decir, en el hecho de considerar que hay derechos que son inherentes a la dignidad del ser humano, y que, por ello, nadie debe negárselos por motivos de religión, color, sexo, nacionalidad o cualquier otra condición que nada tiene que ver con la humanidad, la cual es universal, y sí con la individualidad, la cual es, casi siempre, intolerante y racista.

Pero “renunciar a la intolerancia no significa que debemos tolerarlo todo”⁹⁶. Aquel que cree en los juicios absolutos corre el riesgo de considerar valores universales a aquellos a los que está acostumbrado, de asumir un etnocentrismo ingenuo y un dogmatismo ciego, convencido de poseer para siempre lo verdadero y lo justo y, así, corre el peligro de decidir, un día, que todo el mundo debe disfrutar de las ventajas propias de su sociedad y que para civilizar y educar a los habitantes de otros países tiene derecho a invadirlos. No obstante, aquel que piensa que todos los juicios son relativos, cae en el peligro contrario, a saber, aceptar todo como válido; si cada quien elige arbitrariamente sus valores, se está negando la unidad de la especie, y si se convierte en algo sistemático, este relativismo desemboca en nihilismo. Se trata de un equilibrio de posturas, del justo medio del que tanto hablaba Aristóteles. Los hombres no son, debe tenerse siempre presente, ni del todo iguales ni del todo diferentes.

⁹⁵ Maalouf, Amin, *Identidades asesinas*, Op. Cit., p.33.

⁹⁶ Todorov, Tzvetan, *El miedo a los bárbaros*, Op. Cit., p.23.

Conclusiones

*Negaros a repetir mentiras en nombre
de una verdad que no sea la vuestra.*

JOSÉ SARAMAGO

Muy recientemente las fuerzas armadas incluyeron a su vocabulario el término *daño colateral*. Dicha acción pone de manifiesto las deficiencias del modelo político moderno que en este trabajo se expusieron. El término *daño colateral* se refiere a todos los efectos que no fueron tomados en cuenta durante la planeación de las acciones militares. El pensamiento que se rige por los daños colaterales, dice Zygmunt Bauman, supone de forma tácita una desigualdad ya existente de derechos y oportunidades en tanto que acepta *a priori* la distribución desigual de los costos humanos que implica emprender una acción militar.

El término *daños colaterales* implica que se asume que existen vidas que valen o importan más que otras. Siguiendo a Crozier, Bauman apunta que la incertidumbre y la vulnerabilidad humanas son los cimientos de todo poder político. Es contra estos elementos de la condición humana, sumados al miedo y a la angustia, que el Estado moderno ha prometido proteger a sus súbditos, y es principalmente esta promesa de donde ha extraído su razón de Estado. Sólo que esa misma lógica desemboca en el hecho de que el Estado ejerza la violencia muchas veces de forma injustificada, y sus representantes pretenden ocultar esta realidad creando discursos y eufemismos que enmascaran los hechos pero no los modifican.

Ahora bien, una de las ideas más famosas de Hannah Arendt es la de la banalidad del mal. Arendt observó que el verdadero genio entre los nazis de Alemania había sido Himmler, un hombre absolutamente normal (los psiquiatras que lo examinaron minuciosamente concluyeron que incluso era un *buen hombre* en el terreno personal e intrafamiliar). La idea de la banalidad del mal radica en el hecho de que cualquier

persona puede, con la dosis adecuada del discurso político necesario, llegar a cometer los actos más abominables y detestables.

Philip Zimbardo, en su libro *El efecto Lucifer*, cuenta el estudio de un grupo de simpáticos muchachos y muchachas estadounidenses que se convirtieron en monstruos cuando fueron trasladados a Irak, donde se les puso a cargo de prisioneros acusados de intenciones malignas y sospechosos de pertenecer a una *raza inferior* de seres humanos. También es muy famoso el caso del experimento norteamericano en el que a un grupo de jóvenes universitarios se les invitó a jugar a la cárcel. En el experimento a unos se les asignó el papel de policías y a otros el de prisioneros. El juego se detuvo después de que a los jóvenes que habían sido asignados, al azar, con el papel de policías, se les sorprendiera abusando del poder y castigando de forma real a sus compañeros de universidad.

Estos ejemplos son claros en el sentido que demuestran cómo en cada persona está introyectada la visión de que los otros son una amenaza para el yo, de ahí que el miedo y la incertidumbre puedan convertir a cada persona en un asesino potencial. En otras palabras, “es fácil aguijonear, presionar, seducir, y engatusar a personas que no son malas para que cometan actos malvados”¹.

El origen de esta situación es el mal sufrido anteriormente. Es decir, todos los terroristas del mundo creen, por ejemplo, ser contraterroristas que se limitan a replicar un terror anterior al de ellos, y siempre es fácil encontrar una violencia anterior que se supone justifica a la violencia actual. Los psicólogos han llevado a cabo experimentos que muestran que los seres humanos tienden a responder a las agresiones mediante otra de nivel superior porque el mal que sufren les parece siempre mayor que el que ellos mismos infligen.

La humillación es la experiencia de ser derribado, oprimido, refrenado o expelido de forma injusta e irrazonable contra la propia voluntad; esta experiencia engendra resentimiento y rencor, sed de venganza, disenso, conflicto, por ello es que no hay que permitir que esos sentimientos y pasiones se vuelvan el motor de acción. De

¹ Bauman, Zygmunt, *Daños colaterales*, FCE, México, 2015, p.187.

hecho nadie está satisfecho con las condiciones en las que vive. Cuando se busca responsables es fácil caer en la tentación de señalar un culpable sencillo de identificar, y esta tentación es la que provoca los movimientos racistas, intolerantes y violentos, así como los movimientos populistas. El populismo de izquierda, por ejemplo, dice: la culpa es de los ricos, así que hay que apropiarse de sus bienes y redistribuirlos entre los pobres. El populismo de derecha, por su parte, defiende a una nación y no a una sola clase social, y responde a la misma pregunta: la culpa es de los extranjeros, así que hay que perseguirlos y alejarlos.

No obstante, “el mal sufrido en el pasado no queda eliminado con el mal infligido en el presente, y la calma que se busca en la venganza es una ilusión”². Además, al ser humano no le basta la simple vida biológica; necesita sentir que existe, lo cual sólo se logra a partir del reconocimiento del otro como diferente, el cual pone en perspectiva al yo, a la individualidad y a la identidad del sujeto. El sujeto sólo puede re-conocerse como único e irrepetible al reconocer la existencia del otro. Al sujeto le es imposible encontrar en sí mismo las pruebas de su existencia, por eso sólo logra su auto-reconocimiento al encontrar su inserción en una sociedad: “la conciencia de sí surge del reconocimiento de los otros”³.

El hombre no puede, entonces, liberarse de su necesidad de pertenencia a una comunidad, pero tampoco debe permitir que ésta lo vuelva intolerante frente a otras culturas y sociedades, las cuales satisfacen la necesidad de pertenencia de otros seres humanos. Aun cuando vista desde el exterior toda cultura sea mixta y se encuentre en constante cambio, para los miembros de la comunidad que forman parte de ella es una entidad estable y diferenciada, lo cual la vuelve el fundamento de su identidad colectiva; por esta razón se tiene la idea de que todo lo que afecta o modifica a la cultura es un atentado contra la identidad del sujeto, ya que vuelve frágil su sentimiento de existencia.

Así nace la idea del bárbaro. Bárbaro es todo aquel que no pertenece a la cultura, aquel que es ajeno a la comunidad, el que no comparte las creencias y los valores,

² Todorov, Tzvetan, *El miedo a los bárbaros*, Galaxia Gutenberg, México, 2013, p. 181.

³ *Ibid.* p.96.

el que no habla la misma lengua, el de otro color de piel, de pelo y de ojos. Pero esta idea griega debe matizarse. La barbarie no es, según Montaigne, más que “un efecto óptico debido a nuestra incomprensión de los otros”⁴. En realidad, dice Todorov, los bárbaros son los que no reconocen que los demás son seres humanos como ellos; son aquellos que niegan la plena humanidad de los demás.

“El miedo a los bárbaros es lo que amenaza con convertirnos en bárbaros. Y el mal que haremos será mayor que el que temíamos al principio”⁵. Eduardo Galeano tiene una idea parecida: en el mundo actual se multiplican los asustados, y los asustados pueden ser más peligrosos que el peligro que los asusta. Por eso es que hay que aspirar hacia la universalización, e, incluso, si es necesario, hacia la uniformidad, porque la humanidad, aun siendo múltiple, es, en primer lugar, una.

En este trabajo se intentó dejar claro que la no coincidencia entre Estados y culturas es la regla y no la excepción. Las fronteras, hoy en día, deben verse como puentes, no como muros, como bisagras, no como obstáculos, como conectores, y no como separadores. El mutuo reconocimiento entre diferentes es el primer paso hacia la verdadera civilización. Para librarse de cometer actos bárbaros, la mejor baza que tiene el hombre consiste en liberarse del miedo, en el caso de unos, y del resentimiento, en el de otros, e intentar vivir en este mundo plural en el que la afirmación de uno mismo no debe pasar por destruir o someter al otro.

Hay que apelar al respeto de las creencias del otro como un valor supremo. Aunado a esto, hay límites que ninguna razón de Estado debería franquear jamás, y esos límites están constituidos por los mismos derechos humanos. La política es, entonces, el camino. Ésta es indispensable para defender de forma pacífica los valores y los ideales no discutibles. Lo contrario de la política no es la apolítica, es la violencia.

Ahora bien, ser hospitalario, generoso o caritativo con los extranjeros no significa que se pasen por alto las diferencias entre hombres de diferentes nacionalidades, sólo significa que se reconoce al otro como igual en términos humanos y que se

⁴ Ibid. p.37.

⁵ Ibid. p.18.

renuncia a la idea que supone que la nacionalidad es más importante que la humanidad misma. Como señala Žižek, el respeto sólo tiene sentido cuando es un respeto hacia los que son diferentes, hacia los que no se está de acuerdo.

Herder, por ejemplo, es uno de los autores que dedicó todo su esfuerzo a reconocer la diversidad cultural sin renunciar a la unidad humana: el autor alemán pretendía mostrar las fuerzas idénticas que generan fuerzas diferentes, es decir, orígenes iguales que generan múltiples identidades y posturas, en dos palabras, la misma naturaleza que se esconde bajo diversas transformaciones. El objetivo humano debe radicar en contribuir a tender relaciones entre los grupos diversos en el seno de la sociedad, o facilitar su mutua integración sin negar la originalidad de cada uno.

El hecho mismo de estar estrechamente relacionados con los demás establece la posibilidad de ser juzgados y explotados, pero también establece la posibilidad de sentir alivio en el sufrimiento, de conocer la justicia e, incluso, de experimentar y disfrutar del amor. Como dice Galeano en *Patas arriba*, “aunque estamos mal hechos, no estamos terminados; y es la aventura de cambiar y de cambiarnos la que hace que valga la pena este parpadeo en la historia del universo”⁶ que es la vida. Hannah Arendt, con una idea similar, explica que los hombres nacen, y cada uno de ellos es un nuevo comienzo, así que con cada uno de ellos comienza de nuevo, en un sentido, el mundo, por eso la posibilidad real de cambiar lo malo que se ha hecho hasta ahora nace con cada ser humano que comienza su andar en la tierra.

¿Qué hacer, entonces, con este mundo que parece estar de cabeza? “En el mundo tal cual es, mundo al revés, los países que custodian la paz universal son los que más armas fabrican y los que más armas venden a los demás países”⁷. Hoy en día existen varias expresiones que merecen un lugar en la *neolengua* de Orwell: junto con *la guerra es la paz* y *la libertad es la esclavitud*, deberían estar, sin duda alguna, las *bombas humanitarias* de Vaclav Havel y *la guerra misericordiosa* del ex general Jay Garner, así como *la guerra justa y necesaria contra el Mal*, de Barack Obama.

⁶ Galeano, Eduardo, *Patas arriba*, Siglo XXI, México, 2001, p.337.

⁷ *Ibid.* p.7.

Pero la realidad no sabe estarse quieta ni callada. Lo único *bueno* que tiene la guerra es que siempre pone en evidencia a los mentirosos. “Las bombas inteligentes, que tan burras parecen, son las que más saben. Ellas han revelado la verdad de la invasión. Mientras Rumsfeld decía: *Estos son bombardeos humanitarios*, las bombas destripaban niños y arrasaban mercados callejeros”⁸.

El país que desde hace años viene infligiendo a los demás países una cantidad incontable de once de septiembrés, al bombardearlos (Estados Unidos), ha proclamado la tercera guerra mundial infinita. En Mayo de 2007 se creó, en Francia, el Ministerio de la Identidad Nacional. El decreto que definía sus competencias le daba la capacidad de crear una nueva *política de la memoria* (al más puro estilo de Orwell), cuya orientación era la de no seguir dando importancia a las muertes causadas por Francia (mediante la esclavitud y durante la colonización), pues eso iba en detrimento de los que murieron por el país galo, es decir, de los soldados franceses.

Hoy en día ya no basta con separar la Iglesia del Estado; igualmente importante resulta separar la religión de la identidad, y precisamente, si se pretende evitar que esta fusión siga alimentando el fanatismo, el terror, la intolerancia, las guerras étnicas y la xenofobia, hay que tener la capacidad de satisfacer de otra manera la necesidad de identidad que cada persona experimenta. Por eso Maalouf recupera la frase de Mohammed Alí, el expresidente Egipcio quien, al no entender la hostilidad del gobierno estadounidense contra su país y su gobierno, sólo pudo interpretarla como una especie de diferencia entre religiones: “no soy de su religión [...] pero también soy hombre, y se me ha de tratar humanamente”⁹.

Hace cuatro o cinco siglos los ingleses, los franceses y los holandeses ejercían la piratería en nombre de la libertad de comercio. Hoy en día, esos mismos países, a los cuales se les suma Estados Unidos, ejercen y reproducen la violencia en nombre de la paz y de la seguridad, encadenan en nombre de la libertad, instauran

⁸ Galeano, Eduardo, “Las bombas inteligentes”. *Aporrea* [en línea] 2003, (11/Abril): [Fecha de consulta: 05 de Diciembre de 2018]. Disponible en <https://www.aporrea.org/actualidad/a2776.html>.

⁹ Maalouf, Amin, *Identidades asesinas*, Alianza Editorial, Madrid, 2009, p.103.

dictaduras militares autoritarias en nombre de la democracia y matan en nombre de la vida. El mundo está vuelto loco, y todos los psicólogos le recetan fármacos que lo duermen y lo atarantan para que no sienta; lo aíslan de la realidad, pero nada cambia.

Frente a esta situación se requiere “un compromiso capaz de perdurar pese a las tentaciones de dejarse abatir por el desencanto, pese a los múltiples fracasos y los éxitos limitados, es decir, el compromiso inspirado por la esperanza de un futuro mejor”¹⁰. Amin Maalouf expresa sus deseos hacia el final de su libro ya citado. No pretende que su obra sea famosa ni que trascienda a su tiempo, pues tiene, antes que egoísmo y vanidad, sentido humano. Él espera que cuando su nieto sea hombre, al descubrir el libro de su abuelo un día, por casualidad, en la biblioteca familiar, lo hojee, lo mire por encima y después lo vuelva a dejar en el estante lleno de polvo del que lo ha sacado, encogiéndose de hombros, extrañado de que en la época de su abuelo aún fuera necesario decir cosas como esas. Este ensayo comparte esa aspiración; ojalá que en unos cuantos años ya nadie tenga que leer este tipo de cosas porque se hayan superado los males que hacen sufrir a los hombres.

Hoy en día todo mundo duda del sentido común, parece descabellado que alguien cometa acciones sensatas. Se olvida todo el tiempo que “lo mejor que el mundo tiene está en los muchos mundos que el mundo contiene, las distintas músicas de la vida, sus dolores y colores: las mil y un maneras de vivir y decir, creer y crear, comer, trabajar, bailar, jugar, amar, sufrir y celebrar, que hemos ido descubriendo a lo largo de miles y miles de años”¹¹. Lo mejor que el hombre tiene es la pluralidad de su misma especie. Misma pluralidad que lo hace ser único e irremplazable frente a los demás, pero que no lo deja sólo luchando contra las tempestades de la vida. Pluralidad que le permite ser uno mismo en relación con los que fueron, con los que son y con los que serán.

¹⁰ Chomsky, Noam, *La quinta libertad*, Crítica, España, 2004, p.398.

¹¹ Galeano, Eduardo, *Patatas arriba*, Op. Cit., p.25.

BIBLIOGRAFÍA

- Agamben, Giorgio, *Homo Sacer*, Pre-textos, España, 2016, pp.268.
- Arendt, Hannah, *Los orígenes del totalitarismo 1. Antisemitismo*, Alianza Editorial, Madrid, 1987, pp. 186.
- Arendt, Hannah, *Los orígenes del totalitarismo 2. Imperialismo*, Alianza Editorial, Madrid, 1987, pp. 448.
- Arendt, Hannah, *Los orígenes del totalitarismo 3. Totalitarismo*, Alianza Editorial, Madrid, 1987, pp.719.
- Aristóteles, *Ética Nicomaquea*, Aguilar, Madrid, 1982, pp.319.
- Aristóteles, *Política*, Porrúa, México, 1989, pp.319.
- Bauman, Zygmunt, *Daños colaterales*, FCE, México, 2015, pp.233.
- Benedict, Anderson, *Comunidades imaginadas*, FCE, México, 2007, pp.315.
- Benjamin, Walter, *Ensayos escogidos*, Ediciones Coyoacán, México, 2016, pp.213.
- Bodin, Jean, *Los seis libros de la república*, Tecnos, Madrid, 1986, pp.307.
- Butler, Judith, *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*, Paidós, México, 2010, pp.261.
- Camus, Albert, *El extranjero*, Alianza Editorial, Madrid, 2015, pp.122.

- Chomsky, Noam, *El terror como política exterior de Estados Unidos*, Libros del Zorzal, Argentina, 2005, pp. 140.
- Chomsky, Noam, *La nueva guerra contra el terror*, Paradigmas y utopías, México, 2001, pp.64.
- Chomsky, Noam, *La quinta libertad*, Crítica, España, 2004, pp.411.
- Chomsky, Noam, *Poder y terror*, RBA, Barcelona, 2003, pp.155.
- Coetzee, J.M., *Esperando a los bárbaros*, Debolsillo, México, 2016, pp. 222.
- Delumeau, Jean, *El miedo en Occidente*, Taurus, España, 2002, pp.655.
- Deutsch, W. Karl, *Las naciones en crisis*, FCE, México, 1981, pp.394.
- Flores, Rentería, Joel, *Totalitarismo*, Casa abierta al tiempo, México, 2003, pp.140.
- Foucault, Michel, *Vigilar y Castigar*, Siglo Veintiuno Editores, México, 2009, pp.359.
- Galeano, Eduardo, *Las venas abiertas de América Latina*, Siglo XXI, México, 2008, pp. 379.
- Galeano, Eduardo, *Los hijos de los días*, Siglo XXI, México, 2014, pp. 431.
- Galeano, Eduardo, *Patatas arriba*, Siglo XXI, México, 2001, pp. 365.
- Hastings, Adrian, *La construcción de las nacionalidades*, Cambridge University Press, Madrid, 2000, pp.269.
- Hobbes, Thomas, *Leviatán*, FCE, México, 1984, pp.615.

- Hobsbawm, Eric, *Naciones y nacionalismos desde 1780*, Crítica, España, 1998, pp.212.
- Horkheimer, Max, Adorno, Theodor, *Dialéctica de la Ilustración*, Trotta, Madrid, 2009, pp.303.
- Horkheimer, Max, *Estado autoritario*, Itaca, México, 2006, pp.86.
- Kantorowicz, Ernst, *Los dos cuerpos del rey*, Akal, Madrid, 2012, pp.558.
- Locke, John, *Ensayo sobre el gobierno civil*, Porrúa, México, 1997, pp.159.
- Maalouf, Amin, *El desajuste del mundo*, Alianza Editorial, España, 2011, pp.309.
- Maalouf, Amin, *Identidades asesinas*, Alianza Editorial, Madrid, 2009, pp.215.
- Maalouf, Amin, *Las cruzadas vistas por los árabes*, Alianza Editorial, España, 2012, pp.429.
- Mbembe, Achille, *Necropolítica*, Melusina, España, 2011, pp.120.
- Montesquieu, Charles-Louis, *Del espíritu de las leyes*, Porrúa, México, 1995, pp.452.
- Orwell, George, *Rebelión en la granja*, Porrúa, México, 1999, pp.349.
- Orwell, George, *1984*, Porrúa, México, 1999, pp.349.
- Platón, *La República*, UNAM, México, 2000, pp.382.

- Renan, Ernest, *¿Qué es una nación?*, Casa abierta al tiempo, México, 2001, pp.29.
- Rousseau, Jean-Jacques, *Del contrato social*, Alianza Editorial, Madrid, 1985, pp.341.
- Schmitt, Carl, *El concepto de lo político*, Alianza Editorial, Madrid, 1991, pp.153.
- Sieyès, Emmanuel, *¿Qué es el tercer Estado?*, UNAM, México, 1983, pp.167.
- Smith. D. Anthony, *Nacionalismo y Modernidad*, Istmo, Madrid, 2000, pp.431.
- Sontag, Susan, *Al mismo tiempo*, Debolsillo, España, 2008, pp.235.
- Todorov, Tzvetan, *El miedo a los bárbaros*, Galaxia Gutemberg, México, 2013, pp.308.
- Todorov, Tzvetan, *El nuevo desorden mundial*, Atalaya, España, 2003, pp.142.
- Žižek, Slavoj, *Sobre la violencia*, Paidós, Argentina, 2009, pp.287.
- Zweig, Stefan, *Fouché*, Porrúa, México, 2016, pp. 191.

Otras fuentes consultadas

Artículos de internet

- Galeano, Eduardo, “La guerra”. *Periodico* [en línea] 2003, (Mayo): [Fecha de consulta: 23 de Noviembre de 2018]. Disponible en <http://archivoperiodico.cnt.es/290may2003/mundo/archivos/mundo08.htm>> .
- Galeano, Eduardo, “Las bombas inteligentes”. *Aporrea* [en línea] 2003, (11/Abril): [Fecha de consulta: 05 de Diciembre de 2018]. Disponible en <https://www.aporrea.org/actualidad/a2776.html>> .
- Galeano, Eduardo, “Las guerras mienten”. *Sinpermiso* [en línea] 2005, (09/Septiembre): [Fecha de consulta: 23 de Noviembre de 2018]. Disponible en <http://www.sinpermiso.info/textos/las-guerras-mienten>> .
- Galeano, Eduardo, “Teatro del bien y del mal”. *Educere* [en línea] 2001, 5 (octubre-diciembre): [Fecha de consulta: 31 de Octubre de 2018]. Disponible en <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=35651509>> ISSN 1316-4910> .
- García, Márquez, Gabriel, “Carta de Gabriel García Márquez sobre el 11 de septiembre”. *Voltairenet* [en línea] 2008, (01/Octubre): [Fecha de consulta: 23 de Noviembre de 2018]. Disponible en <http://www.voltairenet.org/article158188.html>> .
- Gran Jefe, Seattle, “Carta del Gran Jefe Seattle”. *Economía UNAM* [en línea] (sin fecha de publicación): [Fecha de consulta: 23 de Noviembre de 2018]. Disponible en <http://herzog.economia.unam.mx/profesores/blopez/valoracion-swamish.pdf>> .

Películas

- Braschi, N., (Productor), & Benigni, R. (Director). (2005). La tigre e la neve. Italia: Melampo Cinematográfica.

- Eichinger, B., (Productor), & Hirschbiegel, O. (Director). (2004). Der Untergang. Alemania: Newmarket Capital Group.

- Ferri, E., Braschi, G., (Productores), & Benigni, R. (Director). (1997). La vita è bella. Italia: Melampo Cinematográfica, Cecchi Gori Group.

- Gompel, P., Besuievsky, M., Kemner, B., Sokolowicz, F., Herrero, G., Ragone, V., (Productores), & Brechner, A. (Director). (2018). La noche de doce años. Uruguay: Alcaravan, Tornasol Films.

- Polanski, R., Benmussa, R., Sarde, A., Gutowski, G., (Productores), & Polanski, R. (Director). (2002). The Pianist. Alemania: Studio Babelsberg.